

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LUIS G. INCLAN

NOVELISTA DEL AMBIENTE
RURAL MEXICANO

TESIS QUE PARA OBTENER LA LICENCIATURA EN
LETRAS (LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS) PRESENTA

MARIA CONSUELO SOTO VELASCO

MEXICO, D.F.

1964



**FILOSOFIA
Y LETRAS**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Con amor, respeto
y veneración a mis padres

32840

**Con gratitud a
mis maestros**

LUIS G. INCLAN, NOVELISTA DEL
AMBIENTE RURAL MEXICANO

I N D I C E

PROLOGO	11
I ALGUNOS ASPECTOS HISTORICOS	13
Breve visión de México en el Siglo XIX	13
El estanco del tabaco	15
La Charrería	18
II BIOGRAFIA	23
Datos biográficos de mayor importancia	23
aparecen en <i>Astucia</i>	29
La biografía de Luis G. Inclán y los ragos autobiográficos que	
III OBRA	35
Relación de las principales obras de Luis G. Inclán	35
Sus obras poéticas: <i>Recuerdos del Chamberín, El Capadero en la</i>	
<i>Hacienda de Ayala y Don Pascacio Romero</i>	35
La labor de Luis G. Inclán, como impresor de periódicos	40
<i>Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Con-</i>	
<i>trabandistas de la Rama</i>	42
IV INCLAN Y LA CRITICA	79
CONCLUSIONES	87
BIBLIOGRAFIA	91

PROLOGO

Desde la primera lectura de la obra de Luis G. Inclán, ésta despertó en mí un profundo interés, por ser Inclán uno de los autores nacionales que, con conocimiento pleno se refiere a la vida rural de México, por lo que sus obras se encuentran empapadas del sabor típico de algunas de nuestras más auténticas tradiciones.

Además de ese interés, sentí una gran identificación entre las obras leídas y algunos aspectos de mi vida, pues he practicado durante algunos años un deporte muy nacional: la charrería, y en la obra de Inclán encontré perfectamente descritas, con autenticidad y realismo, las faenas que muy de cerca he visto practicar.

Por eso, al seleccionar un tema para desarrollar en mi tesis, no dudé un momento sobre cuál era el camino que debería elegir: Luis G. Inclán, su vida y su obra.

A medida que se ha ido realizando el estudio de la vida y la obra de Inclán, han aparecido puntos que me han hecho interesar cada vez más por este novelista del siglo XIX. Ya no es sólo el atractivo surgido por la afinidad entre mis aficiones y las faenas descritas por Inclán; han nacido otros motivos de interés.

Los resultados obtenidos a través de la investigación de la biografía y la producción de Luis G. Inclán, están contenidos en este trabajo. Dichos resultados no pueden considerarse completos, quedan todavía algunos puntos que examinar en la vida y en la obra de Inclán; aspectos que pueden dar tema para otros estudios.

ASTUCIA EL GEFE

DE LOS

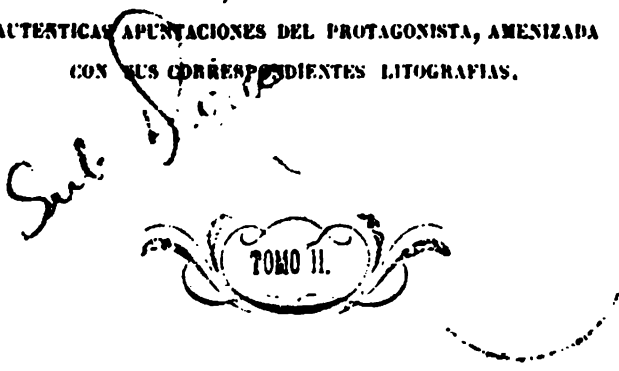
HERMANOS DE LA HOJA,

O LOS

CHARROS CONTRABANDISTAS

DE LA HANA.

NOVELA HISTORICA DE COSTUMBRES MEXICANAS,
CON EPISODIOS ORIGINALES, ESCRITA POR LUIS INCLAN EN VISTA DE
AUTENTICAS APUNTAIONES DEL PROTAGONISTA, AMENIZADA
CON SUS CORRESPONDIENTES LITOGRAFIAS.



MEXICO.

INPRENTA DE INCLAN, CERCA DE SANTO DOMINGO NUM. 12

1866.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

ALGUNOS ASPECTOS HISTORICOS BREVE VISION DE MEXICO EN EL SIGLO XIX

I

México, 1810. El nacimiento de una nueva época en la vida de México está marcado por la guerra de Independencia, por la cual nuestro país se lanza a la vida como nación libre. Antes de esa lucha, la Nueva España estaba sujeta a la península por lazos culturales, políticos y sociales.

Después de tres siglos bajo el gobierno de la corona española, la Nueva España ha alcanzado su madurez en muchos aspectos; se define como un Estado que no está dispuesto a soportar más la tiranía del gobierno español, y decide levantarse contra él. A esa decisión han contribuido numerosas causas de tipo social, económico y político.

Cuatro grupos fundamentales constituían socialmente la Nueva España: españoles, criollos, mestizos e indios, sin contar las castas. El que tenía mayor importancia política, militar, religiosa y social era el grupo de los españoles, en cuyas manos se concentraban la administración y el poder.

Los criollos, hijos de españoles nacidos en América, seguían en importancia al grupo de los españoles, y aunque tenían posición social y riquezas, se les negaba toda participación en la vida política y administrativa; por eso en el criollo nace un resentimiento hacia el español peninsular, resentimiento que se convertiría más tarde en una inquietud de carácter político, intelectual y administrativo, fomentada por la lectura de las obras de los enciclopedistas franceses, por la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, y principalmente, por la intervención directa de Napoleón Bonaparte en España.

Las inquietudes intelectuales y políticas de los criollos encuentran eco profundo en las inquietudes económicas y sociales de mestizos e indígenas, clases desamparadas y despreciadas, cuya vida miserable los incita a lanzarse a la lucha al lado de los jefes insurgentes, y a formar parte de los ejércitos que lucharon en favor de la causa independiente.

Así pues, en 1810, todas estas causas lanzan a la Nueva España a una Revolución que sería decisiva en su historia: la guerra de Independencia, en la cual se trataban de cristalizar y convertir en realidad las inquietudes de criollos, mestizos e indígenas.

A partir de 1810, hasta 1821, el país atraviesa por una serie de luchas sangrientas y continuas. Triunfos insurgentes... Triunfos realistas... Grandes figuras cuyos nombres representan la Independencia: Hidalgo, Allende, Rayón, Morelos... Abusos e injusticias... Hechos heroicos increíbles... Todo es posible en esta época de continuo desasosiego, hasta que, conciliados los intereses en una sola meta: el Plan de Iguala, el 24

de febrero de 1821 se consuma la Independencia de nuestra Patria, bajo el verde, blanco y rojo de la Enseña Nacional.

Con la declaración de la Independencia se creyó que México iniciaría una etapa de paz, pues reunidas en una todas las causas que habían motivado la lucha, no había ya razón para continuarla. Surge el Imperio, cuya creación debía satisfacer las inquietudes políticas de quienes se lanzaron a pelear por la Patria. Mas la creación de este Imperio es inútil, pues no logró satisfacer las ambiciones, deseos e inquietudes, que pugnan por establecer otro tipo de gobierno. Apenas formado el Imperio, éste se desmorona, diez meses después, para dar paso a nuevas luchas y establecer una nueva forma de Gobierno: la República.

Mas aún la tendencia republicana oscila entre dos extremos: federalismo o centralismo. Triunfa el primero y se establece la primera República Federal, que rigió durante un período aproximado de once años, en los que, por diversos factores, se continuaron las luchas internas, por cuya influencia la República Federal da paso a la República Centralista.

No bastaban los conflictos internos a los que el país se enfrentaba; además de ellos, México es acosado por potencias extranjeras. Unas reclamaban dinero; otras, territorio. Con motivo de esas reclamaciones, nuestra Patria ve sus costas bloqueadas y su suelo hollado por la planta del extranjero, y más tarde, después de la heroica defensa de la ciudad de México, la caída de ella en manos del enemigo extranjero y la firma de un tratado, por el cual México perdía casi la mitad de su territorio.

Nuevos cambios en la forma de gobierno sufre nuestro país. Inconformes sus gobernantes, optan por la República Federalista, nuevamente cambian a la República Centralista, para establecer después una especie de monarquía, que con sus gastos y contribuciones exagerados sumió al país en un estado cercano a la miseria, por el gran desequilibrio económico que causó.

Numerosos grupos, cansados de esa opresión, lanzan un grito de rebelión cuya consecuencia inmediata sería una revolución que derrocaría al tirano, obligándolo a refugiarse en el extranjero.

La República vuelve a establecerse. Estamos ahora en 1857, año en que se jura la Constitución. Con ese motivo, el país se inquietó de Sur a Norte y hubo motines, pronunciamientos, guerrillas, etc. La guerra civil se extendió a todo el país y dividió a los mexicanos en dos grupos que fueron enemigos acérrimos: liberales y conservadores. Guerra de Reforma, con triunfos y derrotas para ambos partidos, que convierten al país en escenario de una lucha fratricida.

La derrota del partido conservador lleva a los liberales al triunfo, y es Benito Juárez el encargado de asumir el mando del país; pero apenas ha tomado en sus manos las riendas del gobierno, cuando tiene que enfrentarse con graves problemas: la falta de recursos económicos para la administración pública. Esta situación lleva al presidente a decretar la suspensión de pagos de la deuda extranjera; consecuencia inmediata es el rompimiento de relaciones de Francia e Inglaterra con México. Estos dos países hicieron causa común con el gobierno español, y presentaron una reclamación, enviando, además, sus tropas a nuestro país, para obligarlo a cumplir sus pagos. Derogada la ley que suspendía los pagos, las fuerzas inglesas se retiran y sólo quedan en el país las tropas francesas, por cuya causa, nuestra Patria se ve nuevamente sacudida por la guerra.

México forma un ejército de pocos recursos, para enfrentarlo al primer ejército del mundo, mas el pueblo de México, valiente y sin complejos, lucha nuevamente por su independencia y ocasiona poderosa derrota a las fuerzas francesas. Las armas nacionales se cubren de gloria en aquel cinco de mayo de 1862.

Poco duraría el júbilo por el triunfo. Reorganizado el ejército enemigo, toma la capital de la República, se establece en ella y llama a gobernar a un príncipe extranjero, quien forma el segundo Imperio en nuestro país.

El Cerro de las Campanas, en Querétaro, es mudo testigo del epílogo de este Imperio.

Nuevamente se implanta la República. El país empieza a progresar y a desarrollarse; el gobierno republicano, en un afán de reorganizar el país, trata de pacificarlo y encauzarlo por senderos de trabajo, y logra su propósito. Durante algún tiempo la Patria goza de paz y bienestar; no existen guerras civiles ni conflictos internacionales, y México empieza a disfrutar de una nueva etapa en su desarrollo político, económico y social, y se transformaría nuevamente, al cabo de algunos años, por un nuevo movimiento de independencia: la Revolución de 1910.

Hasta aquí una breve y rápida visión del México del siglo XIX, desde que inicia su Independencia hasta los primeros años del gobierno de Porfirio Díaz. Este panorama histórico, político y social del siglo, nos servirá para situar al personaje de cuya vida y obra nos ocuparemos: Luis G. Inclán, novelista del siglo XIX. En ese mundo de luchas civiles y extranjeras, de paz y de guerra, de situaciones tan diversas, se desarrolló la vida de nuestro autor. Para comprenderla mejor, y ambientarnos en su obra, era necesario pasar revista, en forma rápida y poco detallada, a la historia de nuestro país durante el siglo pasado.

EL ESTANCO DEL TABACO.

Hablemos ahora de otro aspecto cuyo conocimiento resulta importante para la comprensión de la mayor de las obras de don Luis G. Inclán: *Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama*.

Para comprender qué significa este título y cuál fue una de las fuentes de inspiración que tuvo Inclán al escribir la novela, es necesario aclarar que el tabaco fue un producto que se conoció con este nombre desde el descubrimiento de América, y al que también se llamó "yerba real", "rama" u "hoja"; estos dos últimos nombres iban de acuerdo con la forma en que se expendía, en rama, o la hoja suelta. Fue el tabaco un producto codiciado desde la época virreinal, aunque en la Nueva España su cultivo y explotación no eran de vital importancia durante el siglo XVI, pues aunque se cultivaba en las costas, el mayor consumo que de él se hacía, era del que llegaba de la Guayana.

Ya en el siglo XVIII, el tabaco se convierte en un efecto muy apreciado, y el gobierno español de la colonia, viendo que podían obtenerse grandes ganancias con el comercio del tabaco, declaró que éste no era un producto de vital importancia, sino un artículo de lujo, y decretó "el estanco del tabaco". Estar un producto estancado quería decir que su comercio no era libre, sino que el gobierno, convertido en comerciante, monopolizaba la

producción y expendio de los artículos, y con frecuencia, el monopolio perjudicaba al pueblo, a la gente de escasos recursos económicos a quienes quitaban trabajos que podían proporcionarles honrados medios de vida.

En el caso del estanco del tabaco, el gobierno controlaba no sólo la siembra y el cultivo de este producto, sino que contrataba directamente con los cosecheros, fijaba el precio a su antojo y controlaba también la fabricación de cigarros, puros y rapé. Naturalmente esto producía al gobierno una excelente renta, especialmente durante el siglo XVIII, cuando el número de estancos decretados llegó al máximo.

Fue el 13 de agosto de 1764 cuando se expidió en San Ildefonso un decreto de S.M., por el cual se declaraba el estanco del tabaco, al igual que existía en Perú y Buenos Aires. ¹ El estanco se extendía al tabaco en rama y en polvo, y sería la Real Hacienda la que se encargaría de su producción.

Se formó una junta para controlar el estanco, y el 11 de diciembre de ese mismo año quedó acordado, en toda forma dicho estanco. Se ordenó que todos aquéllos que tuvieran tabaco en su poder, ya fuera en polvo o en rama, lo entregasen al secretario de la junta. Muchos aceptaron esta disposición; otros no acataron la orden y fue necesario que se decretaran amenazas y castigos para aquéllos que fueran sorprendidos con tabaco en su poder. Sólo así pudo reunirse el tabaco, y empezó a controlarse el estanco.

A partir de esa época, la siembra del tabaco fue prohibida y solamente se podía realizar en las jurisdicciones de Córdoba, Orizaba y Teziutlán, pues se creía que la producción de esos tres lugares era suficiente para cubrir el consumo del reino. La venta del tabaco también correría por cuenta del estanco.

“La primera contrata con los labradores de las jurisdicciones de Córdoba y Orizaba, se celebró en México por medio de diputados del común de aquel cuerpo y escritura del 21 de febrero de 1765 para este año, el de 66 y 67, reduciéndose a tres las veintiuna clases de tabaco, que se cosechaban antes, y pagando la renta a tres una cuartilla reales la libra de primera clase, a dos y medio la de segunda, a un real la de tercera, y a tres pesos la arroba de punta o desperdicio de todas. Se estipuló que la entrega en los almacenes del rey, había de verificarse a los treinta días de enterciados los tabacos . . . ” ²

La prohibición del cultivo del tabaco y el control del producto para su comercio tuvieron como consecuencia inmediata la aparición del contrabando, y con él, la encarnizada persecución de aquellos que, para evitarse el pago de un precio muy alto, burlaban a la justicia y se lanzaban al camino a ejercer el contrabando, y si arriesgaban su vida en oficio tan peligroso, en cambio percibían buenas cantidades con él.

Para proteger el estanco se acordó, en las juntas de septiembre y octubre de 1765, ³ que se formara una fuerza, la fuerza del Resguardo de la renta del tabaco, cuya organización se encomendó al juez de la Acordada y a sus comisarios en todo el reino. Ellos se encargarían de castigar con fuertes penas a quienes sorprendieran tratando de llevar a cabo el contrabando, o cometiendo algún fraude contra la renta. Los castigos estaban de acuerdo

1 Fonseca Fabián de y Urrutia, Carlos de.—*Historia de Real Hacienda*.— Impresa por Vicente G. Torres.—Tomo II.—México, 1849.—p. 355.

2 Ídem.—pp. 373-374.

3 Ídem.—p. 403.

con la cantidad de tabaco que era confiscada:

¡Ay de aquél que cayera en manos del Resguardo de la renta! Perdía su carga; padecía en manos de los soldados fuertes castigos, y en muchos casos, perdía hasta la vida. Muchas veces los cuerpos de los contrabandistas fueron encontrados colgados de los árboles a las orillas de los caminos, y permanecieron ahí como escarmiento para los demás contrabandistas.

El Resguardo no sólo estaba para evitar el contrabando y destruir las siembras clandestinas de tabaco, sino para controlar a aquellos en cuyas manos estaba depositada el manejo de este ramo y vigilar que no cometieran fraude o vendiesen el tabaco a los contrabandistas.

Al iniciarse la lucha por la Independencia de México, una de las primeras disposiciones dictadas por don Miguel Hidalgo fue la abolición del estanco del tabaco, por medio del bando publicado en la ciudad de Guadalajara. El 29 de noviembre de 1810, don Miguel Hidalgo manifestaba que “siendo tan recomendable la protección y fomento, beneficio y cosecha del tabaco, se les concedía a los labradores y demás personas que se quieran dedicar a tan importante ramo de agricultura, la facultad de poder sembrar, haciendo tráfico y comercio de él, entendidos de que los que emprendiesen con eficacia y empeño este género de siembra, se harán acreedores a la beneficencia y franquizas del gobierno”.⁴

Es éste el primer grito de protesta que se levanta contra el estanco del tabaco. A partir de la Independencia de nuestro país, el tabaco fue estancado y desestancado en varias ocasiones, de acuerdo con el estado de la Hacienda Pública. Si el gobierno necesitaba recursos económicos, una buena fuente para obtenerlos era decretar nuevos impuestos y restablecer el estanco del tabaco, que producía numerosos ingresos para sufragar las necesidades más apremiantes.

Si la Hacienda Pública se encontraba en una etapa de bonanza, se suprimía, temporalmente, el estanco del tabaco.

El dinero obtenido del estanco del tabaco, en pocas ocasiones se invirtió nuevamente en el fomento de este ramo. Con frecuencia sirvió para resolver los problemas económicos por los que atravesaba el gobierno.

El gobierno virreinal trató en una ocasión de fomentar la renta del tabaco, en vista de las utilidades pingües que producía,⁵ y logró que este giro rindiese nuevas utilidades, después de que, durante la lucha de Independencia, habían disminuido.

Consumada la Independencia y establecido el primer Imperio, se decretó la destrucción de la renta del tabaco,⁶ lo cual obligó a los cosecheros a vender su producto a los contrabandistas. Sin embargo, el erario extrañaba tan magnífica entrada y pronto restableció la renta del tabaco, cuya existencia volvióse muy precaria, lo cual hizo dudar al gobierno sobre qué sería más conveniente, si el restablecimiento del estanco y el monopolio, o el comercio libre con impuesto o contribución sobre él.

4 Hidalgo y Costilla, Miguel.—“Bando del Generalísimo don Miguel Hidalgo y Costilla aboliendo la esclavitud, derogando las leyes relativas a los tributos, prohibiendo el uso de papel sellado, etc., etc.” en: Riva Palacio, Vicente.—*México a través de los siglos*.—Apéndice. Documento Núm. 5 (Libro I, cap. XI, pág. 185).—Tomo III.—p. 762.

5 Riva Palacio, Vicente.—opus. cit.—Tomo III.—p. 629.

6 Idem.—Tomo IV.—p. 38.

Hacia 1829, el departamento de Hacienda, aprovechando una buena oportunidad para hacer reformas, propuso por medio de su ministro, la abolición del estanco del tabaco, que volvió a imponerse en 1838 para sufragar los gastos que ocasionaba la guerra con Texas, y para sostener la integridad del territorio nacional, defendiendo las costas y fronteras de la República. Este nuevo estanco fue recibido con desagrado por la gente de escasos recursos económicos, pues había encontrado en el cultivo del tabaco un modo honesto de vivir. Las protestas contra el decreto que implantaba nuevamente el estanco del tabaco, fueron muchas y muy serias, pero como el gobierno había recibido una fuerte cantidad de la empresa del tabaco, y no podía regresarla por haberla empleado en gastos públicos, el decreto quedó en pie y no fue sino hasta el 21 de enero de 1856 cuando se declaró libre en toda la República la siembra, cultivo, elaboración y comercio del tabaco. ⁷

¿Por qué nos hemos referido aquí a la historia del estanco del tabaco? Hemos dicho que el título de una de las obras de Inclán encierra el origen de este comentario.

La rama y la hoja, o sea el tabaco, fue un producto codiciado en la época virreinal y aun siendo México un país independiente. Durante esas épocas existieron numerosos grupos que tuvieron como medio de vida el contrabando de tabaco, que les proporcionaba jugosas entradas. Uno de esos grupos de contrabandistas fue tomado por Luis G. Inclán como personaje central de su novela *Astucia*. Las aventuras que sucedieron a ese grupo, el de los Hermanos de la Hoja, en su diario tráfico con el tabaco, iluminaron a Inclán, quien dejó escritas las historias de seis charros contrabandistas de tabaco.

Si antes de lanzarnos a la lectura de *Astucia*, tenemos una ligera idea sobre el estanco del tabaco y la persecución de que fueron víctimas los contrabandistas, nos explicaremos muchos aspectos que la novela contiene y disfrutaremos más ampliamente los hechos que nos legó la pluma de Inclán.

LA CHARRERIA.

Terminemos este capítulo de introducción con un breve comentario sobre la charrería y los charros, pues él nos ambientará en muchas escenas que aparecen en la vida y en las obras de Luis G. Inclán, charro consumado que desde su juventud hasta su muerte, fue aficionado de corazón a las fiestas charras. La práctica de la charrería constituyó una de las grandes devociones en la vida de Inclán, por eso en sus obras encontramos numerosas alusiones a ella. En *Astucia*, los Hermanos de la Hoja practican como diversiones principales las suertes de colear y lazar, suertes típicas de la charrería, las que describe Inclán con verdadero cariño. ¡Y qué decir de la forma en que pinta *El Capadero en la Hacienda de Ayala* y las aventuras que le sucedieron con su caballo el Chamberín!

Por eso creemos necesario un pequeño paréntesis en este trabajo, para hablar acerca del origen de la charrería y de su desarrollo hasta nuestros días.

Difícil resulta hacer una verdadera historia de la charrería en México.

7 Idem.—Tomo V.—p. 111.

Son pocos los datos con que para ello se cuenta; sin embargo, con las notas que hemos logrado reunir, trataremos de aclarar, aunque no del todo, el origen de nuestros charros.

La charrería nace en la Nueva España con la llegada de Cortés a estas tierras y con la aparición de los primeros caballos en el continente americano. Su origen, según los enterados, se encuentra en Salamanca, que es tierra de buenos caballos y excelentes jinetes.

Apenas terminada la conquista, ya tenemos noticias de prácticas ecuestres realizadas en los alrededores de la ciudad:

“Aquel llano que está entre las casas de campo es el lugar en que los caballeros, que en agilidad y maestría en la equitación aventajan mucho a los de todas las demás provincias, se adiestran en ejercicios ecuestres, y se ensayan en combates simulados, para estar listos cuando se ofrezcan los verdaderos. Entre nosotros se llama *potreadero*, porque los picadores doman allí los potros; pues el verbo *potrear* significa amansar y adiestrar de tal modo en los movimientos a los potros brutos y no enseñados al freno, que como dice Horacio: *el caballo enfrenado tenga el oído en la boca.*”⁸

Durante los primeros años de la etapa colonial, el uso de los caballos se limitaba a los españoles, y por permiso especial, a los mestizos. Los indígenas sólo podían utilizar el burro como medio de transporte y de trabajo y solamente en caso de tratarse de algún cacique distinguido se les permitía el uso y posesión de caballo.

Sin embargo, esa prohibición fue cayendo en olvido, y el mestizo y el indígena pudieron montar caballos de su propiedad, haciéndose muy diestros en el manejo de ellos, tanto que su fama se extendió por el mundo entero.

Ya Bernardo de Balbuena elogia, en su *Grandeza Mexicana*, a los jinetes de México, diciendo que ningún caballero o jinete:

“podrán contrahacer la gallardía,
brío, ferocidad, coraje y gala
de México y su gran caballería”.⁹

Ya desde entonces se alababa, como se sigue haciendo ahora, la maestría y habilidad del mexicano para la equitación.

El mexicano fue adaptando, de acuerdo con sus necesidades, la silla de montar que el español había traído, y así, al cabo de algunos años, la silla y la indumentaria que el mexicano utilizaba para montar, se hicieron diferentes de las españolas, pero conservaron alguna semejanza con aquéllas que les habían dado origen.

Durante la colonia se dio un decreto que prohibía el uso exagerado de lujos en ropas, armas y joyas, excepto cuando éstas se emplearan en la caballería. Esto permitió a los jinetes usar sillas y ropas ricamente adornadas con oro y plata.

8 Cervantes de Salazar, Francisco.—*México en 1554*.—Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 3.—México, 1952.—pp. 127-128.

9 Balbuena, Bernardo de.—*Grandeza Mexicana* y fragmentos del Siglo de Oro y el Bernardo.—Prólogo de Francisco Monterde.—Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 23.—México, 1954.—p. 34.

En la época virreinal se celebraban en México numerosos festejos en los cuales los caballeros lucían su habilidad y práctica en el manejo de los caballos y la maestría para esquivar la embestida de los toros, cuando el festejo era taurino; esto les ganaba el aplauso de la concurrencia y una honda satisfacción por su actuación. No faltaban pretextos para organizar festejos: la llegada de un nuevo virrey, el santo de la virreina, la llegada de un nuevo arzobispo, en fin, las ocasiones sobraban para realizar estas fiestas, además de las cuales se organizaban desfiles en los cuales tomaban parte numerosas personalidades. Todas trataban de destacar en el conjunto, y para ello se presentaban luciendo los mejores caballos y ataviados en forma lujosa.

Pero no solamente se practicaba la charrería en esta clase de festejos: las verdaderas suertes charras nacieron no en exhibiciones públicas, sino en las haciendas y ranchos, y quienes la realizaban no eran los caballeros de lujosos trajes, sino los vaqueros encargados de cuidar y vigilar el ganado. Cuando algún animal se separaba de los demás, el caporal o alguno de los vaqueros corrían tras el animal que se había separado, y jalándolo de la cola, tiraban de él hasta hacerlo caer y regresar a la manada.

Para capturar y marcar a los animales, se valían de un procedimiento semejante, pues lazaban al animal entre varios jinetes, para mantenerlo quieto y poder efectuar la faena sin dificultad.

Esas prácticas que constituían parte de la vida de las haciendas, poco a poco se fueron realizando no sólo por necesidad, sino que se llevaban a cabo en lienzos improvisados y ante un público aficionado a ellas, que aplaudía su ejecución. Así se transformaron de una actividad necesaria en una actividad deportiva.

Esas faenas vaquerizas se practican en la actualidad en las haciendas ganaderas, porque son necesarias para la vida de la hacienda, pero se realizan también en los lienzos charros de toda la República, en donde no tienen ya ese carácter que poseyeron al nacer, sino que se practican como suertes de exhibición y para diversión y entretenimiento de los aficionados a la charrería.

Fue durante la época colonial cuando el mexicano se hizo diestro en el manejo del caballo. La pericia adquirida a través de largos años le sería de gran utilidad durante la lucha de Independencia, pues fueron muchas y heroicas las hazañas consumadas por los insurgentes en favor de su Patria, que se lograron gracias a su destreza en el manejo de los caballos.

A esos mismos charros se les brindaría una nueva oportunidad de demostrar su valor y arrojo durante las invasiones extranjeras a nuestro país, especialmente durante la intervención francesa, pues según cuenta Alfredo B. Cuéllar, ¹⁰ gracias a la intervención de algunos charros, se lograron famosas aprehensiones durante la guerra con Francia.

Una vez instalado el segundo Imperio, Maximiliano, tratando de ganarse la simpatía del pueblo de México, paseó por la ciudad luciendo el típico traje de los rancheros ricos. Además, asistió a coleaderos y fiestas de toros organizadas en su honor, con el fin de agradar al pueblo que tanto se divertía en estos festejos. ¹¹

¹⁰ Cuéllar, Alfredo B.—*Charrerías*.—Imprenta Azteca.—México, 1928.—pp. 98-100.

¹¹ *Ibid.*—pp. 101-102.

Dice un periódico:

“Coleadero.—El sábado último hubo uno a inmediaciones de Chapultepec, en presencia de S.S. M.M. I.I.” 12

Inclán explica perfectamente en sus obras la forma en que esta clase de festejos se llevaron a cabo durante el siglo pasado. Tanto en *Astucia*, como en *El Capadero en la Hacienda de Ayala* y en *Recuerdos del Chamberín*, nos deja una pintura exacta de las costumbres y tradiciones seguidas para la realización de los coleaderos y demás fiestas charras, los cuales reunían en las haciendas o en los alrededores de la ciudad a los aficionados a practicar las suertes de la charrería.

El tiempo ha pasado. Muchas de aquellas haciendas desaparecieron, y con ellas, la práctica de aquellas faenas descritas por Inclán. Sin embargo, quedan todavía muchos caballeros cuyo amor a las tradiciones recibidas de sus antepasados los ha hecho reunirse en Asociaciones charras en las cuales trata de conservarse vivo el recuerdo heredado de antaño.

Aunque la charrería en la ciudad se ha convertido en una actividad puramente deportiva, todavía constituye, a través de quienes la practican, una viva representación de una de nuestras más auténticas tradiciones.

12 *La Sociedad*.—Periódico político y literario.—Tomo V. Núm. 769. México, 31 de julio de 1865.—p. 3.

B I O G R A F I A .

DATOS BIOGRAFICOS DE MAYOR IMPORTANCIA.

I I

En el México que lucha aún por lograr su Independencia, nace Luis Gonzaga Inclán, el 21 de junio de 1816. La lucha que sus contemporáneos sostienen para librarse del dominio español, dejaría honda huella en el pequeño Luis, puesto que, pasado el tiempo, recordaría en su novela *Astucia* algunos sucesos ocurridos durante la guerra de Independencia.

El padre de Inclán era administrador del rancho de Carrasco, que pertenecía a la Hacienda de Coapa, dependiente de la jurisdicción del municipio de Tlalpam; en ese rancho nace Luis Inclán y es donde transcurren los primeros años de su existencia. Desde esos primeros años se encuentra presente en él el campo; por sus venas corre la sangre del rancharo, que despertaría en él más tarde y que sería una de las mayores influencias que experimentaría Inclán al escribir sus obras.

Fue el padre de Luis, don José María Inclán, y su madre, doña Rita Goicochea, mulata con quien don José María había contraído matrimonio.

A medida que la vida de Inclán transcurre, crece en él la afición por la vida del campo. Aparece entonces en los padres de Inclán una preocupación: es necesario que el niño Luis se instruya. Así, cuando Luis Inclán contaba ocho años, empieza a aprender las primeras letras. Según cuenta don José de Jesús Núñez y Domínguez, uno de los más ilustres biógrafos de Inclán: "Luis Gonzaga asistió a la Escuela Real que tenía a su cargo don Miguel Sánchez Alcedón" ¹ y ahí empezó sus estudios.

Inclán continúa sus estudios, a pesar de la inquietud que en todo el suelo de la Patria había causado la guerra de Independencia. Hacia 1828, cuando Luis contaba doce años de edad, don José María decide que su hijo siga una carrera, posiblemente la del sacerdocio, y con tal motivo, lo llevan al Seminario Conciliar, en donde empieza a aprender latín. Algunos años de la vida de Inclán, muy pocos, transcurren en el Seminario. Cuando empezaba a cursar el tercer año de Filosofía, se siente aburrido de tales estudios; el recuerdo que desde su niñez ha guardado acerca de la vida del campo es más fuerte que su interés por los estudios. Añora la tierra, los animales, el campo, que forman parte de su vida. Y así, un buen día, Luis Gonzaga se escapa del Seminario y se presenta en el rancho de Carrasco.

Nunca cruzó por la mente de Luis la reacción de don José María, su

1 Núñez y Domínguez, José de Jesús.—"Introducción" en: *Astucia. A través de tres personajes de la novela*.—Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma.—Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 57.—México, 1945.—p. XII.

padre. Cuando Inclán pensó que iba a ser recibido con los brazos abiertos, se encontró ante un hombre enérgico y autoritario. Si Inclán se hubiera imaginado el resultado de su fuga, es probable que jamás la hubiese intentado.

El padre de Luis Inclán, que como ya dije, era un hombre de carácter enérgico y dominante: quiso hacer un grave escarmiento y, sin contrariar los deseos de su hijo, tratar de que volviera al Seminario.

Inclán había manifestado el deseo de ser "ranchero", pues bien, tal deseo fue cumplido; sólo que cuando él creía recorrer el rancho montado en un buen caballo, se halló, de buenas a primeras, colocado como "peón colero", es decir, en el último grado de la escala de trabajo en el campo.

La alternativa, para don José María, era terminante: o Inclán resultaba un "verdadero ranchero" o regresaba al Seminario a "masticar declinaciones".

Grandes fueron los sufrimientos que pasó Luis Inclán desde aquel día; pero el empeño que puso en aprender las faenas campestres lo hizo ir ascendiendo hasta llegar a capitán de cuadrilla y posteriormente a administrador y propietario de algunas haciendas.

El mismo Inclán anota en *Recuerdos del Chamberín*, 2 algunos de los nombres de las haciendas por él administradas o de las cuales fue propietario: Chapingo, la Teja y el rancho de Carrasco donde él había nacido. Además de éstas, también administró las de Narvarte, Santa María y Tepetongo. 3

Gran parte de la vida de Inclán transcurre en las haciendas, entre siembras y animales; de ahí su gran amor al campo y el conocimiento que tenía de las faenas agropecuarias.

Marcha Inclán a Michocán, "al lado del rico latifundista don Vicente Retama" 4, donde transcurren siete años de su vida, principalmente en el Valle de Quencio y en la hacienda de Púcuaro. Estos hechos los menciona Inclán en *Recuerdos del Chamberín*. 5

Fui a Púcuaro destinado
y en mi caballo marché,
grandes jornadas eché
por camino muy quebrado,
en aquel país escarpado
donde anduvo sin cesar
jamás se llegó a despiar
en siete años justamente
que estuve en tierra caliente
trabajando sin parar.

La lectura de *Astucia* confirma el paso de Inclán por aquellos lugares. Gratos recuerdos conserva nuestro novelista, de su estancia en el Estado de Michoacán; recuerdos que quedan plasmados en su mejor novela.

2 Inclán, Luis G.— "Recuerdos del Chamberín" en: *El Libro de las Charrerías*.— Bibliotheca Mexicana, N° 2.— Librería de Porrúa Hnos. y Cía.— México, 1940. pp. 115, 121, 124.

3 Núñez y Domínguez, José de Jesús.— opus. cit.— pp. XV-XVII.

4 Idem.— p. XVII.

5 Inclán, Luis G.— *Recuerdos del Chamberín*.— p. 84.

Cuando Inclán regresa a México, no es ya aquel muchacho con poca experiencia que abandonó la ciudad unos años antes; ahora se ha convertido, cumpliendo los deseos de su padre, en un “verdadero ranchero”, a quien el sol y el aire del campo se han encargado de transformar.

Como hemos mencionado, Inclán fue administrador de varias haciendas; entre ellas, la de Tepetongo, donde conoció a doña Dolores Rivas, con quien contrajo matrimonio el primero de septiembre de 1837. Dos hijos procreó este matrimonio cuya duración sería muy corta. Muerta doña Dolores el 20 de junio de 1842, don Luis contrae nuevamente matrimonio; esta vez, con doña Petra Zúñiga y Negrete, oriunda de la ciudad de México. Tres hijos son el fruto de este segundo matrimonio: José Luis, Julia y Juan Daniel; éste último proporcionaría a José de Jesús Núñez y Domínguez importantes datos acerca de su padre don Luis G. Inclán.

“¿Cómo pude obtener los datos biográficos de Inclán?

“Aunque el asunto carece de importancia, referiré que allá por los ochentas llegó a mi pueblo natal (Papantla, Estado de Veracruz), para desempeñar el cargo de médico municipal, un joven doctor de la Facultad de México: don Juan Daniel Inclán. Mi padre era médico también y propietario de la única botica que había en el lugar; y esa doble circunstancia hizo que entre ambos facultativos se estableciera una cordial amistad. El doctor Inclán iba diariamente a mi casa, en donde yo, que apenas “gateaba”, fui muchas veces objeto de sus mimos y caricias.

“Trasladado el doctor Inclán a otra población, mi progenitor perdió de vista a su colega, y no fue sino hasta 1913 cuando volviéronse a encontrar en esta capital y reanudaron los antiguos lazos amistosos. Pero ya para entonces el doctor Inclán, roído de mortal dolencia, pasaba los días arrellenado en una poltrona en una vieja casa de la calle Cerrada de la Moneda.

“Como su padre, el doctor, hombre alto y magro, usaba afeitado el bigote y la barba recortada alrededor del rostro. También era un poco bisojo. Su conversación, como la de todos aquellos que han corrido mucho mundo, atraía por su amenidad y su fluidez.

“Así le encontré, cuando al averiguar que era vástago de don Luis, estuve a visitarle varias veces para oír de sus labios los pormenores de la existencia de su padre. El buen anciano, que enternecía siempre al verme, me narró con los del suyo, los más salientes detalles del pintoresco y agitado vivir de don Luis”.⁶

Don Luis Inclán regresa al rancho de Carrasco; pero al llegar los norteamericanos en 1847, sus propiedades son destruidas, por lo que tiene que trasladarse a la capital. Sus versos nos hacen conocer estos sucesos:

A Tlalpam me fui a instalar
fastidiado de servir,
y así pude conseguir
en mi rancho trabajar . . . 7

Cuando fuimos invadidos
por los Norteamericanos,
por manos de los poblanos
fueron mis bienes destruidos . . . 8

Inclán, despojado de sus fincas, se traslada a México, poco después de la invasión, y hacia 1854 lo encontramos establecido en la ciudad, propietario de una imprenta y una litografía, situadas en la calle de Cerca de Santo Domingo 12 y calle de San José el Real, N° 7, respectivamente. De la imprenta y la litografía saldrían numerosos impresos: imágenes religiosas, canciones, novenas, y también una docena o más de diferentes periódicos que publicaría a partir de 1862, época en que cobra auge el periodismo político. Estos impresos dieron fama a la imprenta y le sirvieron para sostenerse hasta su muerte.

A pesar de que Inclán vivía en la ciudad, la idea del campo se conservaba viva en su mente, y con frecuencia suspiraba por esa amada vida de libertad; por eso, jamás dejó de practicar el deporte que tanto le recordaba los años pasados en el campo: la charrería. Siempre que la oportunidad se presentaba, tomaba sus arreos charros, ensillaba a su Chamberín(su caballo favorito), y se dirigía al campo a disfrutar de las faenas que tanto le complacían.

“y el domingo concurría
al encierro, o donde había
que correr o estar lazando”.⁹

Inclán siempre descolló, ayudado por su caballo el Chamberín, en todas las suertes charras. Lo mismo que Astucia, el personaje principal de su novela: “siempre obtuvo el primer lugar, tanto en el manejo de la reata como en la agilidad y maestría en sortear un toro bravo, en colear y manejar un caballo”.¹⁰

Inclán nos hace notar la habilidad de su caballo y los premios que conquistó gracias a aquel animal, a quien dedicó *Recuerdos del Chamberín*, como muestra de agradecimiento por los servicios prestados.

“En los toros que siguieron
tres de ellos banderillé,
otros dos sólo colié
y muchas galas me dieron.
También jinetear me vieron
y en esas justas por fin
fui el único paladín
que en aquel circo luchó
y el primer lugar logró
gracias a mi Chamberín”.¹¹

A pesar de que Inclán fue siempre un hombre respetable, no se salvaría de pasar por la cárcel. Los periódicos de esa época nos dan a conocer este suceso y las causas que lo motivaron: *La Sociedad*, del lunes 31 de julio de 1865, anota en sus páginas:

6 Núñez y Domínguez, José de Jesús.—opus. cit.—pp. X-XI.

7 Inclán, Luis G.—*Recuerdos del Chamberín*.—p. 124.

8 *Ibid.*—p. 126.

9 Inclán, Luis G.—*Recuerdos del Chamberín*.—p. 136.

10 Inclán, Luis G.—*Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama*.—Editorial Porrúa, S. A.—Tomo I.—p. 120.

11 Inclán, Luis G.—*Recuerdos del Chamberín*.—pp. 89-90.

“Se dice que a consecuencia de la publicación de un escrito que contra el Sr. Ministro de Instrucción Pública apareció el sábado en hoja suelta, ha sido reducido a prisión el impresor Sr. Inclán”.¹²

El martes 1º de agosto del mismo año y en el mismo periódico, se agregaba una nota desmintiendo parte de la noticia:

“El señor Inclán.— Se nos asegura que no es cierto que haya sido reducido a prisión, como se aseguró ayer, por la publicación de una hoja suelta contra el Sr. Ministro de Instrucción Pública.”¹³

Sin embargo, otro periódico de aquel tiempo: *La Orquesta*, habla más detalladamente acerca del mismo asunto:

“Don Luis Inclán.— Efectivamente fue preso este señor el sábado último con motivo de la publicación de un escrito que contra el señor ministro de instrucción pública circuló el mismo día en hoja suelta.

“El Sr. Inclán merced a dos fiadores que presentó salió en libertad al día siguiente.

“Según se nos ha dicho, el señor Inclán no tuvo conocimiento de la impresión de aquel papel, sino uno de los dependientes que tiene en su establecimiento tipográfico.

“Celebramos que el señor Inclán esté libre, y deseamos que cuanto antes se castigue al verdadero culpable, quien no contento con lanzar injurias al señor Siliceo, hace una ofensa general a la Nación.”¹⁴

En este mismo año, 1865, y en 1866, publica Inclán su obra más importante: *Astucia*. El 21 de septiembre de 1866 anunció en uno de los periódicos que se imprimían en su imprenta, *La Patria*, el feliz término de la publicación de su novela:

“Esta semana concluye la publicación de la interesante y divertida novela histórica de costumbres mexicanas titulada: **ASTUCIA, EL JEFE DE LOS HERMANOS DE LA HOJA, O LOS CHARROS CONTRABANDISTAS DE LA RAMA**; la obra en cuadernos vale 4 pesos con sus 33 estampas”.¹⁵

La vida de Inclán continúa dedicada al periodismo y a la impresión de obras de diferente tipo. Hacia 1872, empieza a declinar, y a llegar a su ocaso, él mismo se da cuenta de esto: ya no es aquel charro que podía correr horas enteras tras un novillo, sin dar la menor seña de fatiga; ahora es un hombre al cual empiezan a pesar los años:

“Tras un toro fui corriendo,
pues mis males resintiéndolo
sufriendo cruel aflicción,
falto de respiración
al punto me convencí
que ya no soy lo que fui
mas que sólo en afición.”¹⁶

12 *La Sociedad*.—Periódico político y literario.—Tomo V. N° 769.—México, 31 de julio de 1865.—p. 3.

13 *Idem*.—Martes 1º de agosto de 1865.

14 *La Orquesta*. Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas.—México, 2 de agosto de 1865.—p. 3.

15 *La Patria*. Periódico político y literario.—Tomo I, N° 1.—México, viernes 21 de septiembre de 1866.

16 Inclán, Luis G.—“El Capadero en la Hacienda de Ayala” en: *El Libro de las Charrerías*.—p. 148.

Tres años más viviría Inclán: el 23 de octubre de 1875 sería el último en la vida del charro que, víctima de un efecema pulmonar, murió añorando el campo, a la edad de cincuenta y nueve años, en la ciudad de México, donde lo sepultaron. Sus restos fueron colocados en el Panteón de la Piedad, cerca de donde había transcurrido parte de su agitada vida (en la hacienda de Narvarte). Posteriormente se trasladaron al Panteón de Dolores, en donde actualmente reposan.

Dice un periódico de aquel tiempo:

“Defunción.— Ha muerto en esta capital el señor D. Luis G. Inclán persona muy conocida y bastante estimada por sus virtudes.

“Descanse en paz”.¹⁷

Así concluye la vida de Luis G. Inclán, el charro novelista, tipógrafo e impresor y una de las figuras literarias más importantes del siglo XIX. Aunque su vida y su obra hayan permanecido ignoradas por mucho tiempo, durante la época en que *Astucia* fue escrita, cuentan que fue muy leída: “La novela que ahora nos ocupa —dice don Francisco Pimentel, refiriéndose a *Astucia*,— se ha hecho tan popular en México y agrada tanto, que en el día es más leída que *El Periquillo*, viniendo a destronarlo hasta cierto punto.”¹⁸

La obra de Inclán ha sido revalorada en el siglo presente, encargándose de sacar del olvido al autor y a su obra, don José de Jesús Núñez y Domínguez¹⁹ y don Carlos González Peña.²⁰

Han sido dichos autores quienes nos han servido de guías para efectuar el estudio biográfico de don Luis Gonzaga Inclán.

17 *El Siglo XIX*.—Octava época, año XXXV.—Tomo 68, N° 11.—México, viernes 29 de octubre de 1875.

18 Pimentel, Francisco.—“Novelistas y Oradores contemporáneos” en: *Obras Completas*.—Tip. Económica.—Tomo V.—México, 1903-04. p. 338.

19 José de Jesús Núñez y Domínguez incluyó en su libro *Los poetas jóvenes de México y otros estudios nacionalistas*, un estudio acerca de Luis G. Inclán, que tituló “El novelista Inclán”. Este libro fue publicado en 1918. Posteriormente, en 1945, corregido y aumentado este artículo, sirvió como Introducción al volumen 57 de la Biblioteca del Estudiante Universitario, titulado: *Astucia, a través de tres personajes de la novela*.

20 González Peña, Carlos. *Luis G. Inclán en la novela mexicana*. Bajo este título pronunció don Carlos González Peña su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, al ser recibido como individuo de número.

El discurso de González Peña ha sido editado en varias ocasiones: lo publicó la Academia Mexicana de la Lengua en sus *Memorias*, en el año 1931; la Editorial Stylo lo imprimió en 1947, y la Editorial Cultura lo publicó también en el año de 1931.

LA BIOGRAFIA DE LUIS G. INCLAN Y LOS RASGOS AUTOBIOGRAFICOS QUE APARECEN EN *ASTUCIA*

Ahora que hemos anotado los principales datos biográficos de Luis G. Inclán, cabe mencionar las múltiples relaciones que existen entre la vida del autor y los personajes de la novela *Astucia*. Parece que Inclán no sólo quiere escribir las aventuras que su amigo, el Jefe de los Hermanos de la Hoja le ha relatado, ²¹ al encontrarse después de veinticuatro años de separación; en cada capítulo, en cada pasaje de la novela se encuentran mezcladas las aventuras del mismo Inclán, que quiere hacerse presente a través de cada uno de sus personajes y prolongar, por medio de recuerdos, la vida que en su juventud había llevado y que ahora, encerrado en la ciudad, dentro de su imprenta, le es difícil continuar.

En cada uno de los capítulos de *Astucia* que el lector analice, podrá encontrar una gran similitud entre lo que ahí se relata y los datos biográficos del novelista, que hemos anotado en páginas anteriores. Bastará, pues, examinar los capítulos de *Astucia* y compararlos con los datos que nos han proporcionado sus biógrafos y los que el novelista adiciona en *Recuerdos del Chamberín*, para encontrar en *Astucia* la prolongación de la vida de Luis G. Inclán.

El propio Inclán parece describirse a sí mismo en el prólogo de la novela, cuando se refiere a los protagonistas de la obra:

“En estos charros se ve patentizado a toda luz el verdadero carácter mexicano, y virtudes naturales de los rancheros que figuran como gente de la clase media entre los fuereños, en donde ajenos de los fingimientos de falsa política, con la mejor buena fe manifiestan los sentimientos de su corazón, probando con hechos su franqueza, hospitalidad, desinterés, respetos, sincera amistad y cuanto bueno y útil puede tener un hombre para sus semejantes.” ²²

¿Quién si no Inclán era aquel charro de esas virtudes y características?

Empezaremos hablando del jefe de los Charros contrabandistas: *Astucia*, Lorenzo Cabello. Lencho el perverso, como se le conocía cuando contaba doce o trece años, era un muchacho cuyo sobrenombre nos dice cómo era: prefería travesear por los texcales, colear las reses y hacer diabluras, a pasar las horas hojeando y estudiando los libros. Ese Lencho no es otro que Luis Gonzaga Inclán que rehuye los estudios añorando su vida en el rancho de Carrasco.

21 Inclán, Luis G.—*Astucia*.—Tomo I. p. 6.

Luis G. Inclán y el protagonista de la novela se conocieron en 1938 en las haciendas de Púcuaro, en donde trabajaron juntos. No fue sino hasta 1863 cuando volvieron a encontrarse:

“Un instante bastó para el reconocimiento y que se reanudara nuestra antigua amistad; mutuamente nos dimos cuenta de nuestra vida en los veinticuatro años transcurridos; y al ver las extrañas aventuras de mi buen amigo, lances críticos fuertes compromisos, tristes desengaños y otras vicisitudes a que sólo su constancia, viveza, valor y fuerza de voluntad pudo afrontar y salir bien librado —después de estar quince años con la vida vendida—, lo comprometí a que escribiéramos su historia para publicarla”.

22 Inclán, Luis G.—*Astucia*.—Tomo I. p. 6.

Frente a la preocupación de don Juan Cabello por la educación e instrucción de su hijo, al que lleva al pueblo para que sea "amansado" por el preceptor don Primitivo, y que "pierda los resabios" que ha adquirido, y la enérgica reacción ante la huida de Lencho de Zitácuaro; aparece la figura de don José María Inclán, hombre preocupado e interesado en su hijo Luis, a quien no solamente proporciona la instrucción elemental, sino que lo envía al Seminario, con el pensamiento de que llegue a ser un cura o un licenciado. En la misma forma en que don Juan se enfrentó a Lencho cuando éste huyó de Zitácuaro, así reaccionó don José María ante la escapatoria del Seminario que realizó Luis. Ambos fueron duramente recriminados, y aunque Lencho regresó a continuar su educación, e Inclán se quedó en el campo, la semejanza entre ambas vidas no deja de ser significativa.

En el aspecto de la educación de los hijos y la forma en que Inclán fue educado, aparecen varias escenas, en las vidas de los Hermanos de la Hoja, que guardan semejanza con la vida de Luis G. Inclán.

José López, conocido como Pepe el Diablo, es enviado al Instituto Literario de Toluca, en donde durante tres años estudia, pero según él mismo dice sólo "a fuerza de fuerzas aprendí a masticar la Gramática." 23

Lo mismo que Luis G. Inclán, Pepe el Diablo abandona los estudios, aunque no por gusto como nuestro autor, sino por padecimientos económicos, pero además, según nos dice, porque "más me gustaba andar a caballo y trabajar en el campo, que continuar los estudios." 24 Ambos abandonan la escuela y se dedican a ocupaciones diferentes: Inclán sigue firme en su vocación de rancharo; Pepe el Diablo se coloca como mayordomo en un hatajo de mulas.

En la biografía de Atanasio Garduño, al que se conoce como Tacho Reniego, porque en la escuela de todo renegaba, existe una semejanza muy íntima con la vida del autor de la novela *Astucia*, en lo que se refiere a la educación recibida por ambos. Parece la vida misma de Inclán, retratada en la novela.

Tacho es enviado al Seminario de México, en donde se dedica a todo menos a estudiar, por lo que un buen día, ya sin la sombra protectora de su tío el Arzobispo, Tacho es expulsado del Seminario y regresa con sus padres. Desea, según responde a su padre, ser campesino; el mismo oficio por el que años atrás Inclán se había inclinado.

El diálogo que surgió entre don José María Inclán y su hijo Luis, se repite entre don Juan Garduño y su hijo:

"—¿Dime en qué piensas ocuparte?"

"—Señor —le contesté muy curtido— en el campo, su merced se ocupa de eso y a su lado podré aprender.

"—Es que para que sepas mandar, es preciso que sepas hacerlo; no creas que el trabajo del campo es no más andar en el caballito travesando todo el día; piénsalo bien . . ." 25

Tanto Luis G. Inclán como Atanasio Garduño pensaron que "el tajo no comía gente" y decidieron seguir el llamado del campo, y aunque mu-

23 Ibid.—Tomo I,—p. 225.

24 Ibid.—Tomo I.—p. 225.

25 Ibid.—Tomo II.—pp. 17-18.

chos sufrimientos les costó, llegaron a ser buenos campiranos. Inclán, ya lo hemos dicho, continúa su vida en el campo; Tacho lo abandona en busca de mejores horizontes.

Las vidas de estos dos personajes tienen algunas notas que las hacen diferentes: Luis Inclán acude al Seminario por mandato de sus padres y son ellos quienes lo sostienen, y cuando se cansa de aprender Latín y Filosofía, se escapa del Seminario.

Tacho Reniego es enviado al Seminario porque su tío el Arzobispo, don Manuel Posadas Garduño, le consigue una beca. A la muerte del Arzobispo, y viendo que Tacho era un mal estudiante, lo expulsan del Seminario. Las causas por las que uno y otro salen del Seminario son diferentes, pero en el fondo existe una sola razón: ni a Luis Inclán ni a Tacho Reniego les interesaban los estudios y en cambio sí añoraban la vida en el campo.

La historia que después aparece es la biografía de Alejo Delgado, el Charro Acambareño, para sus amigos. Poco se habla acerca de la educación que Alejo recibió, pero en lo poco que se menciona, se observa la semejanza entre la vida de este charro contrabandista y la vida de Inclán, porque ambos realizaron escasos estudios; menos Alejo que Inclán, pues en cuanto el padre del primero se dio cuenta de que no servía para los estudios, lo dedicó a cuidar peones.

Alejo, gracias a sus aventuras amorosas ocurridas cuando contaba dieciocho años, y "empezaba a querer cantar como gallo" 26, va a dar a la cárcel, en donde pasa horas amargas, encerrado en un inmundo calabozo, en donde es pasto de los bichos sucios que lo habitaban. Es muy probable que la estancia de Alejo en la cárcel sea el reflejo de las horas que Luis G. Inclán pasó en la cárcel, la noche del 30 de julio de 1865, cuando por haber circulado una hoja contra el Ministro de Instrucción Pública, Inclán se vio reducido a prisión. Este suceso, ampliamente comentado por los periódicos de la época, 27 pudo haber sido el motivo de inspiración para que Inclán retratara tan vivamente los sufrimientos que pasó Alejo en la cárcel. También recordaría Inclán esas horas pasadas en la cárcel, cuando relata los padecimientos de Lorenzo Cabello, cuando lo denuncia el Cascabel, y posteriormente, los sufrimientos de Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja, en la cárcel de Tlaxcala a donde lo conducen después del fatal exterminio de sus hermanos.

Lorenzo el aguardentero y Luis Inclán, el impresor, son castigados injustamente: Lorenzo, por una denuncia de un traidor; Inclán por una falsa acusación. Pero el hecho es que, por haber estado en la cárcel, puede Inclán pintar las angustias, sufridas en carne propia, de una noche en un calabozo rodeado de animales asquerosos y de inmundicias.

Si analizamos la historia de Chepe Botas, cuyo verdadero nombre era José Morales, encontraremos en las ideas de su padre el mismo pensamiento que años antes había movido a don José María Inclán a enviar a su hijo al Seminario para hacer de él "un buen eclesiástico o un buen abogado".

Como hemos afirmado en varias ocasiones, a Inclán no le gustaron los estudios; a Chepe Botas, tampoco. "A pesar de estar con mi libro machaca y machaca, sólo aprendí algunos versos del Iriarte de memoria, pero en

26 Ibid.—Tomo II.—p. 232.

27 Ver notas 12, 13 y 14 de este capítulo.

eso de las declinaciones se me atoró el camote”: “Me separé del vicario poco menos ignorante de lo que fui, pues en largos cuatro años no supe declinar musa musae.” 28

A través de toda la novela *Astucia* siguen multiplicándose los pasajes en que la semejanza entre la biografía de Inclán y dichas escenas nos lleva a afirmar que parecen tomadas de la propia vida de Inclán, principalmente las escenas que se refieren a la vida y aventuras de *Astucia*, el jefe de los Hermanos de la Hoja.

Cuando Lorenzo Cabello se transforma en un Hermano de la Hoja al ingresar a esta Hermandad, celebran festejos en los que “concedieron a *Astucia* el primer lugar, tanto en el manejo de la reata como en la agilidad en sortear un toro bravo, en colear y manejar un caballo” 29; características que muy bien pudieron aplicarse a Inclán, puesto que lo distinguieron en las faenas charras en las que siempre tomó parte.

Las fiestas celebradas en Tochimilco con motivo de la fiesta del patrono del pueblo, que describe Inclán en *Astucia*, 30 guardan gran semejanza con aquellas a las que Inclán asistía y que nos relata en *Recuerdos del Chamberín*. 31 Inclán y *Astucia* encarnan al mismo personaje que asiste y se divierte en aquellos festejos: coleaderos, peleas de gallos, charreadas, etc.

Cuenta uno de los biógrafos de Inclán que éste, varias veces, fue encargado de “administrar la plaza de toros de esta capital y en Puebla, en la época del célebre torero Bernardo Gaviño” 32, según eso, es lógico suponer que Inclán haya conocido a Gaviño, si no personalmente, cuando menos debió haber oído hablar de él, puesto que en algunos de los periódicos salidos de las prensas de Inclán se anunciaban corridas en las que tomaría parte el famoso torero. Este hecho tiene importancia porque en uno de los pasajes de *Astucia*, precisamente el que se refiere a las fiestas de Tochimilco, a *Astucia* lo confunden con Bernardo Gaviño, por la habilidad que muestra para torear y para ejecutar las faenas charras, prueba de que Inclán conocía a este torero.

Cada una de las páginas que en *Astucia* se refieren a las suertes charras, parece estar tomada de la vida del propio Inclán, pues como gran aficionado a este deporte, lo conoció a la perfección, por lo que sus descripciones de esas faenas están apegadas a la realidad.

Luis G. Inclán, lo hemos afirmado en varias ocasiones, sintió desde pequeño un gran amor hacia la vida del campo: por eso en sus obras siempre se observa la predilección de Inclán por el campo y cierto desprecio por la vida citadina, a la que tuvo que permanecer ligado durante la última parte de su existencia.

Cuando *Astucia* se convierte en prófugo de la cárcel de Tlaxcala, se inicia una nueva fase en su vida: tiene que velar por los intereses de sus “todos”, que son los familiares de sus hermanos caídos en desgracia. Para atenderlos necesita valerse de su astucia. Empieza a peregrinar por las oficinas de

28 Inclán, Luis G.—*Astucia*.—Tomo II.—pp. 403 y 412.

29 Ibid.—Tomo I.—p. 210.

30 Ibid.—Tomo I.—pp. 392-403.

31 Inclán, Luis G.—*Recuerdos del Chamberín*.—pp. 87-91.

32 Núñez y Domínguez, José de Jesús.—opus. cit.—p. XVIII.

gobierno de la ciudad de Morelia, tratando de obtener algo para aquéllos que de él dependen. Sólo tiene desilusiones y decepciones, que reflejan el hastío que Luis Inclán siente en la ciudad de México, donde vive. El prefiere la vida del campo, donde no hay falsedades ni fingimientos.

Después de recorrer diferentes oficinas del gobierno, Astucia logra convertirse, gracias a su astucia, en el Jefe de la Seguridad Pública del Valle de Quencio.

En ese Valle de Quencio pasó Luis G. Inclán algunos de los mejores años de su vida; por eso, al escribir su novela, en ella se ven retratados los agradables recuerdos que guarda de su paso por el Valle, en donde permaneció durante siete años, ³³ los mismos que el Coronel Astucia pasó en esos lugares. ³⁴

La descripción de cada rincón del Valle de Quencio muestra el gran conocimiento que Inclán tuvo de aquellos parajes: Púcuaro, Tuxpan, Ocuorio, Cóporo, Tajimaroa, etc., rincones del Valle que vieron transcurrir los años de la vida de Inclán; rincones que él recuerda con verdadero cariño; tanto, que los mejores años de la vida del Coronel Astucia, el personaje más importante de la novela, se desarrollan en Michoacán, en el Valle de Quencio.

Muchos son los acontecimientos que suceden al Coronel Astucia en este citado Valle; entre ellos, el amor, rapto y "matrimonio" con Amparo.

Ya hemos anotado en páginas anteriores que Inclán contrajo matrimonio en dos ocasiones: la primera vez, con doña Dolores Rivas, oriunda de Tepetongo, una de las haciendas administradas por Inclán. En segundas nupcias se casó con doña Petra Zúñiga y Negrete, nacida en la ciudad de México.

Así como Inclán tuvo dos grandes amores durante su vida, primero con una jovencita nacida en el campo; después con otra, oriunda de la ciudad; así Lorenzo Cabello, ama a dos jóvenes de las mismas características: Refugio, nacida en un pueblo del Valle de Quencio, Amparo, cuya cuna había sido la ciudad. Las semejanzas entre ambas vidas vuelven a hacerse presentes en estas escenas.

"Cuando menos lo esperaban
para México volvimos
y en siete años que estuvimos
en toda tierra caliente
y en tierra fría, fue patente
la fama que conseguimos.

Lorenzo Cabello pierde, por trágicas circunstancias del destino, a su primer gran amor: Refugio. Luis Inclán, poco tiempo después de haber contraído matrimonio, pierde a su primera esposa. Ambos se enamoraron nuevamente, ahora de una muchacha nacida en la ciudad: Amparo, en el caso del Coronel Astucia y doña Petra Zúñiga y Negrete, en el de Inclán. Estos dos amores serían felices y terminarían hasta la muerte de los amantes.

Los dos amores que existieron en la vida de Luis G. Inclán influyeron notablemente en la mente del escritor, ya que desarrolla la vida del protagonista de su novela en la misma forma en que su vida real sucedió.

33 Inclán, Luis G.—*Recuerdos del Chamberín*.—p. 97.

34 Inclán, Luis G.—*Astucia*.—Tomo III,—p. 242.

Los últimos capítulos de la novela *Astucia*, aunque no son muy semejantes a la vida que llevó Inclán en sus últimos años, sí reflejan los ideales de éste. El Coronel Astucia, cansado de figurar en la vida política, se retira a “sus labores manejando él mismo sus intereses, ocupado en el fomento y bienestar de las familias . . . Vive aún, siendo amante padre, fiel esposo y amigo sincero de sus verdaderos amigos, ofreciéndose a las órdenes de las personas que lo honren con su amistad en las haciendas que maneja, en un rinconcito del delicioso y ameno territorio de Michoacán”.³⁵

En estas líneas se encuentran resumidos todos los sentimientos de Luis G. Inclán. El, que había nacido en un rancho y cuya vida había transcurrido en el campo, se veía encerrado entre las paredes de su imprenta, en la ciudad.

Cuánto hubiera deseado Inclán cambiarse por el protagonista de su novela; abandonar la tinta y los tipos, las prensas, y todo lo relativo a ellas; cambiarlos por su caballo, su reata, el llano, la libertad, y vivir los últimos años de su vida al amparo de su amado Valle de Quencio, en donde seguramente hubiese seguido los pasos del Coronel Astucia, quien olvidando el cargo que desempeñaba, se dedicó, como Lorenzo Cabello, a atender a su familia amada.

35 Ibid.—Tomo II.—p. 423.

O B R A .

RELACION DE LAS PRINCIPALES OBRAS DE LUIS G. INCLAN.

SUS OBRAS POETICAS: RECUERDOS DEL CHAMBERIN.

EL CAPADERO EN LA HACIENDA DE AYALA.

DON PASCASIO ROMERO.

I I I

Mencionaremos en este capítulo las obras escritas por don Luis G. Inclán, sin olvidar los periódicos publicados en su imprenta, pues aunque no fueron escritos por él, sí salieron de sus prensas, y es probable que él haya intervenido en alguno de ellos, pues varios artículos sin firma, aparecidos en estos periódicos, bien pueden atribuirse a Inclán.

Sus obras, que podemos calificar como obras menores, si se comparan con *Astucia*, su novela más importante, son:

1) *Reglas con que un colegial puede colear y lazar.*

Esta obra salió de las prensas de Inclán, en 1860. No son propiamente unas reglas, sino una serie de consejos dirigidos a aquéllos que se inician en las faenas charras, faenas de sobra conocidas por Inclán, por lo cual se siente con suficientes conocimientos para escribirlas, como una ayuda para quienes se arriesgan a practicar tan amenas, pero a la vez tan peligrosas diversiones.

Las *Reglas con que un colegial puede colear y lazar*, no son precisamente un tratado literario; pero sí nos interesan hondamente en el aspecto lingüístico, porque en ellas hay un buen número de expresiones típicas, de las que se usan en la charrería. El mismo Inclán nos lo dice en el prólogo de esta obra:

“Me he tomado la libertad de no sujetar mi relato a las palabras propias del buen castellano, sino que lo explico con las más vulgares y conocidas de los rancheros, con que es costumbre entre nosotros explicarnos cuando se trata de relatos de esta especie”.¹

Esas expresiones típicas las emplea Inclán para nombrar las diferentes suertes que se practican en la charrería: colear a pulso, a rodilla, a arción corrida, arción bolera para atrás, arción bolera chica o baja, a las apeadas, en pelo, a puerta de corral, a pie, al descarreto, y muchas otras más, que son las formas empleadas para colear en el siglo pasado.

Menciona la forma en que debe realizarse la suerte de colear, cuando

1 Inclán, Luis G.—“Reglas con que un colegial puede colear y lazar”. Prólogo en: *El Libro de, las Charrerías.*—México, 1940.

se juega una apuesta, hecho cuyo desarrollo podemos observar en *Recuerdos del Chamberín*, cuando Inclán apuesta y gana a un español que presumía de ser buen jinete y coleador. ²

Cuando habla Inclán de la suerte de lazar, se refiere primero a los diferentes tipos de reatas que existen: sanluisiñas, florideñas, quereñanas, etc. Habla después de los diferentes modos que existen para lazar y los pintorescos nombres que reciben algunos tipos de lazada: la aurora, la galaneta, el Plan de Ayutla, la taravilla, la reaccionaria, la aguja, la infalible, la cangreja, la Revolución, la polka en fuga, la contribución, la Siempreviva, la crinolina, etc.

Los diferentes modos que existen de estirar la reata también reciben curiosos nombres: a pie metiendo el cuadril, a cabeza de silla, estirar sentado, etc.

Contiene esta obra de Inclán un amplio caudal de términos empleados entre la gente de campo; palabras que los charros utilizaban para referirse a sus faenas, que no están en ningún diccionario, y que hacen de la obra de Inclán un auténtico acervo de mexicanismos, es decir, de vocablos típicamente mexicanos.

2) *Recuerdos del Chamberín.*

Es otra de las obras escritas por Inclán y editada también por él en 1860.

Versos dedicados al Chamberín, caballo de Inclán, hacia el cual sintió una profunda gratitud, por lo que a su muerte quiso hacer del conocimiento público los hechos y proezas realizados por el caballo.

El Chamberín formó parte, durante muchos años, de la vida de Luis G. Inclán; por eso *Recuerdos del Chamberín*, no solamente contiene la relación de hechos famosos realizados por el caballo, sino que en el poema podemos encontrar gran número de datos biográficos acerca de Luis Inclán. Por medio de este poema se reconstruyen pasajes de la vida del novelista, que no conoceríamos de no haber escrito Inclán esta obra. Coinciden dichos pasajes con escenas de *Astucia*, lo cual refuerza la tesis ya expresada de que la vida de Inclán se encuentra íntimamente ligada a la vida del jefe de los Hermanos de la Hoja.

Recuerdos del Chamberín reproduce fielmente la forma en que se llevaban a cabo las apuestas y competencias charras, y escenas de la vida y las costumbres de ciertos grupos de la sociedad de México, durante la última mitad del siglo XIX. Estas escenas fueron vividas por el propio Inclán, de ahí la facilidad que tiene para describirlas y retratarlas con tanto realismo.

Inclán considera que fueron hechos notables los que realizó el Chamberín con "su destreza en las travesuras del campo, perfecta mansedumbre y otras gracias particulares". ³ Condujo a su dueño por la sierra, cuando éste se hallaba perdido; salvó la vida de Inclán cuando fue atacado por unos forajidos; le hizo ganar apuestas y provocó la admiración de quienes le conocían; salvó a los amigos de Inclán de una muerte segura; éstos y otros hechos más fueron los realizados por ese caballo que cuando pequeño apenas parecía un caballito inservible para todo.

2 Inclán, Luis G.—*Recuerdos del Chamberín.*—pp. 98-112.

3 Inclán, Luis G.—"Prólogo" en: *Recuerdos del Chamberín.*—p. 71.

Los acontecimientos que relata Inclán, están escritos “en dialecto ran-
chero”, 4 porque es el que Inclán conoce.

No es, pues, *Recuerdos del Chamberín*, una obra modelo de lenguaje; pero sí, como la obra antes mencionada, muestra todo el encanto de la lengua mexicana empleada por nuestros rancharos en el campo.

Esta obra se reeditó en fecha desconocida, y la tercera edición apareció en 1867, también procedente de las prensas de Inclán.

3) *El Capadero en la Hacienda de Ayala.*

(Propiedad del Dr. D. José Trinidad Pliego. Verificado en los días 25 y 26 de junio de 1872).

En estos versos, que se publicaron el mismo año de 1872, encontramos una amplia descripción de la forma en que durante el siglo pasado se realizaron esta clase de festejos, y que todavía, siguiendo las costumbres descritas por Inclán, se practican en algunas haciendas y ranchos de los alrededores de la ciudad.

En esta obra Inclán hace una relación de las personas que asistieron a aquellas fiestas, los caballos que montaban y las hazañas que cada uno realizó, sin olvidar una crítica sobre la forma en que cada invitado cumplió con su cometido.

Los nombres de los animales utilizados ponen una nota típica en estos “apuntes para la historia” escritos por Inclán: el Mirabién, el Cariño, el Chalán, el Mastuerzo, el Can-can, el Tingüindí, el Remiendo, el No me olvides, la Chuchería, el Telégrafo (por ser veloz y ligero), el Mal teñido, el Cintarazo y otros, se mencionan entre los más destacados.

Cuando Luis G. Inclán escribió sus versos sobre el Capadero, es posible que no haya pensado en legar una obra a la posteridad. Al relatar los hechos, sucesos y proezas realizados en aquella hacienda, en los cuales el tomó parte, lo hizo como una muestra de gratitud y amistad hacia la familia Pliego por la cual fue perfectamente atendido durante su estancia en la Hacienda de Ayala.

“A los Pliego les dedico
esta insulsa relación,
y con muy sana intención
yo no adulo ni critico;
por esto, pues, les suplico
la reciban con bondad,
y al ver mi sinceridad
entiendo que aceptarán,
este recuerdo de Inclán,
como prueba de amistad”. 5

Inclán califica de “insulsa” su relación, y aunque a algunos pueda parecerles tal, no lo es si la juzgamos desde ciertos puntos de vista.

A través de *El Capadero en la Hacienda de Ayala*, podemos conocer un jirón de las costumbres del México de aquel tiempo; pero no es el México citadino descrito por tantos autores, sino el México del campo, el ambiente rural que pocas veces se había descrito con tal maestría. Y es Inclán, aquel

4 Idem.—p. 73.

5 Inclán, Luis G.—*El Capadero en la Hacienda de Ayala*.—p. 171.

campesino nacido en el rancho de Carrasco, ese ranchero encerrado en la ciudad y en el que a cada momento vibra su amor por el campo, el que se encarga de relatarnos las faenas charras, tal como se llevaban a cabo en el campo.

Este aspecto, por sí solo, podría hacer interesantes los versos de Inclán, mas si esto fuera poco, existe, además, el lenguaje típico y pintoresco que, como en cada una de las obras antes mencionadas, emplea Luis G. Inclán. Es una lengua popular y campesina, propia de las suertes que se están describiendo. Si Inclán hubiese cambiado las palabras y giros que emplean los rancheros para designar las faenas que desempeñan, sus obras perderían gran parte del encanto que tienen.

Estos detalles hacen de *El Capadero en la Hacienda de Ayala* una obra digna de ser considerada; por el folklore que lleva, por la descripción de toda una época de la vida de México, y por su lenguaje campirano, por todo ello, que la convierte en una obra típicamente mexicana.

4) *Ley de Gallos.*

Esta obra, que es un Reglamento para el mejor orden y definición de las peleas de gallos, se publicó en septiembre de 1872 en la imprenta de Luis G. Inclán, y su precio era de dos reales el ejemplar. Consta de un vocabulario para explicar los términos que se emplean en las peleas de gallos: desestrañar al gallo, destapar los gallos, levantar escobeta o morro, perder la pinta, etc. En ese mismo vocabulario reúne una serie de nombres que pueden recibir los gallos por su actuación en el palenque: chinamperos, gambeteadores, jaladores, mochiller, reguindones, sueleros, tapados, etc.

Se encuentran concentrados en esta obra una serie de artículos que forman las leyes que deben observarse en las peleas de gallos y que reglamentan la actuación de empresarios, soltadores y sentenciadores, así como la forma de llevar a cabo las peleas.

Si la *Ley de Gallos* no constituye una obra literaria, sí es una obra muy completa, en lo que a peleas de gallos se refiere, y además puede considerarse como obra única en su género, pues no tenemos noticia de que, además de la obra de Inclán, exista otro tratado sobre este tema.

5) *Don Pascasio Romero.*

Los versos que llevan este título deben de haberse impreso en hoja suelta, pues carecen de fecha de publicación. Muestran la vena humorística que tiene Inclán como escritor.

Luis G. Inclán, durante su vida en el campo, y aun en su estancia en la ciudad, estuvo acostumbrado a tratar con cierta familiaridad a los caballos, razón por la cual no vacila en aplicar a la mujer los calificativos con que se refiere a sus animales. Se acuerda Inclán de las yeguas y potrancas que en los ranchos ha manejado y pone, en boca de un rancherón adinerado que ha venido a la capital a buscar una mujer con quien casarse, una serie de adjetivos que se aplican a los caballos, y mediante los cuales, don Pascasio (tal es el nombre del ranchero), examina a las mujeres, tratando de encontrar la que mejor convenga a sus intereses.

“Allá en estilo ranchero
conció el extraño plan
de buscar, con mucho afán,
una mujer que quería,
con reglas de albeitería
entre las hijas de Adán.

A todas cuantas miraba
les fijaba la atención,
les hacia su aplicación
y mil defectos hallaba”. 6

Todos los adjetivos que pudieran aplicarse a una yegua, le son aplicados a la mujer. El autor hace gala de ese ingenio tan característico del pueblo de México, ingenio que en muchas ocasiones toca lo irrespetuoso, caso que llega a darse en algunos de los versos de *Don Pascasio Romero*. El poema en general muestra la vena humorística muy grande que poseyó Inclán.

Además de las obras ya mencionadas, pertenecen a Inclán otras, que no han llegado hasta nosotros porque se extraviaron sus originales, en poder del hijo de Inclán, don Juan Daniel, cuando éste realizaba un viaje de San Andrés Tuxtla a Tlacotalpan; un incendio que estalló en el barco, redujo a cenizas los originales de otras obras de Inclán. Entre ellas se encontraban:

Los Tres Pepes, novela que estuvo a punto de publicarse, pues cuando Inclán anunciaba la conclusión de *Astucia*, también hacía mención de la próxima publicación de *Los Tres Pepes*:

“La buena aceptación que ha tenido (se refiere a *Astucia*) me pone en la obligación de dar a mis numerosos suscritores las debidas gracias por su bondad, y al mismo tiempo anunciarles que pronto se publicará otra obra de la misma clase que llevará por título *Los Tres Pepes o el Consejo de los Tres*. L. Inclán.” 7

Pepita la Planchadora y un Diccionario de Mexicanismos o Gramática Mexicana, 8 son otras producciones de Inclán que desconocemos por haberse quemado sus originales en el ya citado incendio.

Don José de Jesús Núñez y Domínguez menciona, en su obra ya antes citada, 9 que también escribió Inclán una hoja suelta, con lenguaje escatológico, que llevaba el título de *Regalo delicioso para el que fuera asqueroso*.

6 Inclán, Luis G.—“Don Pascasio Romero” en: *El Libro de las Charrerías*.—p. 176.

7 *La Patria*. Periódico político y literario.—Tomo I.—México, viernes 21 de septiembre de 1866.

8 Núñez y Domínguez, José de Jesús.—opus. cit.—p. XLIII.

9 Idem.—p. XXIII.

LA LABOR DE LUIS G. INCLAN, COMO IMPRESOR DE PERIODICOS

Dentro de la obra de Luis G. Inclán puede mencionarse, también, su labor como editor de casi una docena de periódicos, además de algunas otras obras. Ya hemos dicho que Inclán adquirió una imprenta en la capital hacia el año de 1854, y que trabajó en ella desde que se trasladó a la ciudad, cuando perdió sus bienes por la invasión norteamericana. Sin embargo, es hasta 1862, cuando aparecen los primeros periódicos publicados en la imprenta de Inclán. Si hubo algún periódico publicado en fecha anterior, no hemos encontrado constancia de ello.

Esta fase de la vida de Inclán como impresor, no es muy conocida, sus biógrafos se habían limitado a afirmar que de las prensas de Inclán sólo habían salido estampas de santos y novenas; sin embargo, hay casi una docena de periódicos que aparecieron y que se imprimieron en la imprenta de Luis Inclán. En ellos, no sólo figuró Inclán como impresor, sino que en algunas ocasiones llegó a tomar la pluma para insertar artículos en sus páginas.

Entre los periódicos que salieron de las prensas de Inclán y que hemos podido hallar en la Hemeroteca Nacional, la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada y la Biblioteca del Museo Nacional, se encuentran:

I.— *La Justicia*. Periódico de Religión, orden y cuentero. Se encuentran en la Hemeroteca Nacional los números que corresponden a los días 3, 4 y 7 de junio de 1863.

II.— *La Cuchara*. Papelito alegre, entrometido y zumbón, impolítico y de costumbres.

La Hemeroteca Nacional sólo cuenta con dos números de este periódico, los que corresponden al 6 de noviembre de 1864 y al 8 de marzo de 1865. Ninguno de estos dos números fue editado en la Imprenta de Inclán; ambos se publicaron en la imprenta de M. Castro, situada en la calle de las Escalerillas N^o 9. No ha sido posible hallar números de *La Cuchara* que hayan sido publicados por Inclán. En la Biblioteca del Museo Nacional existían algunos números de este periódico; pero a la fecha han desaparecido: queda sólo la ficha bibliográfica.

Este "papelito alegre, zumbón y entrometido" fue suspendido varias veces y sus editores sufrieron por ello fuertes multas y días de cárcel. Un periódico de aquel tiempo, *La Tos de mi Mamá*, del 4 de diciembre de 1864, anuncia la suspensión de su colega *La Cuchara* durante 30 días.

III.— *La Orquesta*. Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas.

Los números del 3 de diciembre de 1864 al 28 de enero de 1865, fueron impresos en el establecimiento de Inclán. En estos números se mencionan corridas en las que tomaría parte el famoso torero Bernardo Gaviño. Este hecho es importante, porque este personaje lo nombra Inclán, unos meses más tarde, en su novela *Astucia*.

Fue en este periódico en donde apareció la noticia de la prisión y libertad de Inclán, hecho que ya hemos mencionado antes.

IV.— *La Patria*. Periódico político y literario.

Este periódico se publicaba todos los días, menos los lunes. Las suscripciones se recibían en la imprenta litográfica de Inclán, Calle de San

José del Real No. 7, y se imprimía en la calle de Cerca de Santo Domingo N^o 12.

Los números que hemos hallado son los que aparecieron del jueves 20 al martes 25 de septiembre de 1866. No sabemos por qué causa, a partir del miércoles 26 del mismo mes y año, cambió de imprenta este periódico.

Fue en *La Patria* donde se anunció la conclusión de *Astucia* y la próxima aparición de *Los Tres Pepes*, que no llegó a publicarse.

V.— *El látigo*. Periódico político, de trueno y con puntas de picante. Los números que de este periódico se conservaban en la Biblioteca del Museo Nacional, también han desaparecido y solamente existe la ficha bibliográfica de ellos.

Sabemos que este periódico, que “sufrió muerte afrentosa por contrariar las leyes de Reforma de una manera irrespetuosa, verá mañana la luz pública, después de haber sufrido sus editores siete meses de prisión y de estar sentenciados a setecientos pesos de multa.”¹⁰ Esta noticia, que es la única que hemos encontrado acerca de este periódico, apareció el 3 de junio de 1863 en el periódico *La Justicia*.

Existen otros periódicos cuya impresión fue realizada en la imprenta de Luis G. Inclán, de los cuales no hemos hallado ninguna noticia en los depósitos a que hemos acudido. Estas publicaciones las menciona Eduardo Charpenel en una tesis sobre Inclán.¹¹

VI.— *La Borrasca*. Periódico político, de literatura y variedades.

Se publicó en noviembre de 1862.

VII.— *El Cucharón*. Periódico tricolor, entrometido, zumbón, chistoso, etc.

Este periódico no fue otro que *La Cuchara*, a la que su editor, Luis G. Iza, cambió de nombre.

VIII.— *El Conservador Mexicano*.

De este periódico, sólo se conserva un número, sin saber las razones de que sólo exista uno.

IX.— *El Instructor del pueblo*. Periódico popular, independiente, de orden y cuentero.

En el periódico *La Sociedad*, del día 15 de julio de 1863, hay una nota que menciona la aparición de este periódico, y se le desea la mejor de las suertes.

X.— *La Jarana*. Periódico distinto de todos los periódicos.

Esta publicación, según afirma Charpenel, contiene unos versos y un artículo firmados por Inclán, que hablan acerca de tauromaquia.¹²

XI.— *Doña Clara*. Periódico que se publicó desde el 21 de abril de 1865 hasta septiembre del mismo año.

La importancia de estos periódicos radica no sólo en la labor tipográfica de Inclán, sino también en las veces que, incitado por el deseo de escribir, don Luis tomó la pluma para escribir algunos artículos, que sin firma, deslizó en las páginas de los periódicos. Es muy probable que en esos periódicos estén diseminados no uno, sino varios artículos, los cuales el modesto impresor dejó sin su nombre.

10 *La Justicia*. Periódico de Religión, orden y cuentero.—México, miércoles 3 de junio de 1863.

11 Charpenel Eyssautier, Eduardo.—*Luis G. Inclán. Nuevas aportaciones*. Tesis.—México, 1959.

12 Charpenel Eyssautier, Eduardo.—opus. cit. p.

ASTUCIA, EL JEFE DE LOS HERMANOS DE LA HOJA O LOS CHARROS CONTRABANDISTAS DE LA RAMA

Hemos dejado para el final de este capítulo la obra más importante de don Luis G. Inclán, por la cual se le considera en los anales literarios: *Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama*.

Esta novela se publicó por entregas, en cuadernos: la impresión del primer tomo se terminó en 1865, y el segundo acabó de imprimirse en 1866.¹³

ESTRUCTURA DE LA NOVELA

Astucia relata las aventuras de un grupo de contrabandistas de la rama, cuya sincera amistad los llevó a formar la Hermandad de la Hoja. La novela presenta una visible división en tres grandes capítulos:

En primer término se nos relata la vida de Lorenzo Cabeilo, el futuro Astucia. Forman parte de este primer gran capítulo las aventuras de Lencho el perverso, sobrenombre ganado por sus continuas travesuras. A causa de éstas, su padre, don Juan Cabello, lo coloca como pupilo en Zitácuaro, con don Primitivo, un viejo con gran habilidad y experiencia en el trato de adolescentes. Lorenzo se transforma y aparece como Lencho el reformado. Este muchacho se enamora profundamente de una jovencita, Refugio. El primer amor de Lorenzo tiene un desenlace trágico, pues después de haber raptado a su novia, en forma poco usada, ésta desaparece misteriosamente sin dejar rastro de su existencia. Lorenzo, desesperado, se lanza a buscarla por toda la comarca y con tal fin cambia de vida y se dedica al contrabando de aguardiente, por lo que es conocido como Lorenzo el aguardentero. Con ese nombre recorre cuantos caminos le son conocidos, hasta que, traicionado por un pícaro, quien lo denuncia a la Administración, Lorenzo cae en la cárcel pública y pierde todo cuanto tenía.

Solo y sin fortuna regresa a su casa. La casualidad lo hace encontrarse con un amigo de la infancia, Alejo Delgado, quien lo induce a ingresar a la Hermandad que él y otros cuatro compañeros han formado para defenderse y protegerse de los peligros que rodean al peligroso oficio al que se dedican: el contrabando de tabaco.

Al grupo de los Hermanos de la Hoja ingresa Lorenzo, no sin antes vencer una serie de dificultades con las cuales tropieza, por la oposición de su padre para que se convierta en contrabandista.

Con el bautizo de Lorenzo como Hermano de la Hoja, y su designación como jefe de este grupo, concluye la primera parte de las tres, en que de hecho, está dividida la novela.

La segunda parte comprende las aventuras que suceden a los Hermanos de la Hoja en su diario tráfico. Esta asociación fue una de las muchas que durante el siglo pasado se dedicaron al contrabando del tabaco, pero que se hizo singular entre las demás por la forma en que estaba constituida.

Ya hemos hablado, en el primer capítulo de este trabajo, sobre el estanco del tabaco; cuáles fueron las razones para que existiera, y cómo, para li-

13 Ver nota 15 del capítulo II de este trabajo.

ASTUCIA; EL JEFE
DE LOS
HERMANOS DE LA HOJA,

Ó LOS
Charros Contrabandistas

DE LA RAMA. *(216)*

NOVELA HISTÓRICA DE COSTUMBRES MEXICANAS
CON EPISODIOS ORIGINALES, ESCRITA POR LUIS INCLAN EN
VISTA DE AUTÉNTICAS APUNTAIONES DEL PROTAGONISTA,
AUMENTADA CON SUS CORRESPONDIENTES LITOGRAFÍAS.

Solo de...

TOMO I.

MEXICO:
IMPRESA DE L. INCLAN S. JOSE EL REAL NUM. 3.

1890.

1890

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

brarse del pago del impuesto sobre el tabaco, surgieron los contrabandistas.

Los Hermanos de la Hoja “unidos se han hecho respetar de sus enemigos, temer de los bandidos y dado a querer de cuantos les conocen: saben ser fieles a sus compromisos y por lo mismo cumplir sus juramentos.”¹⁴ Estos charros contrabandistas, ayudaban a los pobres, al fiarles tabaco, por eso ellos les avisaban cuándo había peligro, y vigilaban el camino por donde ellos transitaban.

La sociedad de los Hermanos de la Hoja estaba constituida bajo un lema “Todos para uno, uno para todos”. Sus intereses son comunes y los defienden, en caso necesario, más que a su propia vida. El juramento que hacen al ingresar a la Hermandad no sólo los incluye a ellos, sino a sus familias, que unidas forman la gran familia de los Hermanos de la Hoja. Esa ceremonia de iniciación, en donde realizaban el juramento “todos para uno, uno para todos”, según dice don Mariano Azuela, es “la calca más indiscreta de la escena de *“Los Tres Mosqueteros”*.”¹⁵

Bajo el mando de Lorenzo Cabello, que ha tomado el nombre de Astucia, al ingresar a la Hermandad, y a quien la suerte ha colocado como jefe de los Hermanos, recorren los caminos con toda clase de precauciones. Tienen establecido un sistema de vigilancia, para prevenirse contra cualquier riesgo—sistema formado por espejos, cardillos, galgos, telégrafos, avanzados, veletas, resguardo y contrarresguardo— y se valen de ingeniosos medios para transmitir a los charros oportunos avisos, a fin de que éstos eviten cualquier riesgo.

Los Hermanos de la Hoja se cuentan sus aventuras, las historias de sus vidas, para entretenerse en el camino y hacerlo menos aburrido. Así conocemos las hazañas de José Morales, Pepe el Diablo; su amor por Clarita, las aventuras que pasó para conquistarla y finalmente el buen término de su amor, para relatar en capítulos posteriores la temprana muerte de Clarita.

Después de varios sucesos que ocurren a los Hermanos en su diario trabajo, tales como el encuentro con el gachupín Abraham de los Reyes; las fiestas de Tochimilco, en las que Astucia demuestra su habilidad en la lidia de los toros; las burlas de que Astucia hace objeto al Bulldog, comandante del Resguardo del tabaco, y el relato de la historia de don Polo, toca el turno a Tacho Reniego (Atanasio Garduño), para relatar los hechos notables de su vida. Este Hermano de la Hoja empieza por contar las hazañas realizadas por sus parientes, para después hablar de su propia vida: su estancia en el Seminario y la expulsión de él; el trabajo como campesino en el tajo; la huida de su casa; los descalabros con las mujeres, como la Venus de Analco; el retorno a la casa, como hijo pródigo, y su ingreso en la Hermandad. Habla después de los enredos que tiene con la Rubia Pálida, de los cuales se libra por la intervención de Pepe el Diablo. Por último, el feliz desenlace de sus amores y su matrimonio con Camila.

Nuevamente nos relata Inclán las aventuras que les suceden al grupo de los Charros: la historia de María de Jesús, una mujer a quien salvan de las manos de sus perseguidores, y a la que después protegen; el encuentro que sostienen con el Bulldog, en donde triunfan los Hermanos de la Hoja y derrotan y burlan al jefe del Resguardo.

14 Inclán, Luis G.—*Astucia*.—Tomo I.—p. 185.

15 Azuela, Mariano.—*Cien años de novela mexicana*.—Ediciones Botas.— México, 1947.—p. 64.

Interviene Alejo Delgado, el charro Acambareño, para contarnos los desengaños que por culpa de las hijas de Eva sufrió. La estafa que le hizo su querida Remedios, y cómo ésta pagó los engaños realizados en contra de jóvenes incautos, como Alejo. La historia del charro Acambareño concluye con la de la Monja simarrona; el amor de Alejo hacia ella y el matrimonio de los dos.

También relata su vida y aventuras Chepe Botas, quien divide su historia en dos partes: la primera, en la que habla de su mala suerte y sus desgraciados amores con la “catrina” Elisa, y la segunda, que forma parte de la historia del Tapatío, Juan Navarro, y que éste se encarga de relatar.

Antes de que esto suceda, tiene lugar un nuevo ataque del Bulldog, y su trágico fin.

Juan Navarro habla de su vida como partideño; del amor inmenso que sintió hacia Victorina y del fatal fin de ese amor. Cuenta después el rapto de Lupe, la hermana de Chepe Botas, con quien contrajo matrimonio, estableciendo así un parentesco entre Chepe y él.

Una vez que los Hermanos de la Hoja han acabado de referirnos sus vidas, un nuevo suceso viene a cambiar el desarrollo de la novela. En las barrancas de la Viuda, víctimas de una traición, sucumben los valientes Hermanos de la Hoja, fieles a sus juramentos y orgullosos de pertenecer a esa sociedad.

Sólo uno de los charros contrabandistas salva la vida: Astucia.

A partir del momento en que el jefe de los Hermanos de la Hoja recobra el conocimiento, se inicia la tercera etapa de la novela.

Lorenzo Cabello permanece durante algún tiempo en la cárcel de Huamantla, de donde lo trasladan a Tlaxcala. De ahí se fuga y regresa a su tierra natal, en donde tienen lugar tristes encuentros con las familias de los contrabandistas, pasan a formar parte de la familia de Lorenzo y se constituyen en “sus todos”. Para poder protegerlos, Astucia se dedica a peregrinar por las oficinas del gobierno, en busca de algo para aquellas familias. Los resultados poco alentadores lo mueven a convertirse en el Coronel Astucia, Jefe de la Seguridad Pública del Valle de Quencio.

Astucia, en su papel de Coronel, practica los mismos principios que había ejecutado como Jefe de los Hermanos de la Hoja. A pesar de que el Coronel Astucia se ha pronunciado contra el gobierno y se ha echado sobre los fondos del erario, aprovecha ese dinero para ayudar a los necesitados y no lo derrocha como se hace en la capital del Estado. El Jefe de la Seguridad del Valle de Quencio realiza una gran labor social: construye escuelas, paga buenos maestros para acabar con la ignorancia; edifica hospitales; mejora la distribución de agua potable y establece una fuerza armada para desterrar del Valle a bandidos y asesinos, y hace que en la región se disfrute de paz y tranquilidad.

El Coronel Astucia es un hombre astuto e inteligente y de ello se vale para sostener su coronelato durante varios años. A la vez que sencillo, es un hombre misterioso, que lo mismo suelta un piropo que manda colgar a un bandido. Sus sentimientos humanitarios no le impiden que se lance a perseguir a bandidos y asesinos que, en perjuicio del Valle y de sus habitantes, cometen desmanes.

La vida de este célebre Coronel, no solamente tiene el aspecto público. También vive una existencia privada, cuyo relato forma parte de este ter-

cer capítulo. En ella está narrado su gran amor por Amparo y el extraño matrimonio que con ella contrae; el encuentro con el gobernador, el padre de Amparo, para dar fin a la novela con el fallecimiento del Coronel Astucia y el nacimiento de un nuevo Lorenzo Cábello, que en compañía de su familia vuelve a ser el ranchero que años atrás había salido del rancho de las Anonas, y después vive tranquilo en un rinconcito del Estado de Michoacán.

IDEAS Y SENTIMIENTOS

EL AMOR.— En la novela *Astucia* encontramos el amor, tratado desde diversos puntos de vista que cristalizan en dos aspectos principales: el amor como sentimiento familiar, es decir, el amor de padres a hijos y viceversa, y el amor como pasión, amor entre hombre y mujer.

Hablemos del primero de ellos. Luis G. Inclán debió haber amado y respetado profundamente a don José María, su padre, de otro modo, sería difícil explicarnos el respeto tan hondo que los principales protagonistas de la novela sienten por sus progenitores, especialmente por el padre, más que por la madre, cuya figura aparece como una sombra o no aparece: la figura del padre siempre inspira respeto y veneración, pues se presenta como un hombre cariñoso y amante de sus hijos en grado sumo, pero a la vez enérgico y autoritario, decidido a imponer un castigo ejemplar, cuando éste sea necesario, y a mitigar con palabras cariñosas la pena del hijo, cuando éste sufre. El padre se preocupa por la educación del hijo; insiste en que se instruya, aunque sea a base de palos y castigos, porque desea que su hijo sea un hombre de provecho.

El amor del padre hacia el hijo se ve correspondido con ternura sin igual. En todos los personajes de *Astucia*, es notable el amor que a los padres tienen, especialmente cuando los hijos han crecido y se dan cuenta de que sus progenitores actuaron en tal o cual forma movidos únicamente por un inmenso amor hacia ellos.

Don Juan Cabello es el primer personaje que representa al padre. Las palabras que Inclán emplea para describirlo nos parecen a propósito para despertar en el lector la representación de un viejo respetable y bonachón, pero de carácter inflexible, tal como Inclán debió haber visto a su padre:

“Era un hombre muy serio, de pocas palabras, muy atento y sobre todo muy amante de su familia.” 16

Lorenzo Cabello ama profundamente a su padre. Cada paso que da, aun como Lorenzo el perverso, está movido por un gran sentimiento de veneración hacia el anciano; dicho sentimiento le hace temer profundamente su desprecio. La transformación de Lorenzo se debe al amor que siente por aquél, aunque también interviene en ese cambio la figura materna, pues el recuerdo de la madre ausente ayuda a la transformación total de Lencho.

Lorenzo se ve precisado, por las circunstancias, a escoger entre el amor de su padre y el cariño que siente hacia Refugio, en quien ha depositado un gran amor. Por un lado se presenta ella, hermosísima, convertida en toda una señorita y con un capital que no necesita del trabajo para subsis-

16 Inclán, Luis G.—*Astucia*.—Tomo I.—p. 12.

tir. En el otro extremo se encuentra don Juan, su padre, viejo y solo, presto a sacrificarse por la felicidad de su hijo, y quien sólo puede ofrecerle ternura y cariño puros y desinteresados. La decisión es difícil, pero al fin triunfa el amor filial: "*Prejiero a mi padre sobre cuanto hay en la tierra*".¹⁷ Así corresponde al cariño de quien ha ofrecido dar su vida a cambio de la felicidad del hijo.

Nuevas pruebas de cariño y respeto da Lorenzo cuando ha decidido ir a formar parte de los Hermanos de la Hoja, con el solo pensamiento de que su padre pueda tener una vejez descansada y tranquila y la vida del anciano será protegida por seis amorosos hijos, sus cinco Hermanos y él. La empresa está a punto de fracasar. Don Juan se niega a que su hijo se vuelva contrabandista de la rama. Lorenzo procura fugarse, pero lo descubren. Su padre lo llama: "ingrato", y ante esas palabras, Lorenzo prorrumpe en gritos: "*¡Perdón, padre mío! ¡Máteme, señor, pero no me diga ingrato!*" Esa palabra salida de sus labios me ha llegado al alma; por el amor de Dios, retírela, señor padre: dígame cobarde, porque no he tenido valor de entrar a despedirme: ya le dejaba dicho en una carta que encontraría sobre la mesa de mi cuarto, mis excusas, el grande sentimiento que me causaba separarme de su lado violentamente, el fuerte compromiso que tengo contraído con esos hombres, que me hacen participar de su suerte y de su fortuna. Por la memoria de mi madre, que le fue tan querida; por el amor que me tiene, señor, deme su beneplácito, y que no vuelvan a escuchar mis oídos esa expresión de "ingrato".¹⁸

En esta escena, la figura paterna adquiere esa doble representación que antes hemos mencionado: el padre cariñoso y bueno que sufre amargamente porque sabe que el hijo va a exponerse a muchos peligros en el nuevo rumbo que va a seguir, y el padre enérgico que obliga al hijo, a pesar de que teme por él, a que cumpla el compromiso contraído. El alma se le desgarrá con la partida del hijo; pero todavía, por el amor que le tiene, vela por su seguridad y le da sabios consejos para que obre con reflexión y prudencia y de este modo proteja su vida: "Con astucia y reflexión se aprovecha la ocasión".¹⁹

El amor de Lorenzo hacia su padre se prolonga aun después de la muerte de éste, y llora lágrimas, que quisiera fuesen de sangre, al enterarse del fallecimiento de don Juan; pero a pesar de que su padre ha muerto, Lorenzo nunca lo olvida y en la soledad de la noche visita su sepulcro y entabla misteriosos diálogos con él:

"—¡Aquí estoy, padre mío! ¡Aquí está tu hijo Lorenzo! ¿Pero qué es esto, Señor? Ya no escucho su voz, no puedo estrecharlo contra mi corazón, este túmulo me lo oculta; ya no besaré cariñoso su venerable frente; ni lleno de orgullo recibiré sus caricias: aquí descansan sus inanimados restos, y aquí vendré a regar con mis lágrimas este sitio para que crezcan estas flores que adornan su monumento, a dirigirle mis plegarias y a comunicarle mis pesares."²⁰

Una última muestra de cariño hacia el ser que le dio la vida, la da el Coronel Astucia cuando abandona para siempre el Valle de Quencio: sólo lleva consigo una cajita que contiene las cenizas del venerable anciano,

17 Ibid.—Tomo I.—p. 160.

18 Ibid.—Tomo I.—p. 187.

19 Ibid.—Tomo I.—p. 190.

20 Ibid.—Tomo III.—p. 153.

que colocadas en la capilla de la hacienda, reciben el diario homenaje de todos los que ahí viven, al rezar por los difuntos la estación de las ánimas.

Pepe el Diablo es otro personaje que respeta a su padre y hace que los demás lo respeten. No permite que porque vean a su padre sirviendo de dependiente en una hacienda, se le falte o se le ofenda. La figura de don Casimiro López, padre de Pepe, tiene menor importancia en la historia, que la que posee don Juan Cabello; sin embargo, siempre que aparece, recibe el respeto y obediencia de su hijo.

En la historia de Tacho Reniego, nuevamente la figura paterna adquiere preponderancia, no en el grado que la tiene en la historia de Lorenzo, pero sí hay mayores alusiones a la actuación de don Juan Garduño en la vida de su hijo.

Era el padre de Tacho, un hombre de una energía y carácter inquebrantables. Obliga a su hijo a formarse bajo reglas muy rígidas, para hacer de él un verdadero hombre; aunque sufre al ver los padecimientos de Atanasio, ante él se muestra inflexible, para escarmentarlo y darle con ello mejor educación. Dice don Juan Garduño: "Déjenlo que goce el mundo, que el mundo le dará su pago; el que por su mano se lastima, que no gima." 21

Tacho huye de su casa, y aunque su huída ha sido causa de múltiples tragedias en la familia, el padre lo perdona; eso sí antes le da "un grandísimo sermón y una tranquiza de Dios y libertad." 22

Don Juan Garduño, movido por el amor que siente hacia su hijo, interviene en el matrimonio de Atanasio. Se opone a sus relaciones, no por capricho, sino porque sólo desea su felicidad. Interviene en los planes de Tacho y gracias a la ayuda de Pepe el Diablo, logra su más anhelado deseo: casa a su hijo Tacho con Camila, una gran mujercita, que lo hace feliz.

Otro padre cariñoso es don Ramón Navarro, quien brinda toda protección al Tapatío, para evitar que tenga líos con la Justicia, cuando suponen que ha cometido un asesinato. La actuación de don Ramón es breve, pero muestra en cada momento el gran amor que sintió por su hijo.

Don Toribio Morales, padre de Chepe Botas, apenas si aparece en la novela: lo hace para entregar a su hijo en manos del Vicario para que se lo eduque, y posteriormente, al mencionar el hecho de que ha dejado a su hijo "un entierro de oro" que le sirve a Chepe para fomentar y agrandar sus propiedades.

La representación del padre amante se encuentra también en don Primitivo, anciano preceptor que se encarga de la educación de Lorenzo Cabello. Este viejo se preocupa por hacer de Lencho "un muchacho sin maña ni resabio" y un hombre de bien. En las mismas circunstancias, las de padre cariñoso, se encuentra don Clemente, quien en la historia de Alejo Delgado encarna la figura paterna. Aprecia al muchacho como si fuera su hijo y se preocupa por su persona e intereses, y lo rescata del camino descarriado que llevaba. Alejo, a su vez, respeta a este hombre porque ve en él la figura de su padre, con quien don Clemente había llevado gran amistad.

Hemos hablado sobre el hecho de que la figura materna aparece como una sombra o casi no aparece en *Astucia*. Inclán, cuando se refiere a la mujer, casi siempre la coloca en el papel de esposa o novia y en pocas oca-

21 Ibid.—Tomo II.—p. 23.

22 Ibid.—Tomo II.—p. 29

siones se refiere con detenimiento al amor maternal: prefiere alabar el amor paterno. Cuando Inclán se refiere a la mujer como madre, la pinta como una matrona respetable, pero que consiente demasiado a sus hijos, quienes por los excesivos mimos de la madre se transforman en adolescentes rebeldes. Tales son los casos de Lorenzo Cabello y Atanasio Garduño, cuyas madres los han mimado y consentido, y el resultado ha sido que se han convertido en dos muchachos a quien nadie es capaz de someter.

En la historia de Lencho, pocas veces se recuerda a la madre; sin embargo, Lorenzo la invoca con cariño y guarda un grato recuerdo de su memoria. Es este recuerdo el que influye definitivamente en la transformación de Lorenzo en un muchacho serio y formal:

“—¿Está usted contenta, madre mía? ya no me volverá a figurar que la miro llorosa suplicándome que obedezca a mi padre. Ya parece que no soy Lorenzo el descabellado, sino Lorenzo Cabello, como lo demuestra el fierro de mi caballo; descansen en paz y pídale a Dios porque me conserve a mi querido padre”.²³

Pepe el Diablo y Juan Navarro no hacen siquiera mención de sus respectivas madres. Chepe Botas, por la forma en que la describe, no muestra cariño hacia su madre y nos hace pensar en ella como en una mujer muy religiosa, pero de poca cultura.

La vida de Alejo Delgado muestra la figura de una madre abnegada y tierna, que no aparece en ninguna otra de las historias. A pesar de que el Charro Acambareño ha dilapidado los intereses de la familia y ha dado a su madre y hermanos un trato de esclavos, la madre lo perdona y le da su bendición, además. Es el único caso en la novela *Astucia* en que la figura materna está representada en esta forma, y que se equipara su actuación a la del padre, que como hemos dicho, adquiere honda representación en los personajes de esta obra.

Una caracterización más del amor maternal aparece en la madre de Amparo, la esposa del Coronel Astucia. Esta mujer es amante de sus hijas y se preocupa por lograr su felicidad.

Fuera de estos casos, la mujer, como madre, tiene una actuación casi nula en la novela, cosa que no sucede con la figura femenina en el papel de novia y esposa, porque a estos aspectos de la vida de la mujer, dedica Inclán muchas páginas de su obra.

Mencionemos ahora el amor como sentimiento amoroso que surge entre hombre y mujer, y que enfocado desde diversos puntos produce copiosas páginas en la novela *Astucia*, puesto que cada Hermano de la Hoja que relata su vida hace mención del aspecto amoroso, de acuerdo con la forma en que le ha tocado vivirlo.

Podemos observar un concepto muy particular que Inclán tiene acerca del amor y que notamos a través de la actuación de sus personajes: sus héroes sufren profundamente para lograr obtener la felicidad en el amor, y al final la logran, pero para esto es preciso que hayan pasado por una serie de pruebas y así disfruten plenamente la posesión del bien que se ha conquistado.

Astucia, Pepe el Diablo, Tacho Reniego, Alejo Delgado y el Tapatío tienen que vencer numerosas dificultades físicas y morales, para obtener al

23 Ibid.—Tomo I.—p. 40.

fin el ansiado amor que les produce la verdadera felicidad. Solamente Chepe Botas, después de haber sufrido por la ingratitud de una catrina, tiene que resignarse con su pena, sin haber logrado la felicidad deseada.

Ese amor que proporciona la felicidad a los Hermanos de la Hoja reviste cierto carácter espiritual, más que un carácter sexual. Sin embargo, también aparece la pasión sexual, pero encarnada por mujeres que sólo pueden darle a cambio del dinero o de algún otro interés, mas no brindan ellas el amor que los Charros contrabandistas buscan.

Inclán defiende en muchos aspectos la vida del campo y la coloca en contraposición con la vida y costumbres de la ciudad. Al hablar del amor, encontramos este sentimiento en favor de la vida campesina y la crítica y el desprecio de la ciudad.

El amor puro, santo y espiritual solamente puede brindarlo una ranchera, porque actúa con intenciones puras y sin malicia: por eso es amada con una pasión limpia y transparente.

La antigua amistad entre Lorenzo Cabello y Refugio N., nos da el primer amor que aparece en la novela. El continuo trato que tenían al estar ambos de pupilos, y la intimidad y familiaridad con que se trataban, es motivo para que poco a poco se quieran con exceso; pero con un amor que carece de malicia y de malas inclinaciones. La tranquilidad con que don Primitivo, hombre enterado de los peligros que el amor encierra en la adolescencia, ve surgir este amor, muestra clara es de las intenciones puras de los protagonistas. Ese amor no es sofocado ni fomentado, para no despertar malas inclinaciones en los jóvenes y así progresa sin que la hipocresía o el deseo tomen parte en él: al contrario, la virtud, el honor y el respeto mutuo son las características de ese amor, que es por demás firme, pues no bastan tres años de sufrimientos para entibiar el corazón de Lorenzo el aguardentero. Sólo el cambio de Refugio a otra esfera social y el saberla dueña de un capital, harán sentir a Lorenzo como "un condenado en vida" y serán esos hechos los únicos que motiven el enfriamiento del cariño y posteriormente el olvido de Refugio. Otras razones, jamás lo hubiesen logrado, porque el amor que profesan los rancheros se conserva firme ante cualquier circunstancia; ninguna razón trivial hace mudar el corazón de un ranchero verdaderamente enamorado; por eso mucho tiempo ha de pasar antes de que Lorenzo logre borrar de su mente la imagen de su adorada Refugio: será necesario que su vida tome un nuevo sesgo, que se asocie a los Hermanos de la Hoja, para que las comprometidas aventuras que vive, desvanezcan el recuerdo amargo y a la vez dulce que esta mujer deja en su vida.

Siempre que Inclán nos pinte el amor sincero y espiritual, estará representado por las rancheras. La historia de Pepe el Diablo refiere su puro y gran amor hacia Clarita, ranchera sencilla y buena. La declaración que Pepe hace a esta campesina, contrasta con la recriminación que, en el mismo capítulo de la novela, hace a la mujer casada que ha mostrado un loco y desvergonzado proceder, porque está contaminada del ambiente falso y lleno de complicaciones de la ciudad de donde procede.

Camila "es una rancherita de las que hay pocas y propia para hacer la felicidad de un hombre de bien".²⁴ El amor que ella ofrece es sincero y dispuesto a sacrificarse, si esto redundo en beneficio del ser amado. Y así como Clarita y Camila, actúan también Pánfila, Mariquita, Victorina, y Lupe. Todas ellas son rancheras de corazón, quieren a sus hombres con

un sentimiento nacido en el fondo del corazón, llevado hacia la idealización y alejado de la pasión sexual. Ellas se han criado en el campo y en éste han aprendido a querer así; actúan de acuerdo con la educación que han recibido. Hacia este tipo de mujeres van los elogios del autor. Inclán parece sentirse atraído por el amor que brindan las rancheras, pues alaba su proceder y las llena de cualidades. Defiende de esta manera el primer amor y matrimonio de su vida con doña Dolores Rivas, que como hemos dicho, fue oriunda de una hacienda, de Tepetongo. ²⁵

Frente a la actitud de estas rancheritas, sitúa Inclán a la mujer de la ciudad, educada con frecuencia en un ambiente de falsedades. Así procede y actúa; por eso el amor que brinda es falso, sensual, oscuro y contrasta con la transparencia del amor campesino. Inclán describe el amor de las mujeres ciudadinas como interesado, amor al dinero y no al ser amado; una pasión baja y sensual.

Doña Rufina, una mujer casada que desvergonzadamente ofrece su amor; doña Pomposa, que bajo sus pompas oculta a "Amalia la Bulli-bulli, la tapatía más prostituída y escandalosa"; ²⁶ Adelita, hija de la anterior, que desconoce hasta quien fue su padre; doña Remedios, mujer de vida degradada hasta lo más bajo y cuyo oficio era embaucar incautos que caían en sus redes; en fin, Elisa, "catrina inútil y fodonga, causante de la desgracia de Chepe Botas. Todas ellas merecen el desprecio del autor, porque presumiendo de sangre azul o de prendas finas que no poseen, son la perdición de hombres de bien. En estas mujeres está representado ese tipo de amor al que nos hemos referido: sensual, falso e interesado.

Convenimos, pues, en que el amor dulce, santo y puro está representado por la mujer campesina, mientras que la mujer de la ciudad caracteriza al amor sexual y pecaminoso. Existe, sin embargo, sin excepción: Amparo. Inclán estuvo casado en segundas nupcias con doña Petra Zúñiga y Negrete, de la ciudad de México; ²⁷ en este segundo matrimonio fue tan feliz como en el primero; tenía, pues, necesidad de defender tanto su amor campesino, como el amor que había encontrado en la ciudad, y a pesar de que en las páginas de la novela había reprochado el proceder en el amor, de la mujer de la ciudad, se ve obligado a encontrar entre ellas, a alguna que sea diferente de sus congéneres, para no hacer recaer sobre todas, y entre ellas su mujer, una opinión desfavorable.

Al principio, el Coronel Astucia recela, duda, ya que Amparo es una mujer de la ciudad, y no cree en la sinceridad del amor que ofrece; sin embargo, Amparo es tan distinta a todas ellas. ¡Es tan tierna, tan dulce, hacendosa, sencilla, honrada y candorosa! ¡No puede ser como las catrinas! ¡Debe ser diferente de aquéllas que causaron la desgracia de algunos de sus hermanos! Amparo es verdaderamente una niña de buena cuna y una mujer de alma noble y grande. Todas estas cualidades que Inclán encuentra en Amparo, vienen a desvanecer, hasta cierto punto, el concepto que antes nos habíamos formado acerca de la mujer de la ciudad y del amor que es capaz de brindar. Sin embargo, en el fondo observamos que Inclán sigue dando preferencia a la ranchera, pues Amparo tiene entre sus ascendientes

24 Ibid.—Tomo I.—p. 359.

25 Ver capítulo II.—p. 26.

26 Inclán, Luis G.—*Astucia*.—Tomo II.—p. 58.

27 Ver capítulo II.—p. 26.

rancheros de corazón; por eso su amor es franco y ajeno a ruines instintos y vulgaridades, porque aunque criada en la ciudad, revolotea en el fondo de su alma citadina, el alma de la ranchera, cuyo amor es venerado por Inclán a través de toda la novela.

EL HONOR.—Honor: “Cualidad moral que nos lleva al más severo cumplimiento de nuestros deberes respecto del prójimo y de nosotros mismos”. 28

“Gloria o buena reputación que sigue a la virtud, al mérito o las acciones heroicas, la cual trasciende a las familias, personas y acciones mismas del que se la granjea”. 29

Honra: “Buena opinión, fama adquirida por la virtud y el mérito. Demostración de aprecio que se hace de uno por su virtud y mérito”. 30

Honor y honra, conceptos tan usados y tan frecuentemente confundidos. La honra, según anotamos, es la opinión, el juicio externo que se forma acerca de nuestra conducta y de nuestros actos. El honor es el sentimiento que cada quien posee de sus propios actos. “El hombre de honor es el que cumple sus deberes; el hombre honrado es el que recibe de sus conciudadanos y amigos la justicia de saber que los cumple”. 31

El honor y la honra son sentimientos que mueven con frecuencia a los protagonistas, tanto masculinos como femeninos de la novela *Astucia*, motivando curiosas actitudes. El honor en *Astucia* tiene características especiales, pues mientras que algunas veces se entiende como la estimación de la dignidad, otras se confunde con el concepto valor. Pero llámese honor, honra o valor, siempre será tenido en muy alta estima por el ranchero, y al decir ranchero, incluimos en el significado de la palabra a los Hermanos de la Hoja.

“Entre tanto como aspira el hombre alcanzar en este mundo, dos cosas he procurado siempre conseguir aun a costa de mi existencia, y conservarlas como legado hecho por mis antepasados, y son la primera, ocupar un lugar de hombre honrado en la sociedad . . .” 32

“ . . . ese orgullo de ser honrado, sólo acabará en mí cuando Dios me quite la vida, y no he de consentir que ninguno lo mancille . . .” 33

“ . . . que primero me quite Dios la vida que consentir que se empañe el honor de mi apellido que me legaron mis padres, y que lo transmitiré aun que pese a todo el mundo entero del mismo modo . . .” 34

“ . . . la mujer vale por la honra, el buey por el asta y el hombre por la palabra: el honor de una mujer es un espejo que todo el mundo debe ver limpio”. 35

“Lamentaré mi desgracia; pero no vendo mi honor”. “Sucumbiré pero con honra”. 36

“ . . . esa mancha arrojada por un capricho sobre una mujer de honor,

28 *Enciclopedia Universal Ilustrada*.—Europea-Americana.—Tomo XXVIII.—(primera parte).—Hijos de Espasa Calpe, Editores.—Barcelona, 1925.—p. 257.

29 *Idem.*—p. 257.

30 *Idem.*—pp. 265-266.

31 *Idem.*—p. 257.

32 Inclán, Luis G.—*Astucia*.—Tomo II.—p. 56.

33 *Ibid.*—Tomo II.—p. 56.

34 *Ibid.*—Tomo II.—p. 62.

35 *Ibid.*—Tomo I.—p. 100.

36 *Ibid.*—Tomo II.—p. 196.

sólo se lava con la sangre del miserable criminal". 37

Muchos otros ejemplos podríamos citar, del concepto que el rancharo tiene acerca del honor, y que se multiplican a través de las páginas de la novela; pero baste con éstos para formarnos una firme idea acerca de él.

El rancharo defiende ante todo y ante todos su honor. Se siente orgulloso de conservarlo tan limpio como se lo han legado y transmitirlo así a sus descendientes. Para él, el honor es de vital importancia, y los actos de su vida están siempre encaminados a mantenerlo sin mancha. Pero si conservar el honor sin sombra que lo opaque, tiene enorme trascendencia para el rancharo, conservar la honra posee todavía mayor importancia, (ya hemos dicho que la honra es la buena opinión que los demás tienen de los méritos de sus semejantes). Para el rancharo, el hecho de que los demás tengan una buena opinión acerca de él, es fundamental. Tiene buena fama, es honorable mientras los demás piensan que así es; en el momento en que la opinión pública desacredita su honra, aunque ésta se conserve immaculada, la habrá perdido porque los demás así lo juzgan. Por eso el rancharo lucha no sólo por tener un honor que lo dignifique ante sí, sino por defender ante los que lo rodean su buena fama, su honra.

Por esta razón Refugio se preocupa terriblemente cuando en forma impensada Lorenzo la rapta de su casa porque sabe que su honra puede sufrir menoscabo si alguien la sorprende fuera de su casa a esas horas en la noche. Esta preocupación surge también en Lorenzo, pues aunque sabe a su amada inocente, ante los demás aparecerá culpable y su honra correrá de boca en boca: "... yo conozco que nuestra situación es angustiosa, que si alguno nos viera todo se lo llevaba Judas; pero nadie como yo se interesa en tu honor, y jamás consentiré ni daré motivo para que tu reputación padezca menoscabo..." 38

El tío de Refugio, don Epitacio, ambicioso de los bienes de su sobrina, la hace aparecer públicamente deshonrada, y aunque la verdad es otra, el hecho de que los acontecimientos aparezcan así es motivo suficiente para que todo el mundo juzgue el hecho como verdadero.

El hombre y la mujer del campo poseen un profundo sentido de su honor y por eso lo defienden aun a costa de su vida. Quedar deshonrado significa estar marcado y señalado por la opinión pública y esto es lo peor que puede suceder al rancharo, cuyo honor ocupa un alto sitio entre los valores de su vida.

Encontramos en *Astucia* el caso opuesto: si la deshonra es desconocida por los demás, si se guarda el secreto, aunque ante sí, el hombre o la mujer se sepan deshonrados, entre la gente se guardará la buena opinión de aquella persona, su honra seguirá conservándose íntegra, aunque la realidad sea diferente. Caso como éste es el de Victorina. Violada por el jefe de un grupo de pronunciados, pierde su honor y su honra está en peligro de desacreditarse, pero como este hecho se mantiene en secreto, aunque es causa de su muerte, como todos lo ignoran, queda con la mejor reputación y flores blancas caen sobre su tumba, cuando baja a ella. La joven ha sido burlada; su honor, mancillado y, sin embargo, ante la opinión pública aparece como una señorita digna de todo honor pues su deshonra es desconocida.

37 Ibid.—Tomo II.—p. 364.

38 Ibid.—Tomo I.—p. 73.

Otro caso semejante es el de Amparo. Un incendio ocurrido en la posada en que ella y su familia descansan, antes de regresar a Morelia y abandonar el Valle de Quencio, hace que de las llamas la rescate el Coronel Astucia, quien la lleva consigo y mediante curiosa c eremonia la convierte en su esposa. Aunque en extra nas circunstancias, esto no deja de ser una fuga de amantes, pero el coronel prefiere que los padres de Amparo la lloren muerta y no descarriada, porque como dice a ella: "tu honor es mi honor, tu vida es mi vida". 39

Y mientras los padres de Amparo creen sepultar a su hija con todos los honores que corresponden a una honorable señorita de sociedad, la hija se fuga por los montes acompañada del Coronel Astucia. El matrimonio que posteriormente se realiza y que ratifica las promesas de amor hechas en el Cerro de las Torcasas, borra la mancha que pesaba sobre la conciencia de los dos amantes.

Estos dos casos contradicen el concepto del honor del rancharo; pero hemos dicho que en ocasiones se toma como honor no el que verdaderamente se posee, sino la opinión que los demás se forman acerca de los méritos propios, y que en algunas ocasiones, como en éstas, se basa en hechos falsos e irreales.

No quiere decir esto que el honor del rancharo siempre est  cimentado sobre bases débiles; son los casos anteriores excepciones, porque al rancharo, desde la más tierna edad, se le inculca en lo profundo de su ser el sentido del honor, y desde niño actúa en defensa de esos principios. Oculta sus lágrimas para que no se diga que es "Mariquita con calzones, un amujerado . . ." 40 No huye cuando se le ha castigado y regañado para que los demás no digan que es un "juil n", y se avergüenza de haber cometido una falta cuando por ello no ha cumplido su palabra.

El empeñar "la palabra" supone para el rancharo un grave compromiso de honor, y para cumplir ese juramento se pasan los más grandes sacrificios, con tal de mantenerla firme. El descrédito de "la palabra" significa la pérdida del honor.

"—;Cómo es eso de no me voy!" " Qu  no tienes palabra?,  y tan fácilmente olvidas tus compromisos?" 41

Don Juan Cabello pronuncia airado estas palabras ante Lorenzo cuando éste, obligado por las lágrimas del anciano, se niega a alejarse de su lado para ir a unirse a los Hermanos de la Hoja. Don Juan es un verdadero rancharo y para él, no cumplir la palabra empeñada constituye la pérdida del honor, la deshonor que se transmitiría a todos los descendientes, y aunque se le parte el alma por la salida de Lorenzo hacia peligrosas aventuras, lo obliga a que marche a cumplir sus compromisos para que pueda continuar siendo un hombre de honor, un rancharo que cumple su palabra y honra así su apellido y el de sus mayores.

Más tarde, ya como jefe de los Hermanos de la Hoja, Lorenzo dir : "los rancharos somos esclavos de nuestra palabra." 42 Empe a su palabra al juez de Tlaxcala en donde se encuentra prisionero; le ofrece que no habrá de fugarse, y aunque tiene numerosas oportunidades para hacerlo,

40 Ibid.— Tomo 1.—p. 19.

41 Ibid.— Tomo 1.—p. 188.

42 Ibid.— Tomo III.—p. 132.

no lo lleva a cabo mientras está bajo el mando de aquél a quien ha dado su palabra.

Es ese mismo sentido de obligación ante la palabra empeñada el que mueve a Astucia para proteger a "sus todos", a los familiares de sus Hermanos fallecidos. El juramento "todos para uno, uno para todos", hecho a los demás contrabandistas de la rama, hace a Lorenzo velar por los intereses de las familias de ellos. No importa que los Charros hayan muerto, el compromiso subsiste y Lorenzo lo cumple.

El honor se defiende contra todos los obstáculos que se presenten, y la ofensa hecha contra él sólo se lava con la sangre del ofensor. Este principio mueve a Lorenzo Cabello a golpear a don Epitacio y dejarlo "tendido y con las muelas campaneando", porque según razona, "la sangre de ese respetable anciano a quien ha ofendido tan vilmente, circula por mis venas..."⁴³ La ofensa hecha a don Juan Cabello es muy grave y el hijo castiga duramente al autor de tal ultraje a las canas de un hombre respetable.

"... aunque mi padre estaba de caudillo en su casa y lo veía vestido de cuero, era un hombre honrado, y yo, en mi tanto, un caballero, no un bandido, a pesar de ser contrabandista de la Rama."⁴⁴

Estas consideraciones las hace Pepe el Diablo, indignado por el juicio que ha emitido el amo de las haciendas donde su padre trabaja. Siente que han ofendido el honor de su padre, porque aunque ahora es dependiente, se encuentra en esa situación por haber sacrificado sus bienes en aras de la causa independiente; en cuanto a él, considera que aunque es contrabandista, el contrabando es como un trabajo y no un robo. Para lavar la ofensa hecha a su honor, está a punto de dar una puñalada al ofensor; lo impide la llegada de un grupo de personas conocidas, quienes confirman los conceptos que antes Pepe ha expresado acerca del honor de su padre: todos coinciden en sus expresiones y alaban los méritos y virtudes de don Casimiro López, y sobre todo, el valor demostrado por él en la lucha por la Independencia, con lo cual se confirmaba que debajo de una chamarra de gamuza podía palpitar un honrado corazón, y que el hombre que ahora vestía de cuero era digno del mayor honor.

Alejo Delgado es otro personaje que pone en juego todos sus sentidos para vengar la ofensa hecha a su prometida por un infame que, valiéndose de medios viles, se había burlado de ella. Alejo demanda venganza para la honra ultrajada; quisiera vengar la afrenta con la sangre del culpable. Esa venganza sangrienta la impide la propia Mariquita, porque se sabe inocente de aquel delito. Alejo se empeña y no cesa hasta llevar al culpable a los pies de la ofendida y lo obliga a borrar con la lengua las huellas de aquélla a quien ha faltado. Así trata de saciar su sed de venganza y de dar una satisfacción a la mujer ofendida.

Para el hombre y la mujer del campo, el honor es un sentimiento con el que no puede jugarse. Existe honda preocupación por defenderlo. En cambio algunos hombres de la ciudad, como don Manuelito F. C., no siente el menor aprecio por su honor, y menos por la honra de sus semejantes; por eso considera como una travesura de muchachos la deshonra de Ma-

43 Ibid.— Tomo I.—p. 52.

44 Ibid.— Tomo I.—p. 234.

riquita, y cree que con dinero puede disculparse de la ofensa hecha a una mujer honorable:

“...ese es negocio que ya ni se platica, ya está juzgado y sentenciado, y si lo hace usted por reclamar el marco de plata, ocurra usted al juzgado, donde se debe conservar depositado, pues lo que es a mí me lo hicieron escupir.” 45

En ocasiones se acude a las armas para vengar un agravio hecho al honor de un hombre, tal como aparece en la historia del Tapatío: “Voy a saciar mi venganza, a traspasarle el corazón a ese maldito peajero...” 46

El deseo de venganza se muestra una vez más en la historia de Chepe Botas. Su “catrina” Elisa, lo ha agraviado, ha infamado su honor fugándose con un pronunciado; con esto ha llenado de lodo la honra de su marido. Este se siente ofendido; pero más que el abandono de su mujer, tiembla ante la idea de que ésta seguirá deshonorándolo por todas partes y su fama correrá de boca en boca. Eso lo mueve a correr tras ella deseando darle muerte:

“...es preciso buscarla y de una vez que nos lleve el demonio, matarla y perderme yo también, ¿de qué me sirve ser hombre de bien y estar mascando el freno y haciendo lomo, si anda esa mujer poniendo mi crédito a plaza? Estoy decidido, la busco y la mato.” 47

Posteriormente, Chepe perdona a su mujer, pero únicamente como hombre que está obligado a perdonar, pues como marido burlado, cuya honra ha sido puesta en público descrédito por la mujer, jamás consiente en perdonarla, porque ante todo está su honor, que debe conservar limpio y libre de toda mancha, porque es “honor ranchero”.

Cada uno de los Hermanos de la Hoja, y con ellos, todos los rancheros de la novela *Astucia*, llevan muy dentro de sí ese profundo sentido del honor, y los actos de su vida están siempre listos a defenderlo, para legarlo a sus descendientes limpio de toda mancha y que ellos lo conserven y lo transmitan en la misma forma, constituyendo así familias tradicionales por su honor.

LA AMISTAD.— Así como hemos dicho que el ranchero se precia de mantener muy en alto su honor, así también afirmamos que se enorgullece de poder servir a sus amigos. El verdadero sentido de la amistad lo encontramos en las páginas de *Astucia* representado en los Charros contrabandistas de la rama. Su amistad es honda, tanto que se unen bajo el lema: “Todos para uno, uno para todos.” 48

Los Hermanos de la Hoja están dispuestos, si el caso se presenta, a ofrendar su vida para defender la de un amigo. Los pesares e infortunios de alguno, los demás los hacen propios: “...soy tu hermano, cuenta con cuanto tengo y cuanto valgo, tus angustias circunstancias son también mías en este instante, que se unan nuestros corazones, se estrechen nuestros brazos, que se confundan nuestras lágrimas, y que desde hoy seamos el uno para el otro, de los dos uno.” 49

45 Ibid.— Tomo II.— p. 362.

46 Ibid.— Tomo III.— p. 32.

47 Ibid.— Tomo III.— p. 66.

48 Ibid.— Tomo I.— p. 203.

49 Ibid.— Tomo I.— p. 332.

“Como todos los Hermanos de la Hoja guardaban la más perfecta armonía, Clarita fue generalmente sentida, y Pepe compadecido por todos . . .” 50

En el seno de la amistad se descubren sus problemas y los demás Hermanos se aprestan a resolverlos con la mejor voluntad.

“ . . . Hermano, estoy decidido a hacer por ti cuanto de mí dependa . . .” 51

“ . . . Cogí un día a cargo a este viejo y lo obligué a que en el seno de la amistad me descubriera sus cosas . . .” 52

La amistad hace que los Hermanos se ayuden, y así Pepe el Diablo interviene en los problemas que Amalia la Bulli-bulli ha causado a Tacho Reniego y los resuelve. El Tapatío, enterado de los problemas de su cuñado Chepe Botas, también interviene para solucionarlos y hacer feliz a su amigo.

Ningún interés persiguen los Hermanos de la Hoja al ayudar a sus amigos, solamente la felicidad y tranquilidad del espíritu de aquél a quien han ayudado y a quien consideran “su amigo”.

“—¡Hombre Juan! —me dijo abrazándome—, ¿con qué corresponderé tanta fineza? — Con una cosa muy fácil para ti, José, con que calmes tu espíritu y te vea yo conforme con tu suerte . . .” 53

La amistad leal, sincera y desinteresada es la que responde al juramento que los Hermanos de la Hoja han hecho, y que ríe con las alegrías y sufre con los infortunios de los amigos: verdadera amistad que une a los charros contrabandistas hasta la muerte y que corresponde a una promesa: “Todos para uno, uno para todos”.

La vida de Lorenzo Cabello en el papel del Coronel Astucia, le ofrece numerosas oportunidades de mostrar afecto amistoso a los demás. El hecho de que el gobernador que visita el Valle de Quencio haya llamado a Lorenzo “amigo”, es suficiente para que éste le muestre un profundo aprecio:

“—Yo quisiera que si no le sirve de molestia me hiciera un favor, *amigo mío*.— Mande lo que guste caballero, me ha soltado una prenda que yo respeto mucho, esa palabra *amigo*, me compra, y le estimo su bondad.” 54

La amistad surgida en un instante se fortalece y se hace duradera. Lorenzo en su papel de Coronel, está dispuesto a servir en cualquier momento a “su amigo” el gobernador:

“—¿Para cuándo son los amigos D. Lorenzo?

“—Para cuando se necesiten, señor Gobernador.— Pues yo necesito de mi amigo Cabello.— Estoy a sus órdenes.” 55

En el seno de esa íntima amistad, Lorenzo da a conocer sus problemas al Gobernador y gracias a ella se resuelven y la vida del Coronel Astucia llega a un término feliz.

La pregunta “¿Para cuándo son los amigos?” que indica que un amigo verdadero es capaz de cualquier sacrificio por ayudar a quien estima, la encontramos a menudo en las páginas de la novela. La hace el Goberna-

50 Ibid.— Tomo II.— p. 377.

51 Ibid.— Tomo II.— p. 39.

52 Ibid.— Tomo III.— p. 50.

53 Ibid.— Tomo III.— p. 68.

54 Ibid.— Tomo III.— p. 326. (Las palabras subrayadas no lo están en el texto).

55 Ibid.— Tomo II.— p. 328.

dor a su amigo el Coronel Astucia; la encontramos también en boca del Coronel D., cuando ofrece a don Juan Cabello su ayuda para resolver el conflicto en que don Juan se encuentra con motivo del rapto de Refugio.

La amistad no se limita a los amigos, el rancharo la hace trascender a los descendientes de aquéllos que fueron sus amigos:

“... y si los que hemos sido amigos de su padre no vemos por el bien de su familia, malditas las amistades que terminan en egoísmo; éstos son los servicios que demandan los amigos que le han tomado a unò la delantera, no mal balbucir un sudario, ni rezar una estación acompañada de un fingido suspiro que no sale del corazón.” 56

Por esa razón, don Clemente salva los intereses de Alejo y lo retira de la desgracia a la que se precipitaba, en prueba de amistad hacia el difunto padre del Charro Acambareño, que en vida había sido gran amigo de don Clemente; por eso, se convierte en amigo verdadero, más que en padre riguroso de Alejo.

A los amigos se aceptan las peores reprimendas y las palabras más ásperas, dichas aun con ironía, solamente por eso, porque son amigos verdaderos.

—“Pues entonces, amigo Cabello, perdóneme que le haya interrumpido sus téticas meditaciones, vaya a ver si ya puso la gallina, saque los pañalitos al sol, y cuídese del frío: no vaya a coger un constipado; me engañé pues al mirarlo así montado se me había figurado que tenía calzones; no le vendría mal un zagalejo ya que tiene corazón de paloma. —Alejo tú me insultas, y si no fuera porque eres mi amigo, no te hubiera dejado provocarme.” 57

“... ofendido por mi falta de resolución, la buena amistad y franqueza con que nos tratamos le hizo decirme más de cuatro majaderías: nos hemos querido siempre, es uno de mis mejores amigos y no podía hacer más en mi favor...” 58

“... éste ha sido el único hombre a quien le he agachado la cabeza y no he tenido valor de resistir sus imponentes miradas, a otro cualquiera me le voy a las barbas y no me dejo regañar, pero fue amigo de mi padre, llevaron relaciones muy estrechas y no creo que la regañada haya sido no más por no dejar...” 59

Muchas otras muestras de profunda amistad encontramos en los capítulos de *Astucia*: don Pablo, el dueño de las haciendas administradas por don Clemente, se niega a visitarlas porque como es buen amigo del administrador, prefiere que sus intereses se los lleve el diablo y no darle qué sentir a su amigo, haciéndole pensar que desconfía de él.

Pánfila ama tiernamente a Mariquita y en prueba de amistad hace lo imposible por lograr su felicidad y al fin consigue hacerla dichosa proporcionándole la oportunidad de casarse con Alejo y realizar una vida feliz.

Pero así como las buenas amistades se empeñan hasta el último esfuerzo en beneficio de sus amigos, también aparecen en *Astucia* amigos que sólo lo son del dinero y de la buena situación económica y que vuelven la espalda a quien les solicita un favor, por insignificante que este sea. Esa

56 Ibid.— Tomo II.— p. 256.

57 Ibid.— Tomo I.— pp. 175-176.

58 Ibid.— Tomo I.— p. 179.

59 Ibid.— Tomo II.— pp. 251-252.

clase de amigos aparece para establecer un contraste entre la verdadera amistad y la que es falsa y fingida.

“Mientras tuve un peso que tirar, estaba yo en jauja, tenía multitud de amigos y una estrecha intimidad con las malditas que bonitamente me dejaron sin dinero.” 60

“—¿Conque quiere decir que ni la burla me perdonan, que sólo han sido buenos para estafarme?” 61

“... esos infames que se vendían por mis amigos, sólo lo eran de mi dinero...” 62

Gran contraste entre estas declaraciones producidas por el desengaño de los malos amigos, y las anotadas en páginas anteriores, que reflejan una amistad sincera, que es la verdadera.

LA MUERTE.— El mexicano posee un carácter alegre y festivo, en general, y respecto del sentimiento de la muerte conserva, en gran parte, esa misma actitud. Se enfrenta a ella con burla y con sorna, sin importarle que el momento de morir sea tan solemne y trascendental. Ese sentimiento es del pueblo de México, y al decir pueblo me refiero a la clase baja, a los campesinos y rancheros que no temen a la muerte, al contrario, muestran ante ella un sentido de burla y de desprecio, motivado quizá por la superstición. ¿Cuántos velorios que tienen lugar entre la gente baja no terminan en franca borrachera con curiosos brindis en honor del difunto? ¿No se celebra el “Día de los Difuntos” adornando en forma exagerada y por demás pintoresca, las tumbas en que descansan, y se lleva música a los cementerios y se celebra un día de campo sobre las tumbas vecinas? ¿No se regala a los amigos tradicionales calaveras de azúcar, que llevan grabado el nombre de aquél a quien se le obsequia? Esto demuestra, pues, que no se ve la muerte con el respeto que merece sino con fino sentido del humor y una total despreocupación.

Esto, que acaece todavía en nuestros días, sucedió desde el siglo pasado. Astucia refleja el sentir de los rancheros respecto a la muerte; al decir rancheros incluimos a los Hermanos de la Hoja. No temen enfrentarse a la muerte; están dispuestos a morir en cualquier momento antes que perder su carga y sus mulas, y exponen su vida sin importarles la clase de peligro a que se enfrenten. Así como ellos exponen su vida, así juzgan con ligereza la vida de los demás, y con la misma tranquilidad con que dirigen un piropo, sacan la pistola para “despachar al otro mundo a un bandido, o estiran su reata para dejar colgados de un árbol a bandidos y salteadores.” Causa asombro y extrañeza encontrarse con las expresiones que los Charros emplean para referirse a la muerte; pero una vez acostumbrados a ellas, mueve a admiración el gran sentido humorístico que las palabras de Inclán llevan.

“... partí para el pueblo de inmediato a dar parte al alcalde de lo ocurrido para que fuéramos a recoger el abundante fruto del jalocote grande en el recodo de las Palmas.” 63 Astucia había dejado colgados en un jalocote a cuatro bandidos. Al referirse a la forma en que sucedió este hecho, lo hace en una relación que cautiva por su fino humorismo:

60 Ibid.— Tomo II.— p. 24.

61 Ibid.— Tomo II.— p. 248.

62 Ibid.— Tomo II.— p. 255.

63 Ibid.— Tomo II.— p. 172.

“Atravesaba yo con un compañero y mis criados por aquel sitio, cuando fuimos saludados de repente con un tiro, llevándose la bala que me dirigieron un pedazo de la hombrera de mi chamarra y unas cuantas agujetas con que se adornaba, que por contestación a su cortesía, desde luego *acariciamos* a un par de ellos que se *pusieron a roncar*, seguimos *retozando* con los demás, resultando *otros dormidos* de aquel juego de manos, habiéndonos escapado otros dos que supieron tabear; que en el mismo sitio los dejamos *alzaditos del suelo* para que no se *resfriaran* o *fuieran a tomar un constipado*, dando parte a la autoridad inmediata para que recogiera a aquellos angelitos y sus juguetes . . . 64

Cuando Astucia se encuentra preso en la cárcel de Tlaxcala, sostiene, con los demás presos, un diálogo que rebosa de humorismo, por sus conceptos respecto a la muerte:

“Yo no diré que soy un santo, su merced me conoce” “—Demasiado muchacho, demasiado te conozco, y por eso me admira que estés aquí, eres tan inocentito, tan candoroso, y con ejemplo que has tenido de ploteado, ya deberías estar en el cielo con todo y zapatos; algunos angelitos he despachado ya para la gloria. —Dígalo el Alacrán y tres compañeros, replicó uno de los de la rueda, que en un jalocote del cerro de las Palmas dejó su merced colgados como manojo de pollos.

“—No amigote, no cambie los frenos, es la verdad que los dejé colgaditos, pero no como los pollos que los sostienen de las patas, sino como a las grullas que las amarran del pescuezo.” 65

Hay muchas expresiones acerca de la muerte que refuerzan el concepto expresado sobre la forma en que el mexicano, y especialmente los Hermanos de la Hoja, ven a la muerte:

“Asiente la cabeza y cuídela bien, no vaya a ser que se la levanten por lo alto y se la queme el sol.” 66

“Son amiguísimos de estirar su reata con el peso de un hombre.” 67

“Te registro las tripas para ver lo que almorzaste.” 68

“Si se le atranca por ahí échelo a dormir y me trae las orejas.” 69

“Puedes agradecer que yo me quedé despachando con mis marchantes, porque si no ya estuvieras con tu violín tocando entre las almas gloriosas.” 70

Sin embargo, no todo es burla ante la muerte; algunas veces podemos apreciar un sentimiento de gran respeto hacia los muertos; sobre todo, cuando éstos son seres queridos o cuando menos parientes cercanos. Entonces sí se refieren a ellos con respeto y hasta con cierto temor: “—¡Ay de aquél que se burla de las cenizas de los muertos!” 71

En las oraciones que se rezan cuando la familia está reunida, siempre hay una plegaria por los parientes y amigos difuntos; el toque de ánimas y el rezo en memoria de ellas indica el respeto que se les guarda.

El Coronel Astucia llora por las noches ante el sepulcro que guarda los

64 Ibid.— Tomo II.— p. 173. (Lo subrayado no está en la novela.)

65 Ibid.— Tomo III.— pp. 116-117.

66 Ibid.— Tomo I.— pp. 351-352.

67 Ibid.— Tomo I.— p. 371.

68 Ibid.— Tomo II.— p. 210.

69 Ibid.— Tomo II.— p. 366.

70 Ibid.— Tomo II.— p. 117.

71 Ibid.— Tomo I.— p. 123.

restos de su padre, y les rinde cariñoso a la vez que respetuoso homenaje. Y qué mayor signo del respeto a los muertos que entregar a la esposa, como presente de bodas, las cenizas del padre difunto.

Así como actúa Lorenzo, así también lo hace Enrique, el hijo de Pepe el Diablo. Las cenizas de Clarita, junto con las de don Juan Cabelló, son depositadas en la capilla de la hacienda en donde se les tributa el respetuoso homenaje reclamado por los difuntos.

OTROS SENTIMIENTOS.— Otras ideas y sentimientos se presentan en *Astucia* y los hemos reunido todos en un apartado porque consideramos que no figuran con una importancia suficiente para hablar de ellos en incisos separados.

La mujer. Ya hemos mencionado, al hablar del amor, la idea que Inclán tiene acerca de la mujer en su papel de madre o de esposa; pero como la figura femenina aparece repetidas ocasiones en la novela, es necesario mencionar las actuaciones diversas que tiene y el concepto que de ellas tiene el novelista.

Inclán demuestra hondo interés por la educación femenina, y aunque se da menor importancia a ésta que a la educación del hombre, siempre existe la preocupación de que la mujer se eduque, de acuerdo con la situación y posición económica y social en que se encuentre. Una mujer, por medio de la educación, debería transformarse en “una ilustrada señorita”, de acuerdo con las normas establecidas para la formación de la mujer en el siglo pasado.

De Refugio se dice que “el trato, la sociedad y sobre todo la buena educación que comenzó en Zitácuaro y acabó en el monasterio, la ilustraron y era una verdadera señorita.”⁷²

Una mujer, según Inclán, debía conocer cómo desempeñar las labores del hogar, coser, bordar y cómo conducirse en sociedad; si poseía todas esas cualidades, era considerada como una verdadera mujercita. Esto por lo que respecta a la mujer de cierta clase social, pero la ranchera, además de poseer esas cualidades, debería saber cómo tratar a los animales, para así poder ser útil a su esposo y a sus semejantes.

La expresión “una mujer de honra y provecho” a menudo es empleada por Inclán para referirse a las rancheritas que en realidad saben serlo. Camila, Clarita, Mariquita, Lupe y Pánfila reciben este calificativo, porque a las cualidades antes señaladas añaden el tener amor propio y vergüenza; ser tiernas, apacibles, hacendosas, honradas, sencillas y candorosas; no ser tontas ni de malas intenciones, mostrar claramente sus virtudes; ser en fin, lo que se llama “una verdadera ranchera”.

La ranchera siempre será alabada por Inclán como una joya sin pulir, que si la trabajan opaca con sus brillos a cualquier piedra falsa. Las piedras falsas son las mujeres de la ciudad; los carbones que aún no se han convertido en brillantes, las mujeres del campo. Resulta más fácil que una campesina se transforme en una dama, que una mujer de la ciudad “tire el traje y empuñe el metlapil”.⁷³

La rancherita, aunque sea inculca, es un verdadero tesoro, mientras que la catrina constituirá siempre, en el juicio de Inclán, un mueble de lujo,

72 Ibid.— Tomo I.— p. 143.

73 Ibid.— Tomo II.— p. 120.

carísimo e inútil, una carga que exclusivamente puede servir de estorbo.

“Así que vio que era un mueble molesto, que más bien servía de estorbo, inepta y puerca, le dio sus patadas y la reemplazó por una ranherita como la necesitaba.” 74

La crítica de Inclán para las mujeres de la ciudad, las catrinas cuya educación ha sido defectuosa, es muy dura, pero no se compara contra los crudos juicios que el novelista usa para juzgar a aquellas que buscando un modo fácil de vida se dedican a la prostitución. En las páginas de la novela encontramos varias opiniones que nos muestran la severidad del novelista hacia esas mujeres:

“No es otra que Amalia la Bulli-bulli, la tapatía más prostituída y escandalosa; no hay parte ni población regular donde no haya dado quehacer a la justicia por su desenfreno.” 75

“Ya era tiempo de que conociera usted que esa vida escandalosa y degradante ha de acabar con sus atractivos y por lo mismo pensar con juicio y no perder el tiempo en embaucar jóvenes inexpertos, que con la mejor buena fe hace caer en sus pérfidas redes; Dios la libré, mujer, de que comience a desbarrar, porque su desgracia es inevitable, será usted despreciada de todo el mundo; los mismos pillos que hoy la circundan y adulan, serán los que con más escarnio se burlen de su indigencia y acabará usted sus días en un hospital como sucede generalmente a todas las que como usted, han vivido encenegadas en el vicio y la prostitución.” 76

De la opinión que Inclán tiene acerca de las mujeres de la ciudad, solamente se salva Amparo, porque aunque ha sido educada en la ciudad, tiene entre sus ascendientes a rancheros de buena cepa, cuya influencia se transmite al carácter de Amparo, y lo hace firme, decidido y sincero. Ese carácter arranca exclamaciones como la siguiente: “—¡Vaya un contraste! Apenas puedo creer en sus palabras, amigo Lorenzo, tanta resignación en una niña de la clase que me dice es extraordinaria, pues lo general es que todas las mujeres aspiren, y muy rara es aquella de una abnegación tan singular; eso prueba que su amor es puro, desinteresado, que no es de un corazón vulgar sino de un alma noble, y esa firmeza de carácter es digna de elogio . . .” 77

Sólo un carácter decidido y firme como el de Amparo, y un alma llena de cualidades como la de ella, pueden salvarse y evitar la maligna influencia de la educación urbana; por eso, Inclán rodea a Amparo de todas esas cualidades y virtudes, porque sólo así puede escapar del duro juicio que en su novela expresa sobre las mujeres de la ciudad.

La ciudad y el campo. Dos ideas que dan motivo a Inclán para escribir numerosos renglones en *Astucia*. Luis G. Inclán, ranchero obligado a permanecer en la ciudad, se siente prisionero en ella; ha disfrutado de las excelencias de la vida campesina y añora esa vida de paz y tranquilidad. En la ciudad se siente ahogado por el ruido de los carruajes y el transitar incesante de la gente; el único medio que le permite escapar de esa vida, lo encuentra en recordar los años pasados; la pluma y el papel constitu-

74 Ibid.— Tomo II.— pp. 434-435.

75 Ibid.— Tomo II.— pp. 58-59.

76 Ibid.— Tomo II.— p. 307.

77 Ibid.— Tomo III.— p. 370.

yen el camino que ayuda a Inclán a desahogarse del fastidio que le produce la vida de la ciudad; además, el hecho de escribir sus recuerdos e impresiones de la vida del campo, le permite darlas a conocer a sus amigos y hacerles saber las delicias de la vida campesina. Al escribir *Astucia*, no solamente trata de relatar las aventuras de los Hermanos de la Hoja, sino dignificar ampliamente al ranchero y mostrar a la ciudad la felicidad y placer que proporciona la vida fuera de ella.

En páginas anteriores hemos hablado sobre el concepto de Inclán sobre el honor, el amor, la amistad, la mujer y otros, en los cuales siempre defiende la actuación de aquéllos que viven en el campo y critica a los hombres de la ciudad.

La más severa crítica hacia la vida urbana aparece en uno de sus mismos habitantes, que hace a la vez gran elogio de la vida campesina:

“Ya no veo la hora en que nos marchemos de este maldito chismal, de este piélago de juzgado, de este mar de embustes y fingimiento, en fin, de este purgatorio que llaman sociedad donde trabajan sólo la lengua y las tijeras criticando al mundo entero . . .”⁷⁸

“Si tú vas desengañado de los hombres, yo no lo estoy menos de las mujeres, y como ranchera voy contentísima a concluir mis días como los empecé, a disfrutar respirando el aire libre del campo y gozando de la vida a mis anchuras, cumpliendo en todo y por todo mi voluntad, sin ser el espejo de todo el mundo que fiscalizan y motejan hasta mi modo de andar: esto es una tortura, un infierno, voy a estar en la gloria.”⁷⁹

El sentimiento religioso. A menudo podemos apreciarlo en la obra de Inclán. El charro contrabandista, como la generalidad del pueblo mexicano, posee hondo sentido religioso, que en las clases bajas raya en la superstición; pero los rancheros, especialmente los Hermanos de la Hoja, sienten verdaderamente la religión y acuden a ella en busca de ayuda y consuelo para la resolución de situaciones difíciles en que se encuentran. Invocan a Dios, a la Virgen y confían que al invocarlos, obtendrán su ayuda. Imploran con verdadera fe: “—¡Alúmbrame, Virgen del Buen Suceso! ¡Dios mío, no nos abandones!”⁸⁰

Cuando los Charros contrabandistas tienen que enfrentarse a graves problemas, se encomiendan a Dios y se “echan en brazos de la Providencia” para resolver así sus dificultades: “Un solo hombre bastó para redimir al mundo, implora su favor y échate en brazos de su Providencia.”⁸¹

Ese mismo sentimiento religioso los hace encomendarse al cielo, al iniciar las faenas campesinas de cada día:

“—Ave María Purísima. —Sin pecado concebida— respondieron todos comenzando cada cual su surco.”⁸²

El sentimiento religioso se manifiesta también en la gran preocupación que existe por la salvación del alma. Camila no da muerte a don Manuel, ni Pepe el Diablo hace algo semejante con Amalia la Bulli-bulli, por temor de que se encuentren en pecado; de lo contrario, poco les hubiese importa-

78 Ibid.— Tomo III.— p. 406.

79 Ibid.— Tomo III.— p. 407.

80 Ibid.— Tomo I.— p. 77.

81 Ibid.— Tomo III.— p. 179.

82 Ibid.— Tomo II.— p. 20.

do despachar a aquellos angelitos.

Nuevamente encontramos el sentimiento religioso en el momento en que ocurre la muerte de los Hermanos de la Hoja. En su mente existe la preocupación religiosa, pues mueren con esta súplica en los labios: "Haz que expire invocando tu santo nombre." 83

Unidas a ese sentido religioso, aparecen alusiones, aunque no muy frecuentes, a "la buena suerte", o bien, quejas contra "la fortuna adversa" o "el destino fatal". Sin embargo, como estas expresiones aparecen junto a invocaciones religiosas, no pueden considerarse las primeras como plenamente fatalistas: los Charros no creen en un hado fatal, sino que pronuncian esas expresiones sin darles un sentido de superstición y fatalismo:

"¡Quién sabe si la casualidad me lo trajo para mi ventura, o la fatalidad me precipita para dar un paso más en mi desgracia! Será lo que Dios quiera; a El me encomiendo y su Majestad Divina me dará resignación para sufrir . . ." 84

La generosidad. Los Hermanos de la Hoja son generosos y desprendidos: ayudan a aquél que lo necesita, sin importarles condición social o estado. Fían tabaco a una porción de infelices que se mantienen con el producto, y que agradecidos a los charros, siempre les proporcionan aviso oportuno sobre el peligro que pueda acecharles. Esta generosidad de los Hermanos les gana numerosos amigos que les guardan eterna gratitud. Muy significativo es el caso de don Polo al que los contrabandistas charros salvaron de una muerte segura, y por esta razón no cesa de manifestar su gratitud, colmando de regalos a los Hermanos de la Hoja cada vez que éstos se cruzan en su camino.

Su sentimiento de protección hacia los débiles y necesitados, los lleva a ayudar a María de Jesús y entregarle sana y salva a su pequeña hijita. La generosidad los obliga a defenderla y a establecerla en México, en donde no corre ningún peligro.

Los valientes Hermanos de la Hoja no sólo ayudan a sus amigos. Cuando sus enemigos necesitan una mano que los auxilie, los Charros se prestan gustosos a hacerlo: "Ustedes llévense cargando a esos hombres, le dan al médico de Huamantla esta seña diciéndole que se encargue de asistirlos que yo pagaré su curación." 85 De ese modo protege Astucia a los bandidos del Resguardo que por orden del Bulldog lo han atacado.

Su generosidad se muestra una vez más, cuando Lorenzo Cabello ingresa en la Hermandad de la Hoja. Los demás Hermanos, deseosos de calificar el valor de su nuevo amigo lo someten a una prueba y en ella destrozan su ropa; pero a cambio de ella le ofrecen prendas que para ellos tienen un gran valor estimativo:

"Esta mascada con un anillo, que por haber sido de mi madre, lo tengo en alguna estima y gustoso te lo endono." 86 Tacho le obsequia una camisa y calzoncillos que han trabajado las manos hacendosas de su novia; Pepe le regala su belduque; Chepe, un sombrero; en fin, que todos se encuentran deseosos de obsequiar algo al nuevo Hermano.

83 Ibid.— Tomo III.— p. 104.

84 Ibid.— Tomo I.— p. 179.

85 Ibid.— Tomo II.— p. 448.

86 Ibid.— Tomo I.— p. 205.

El desprendimiento de los Hermanos de la Hoja es contagioso; los arrieros que sirven bajo sus órdenes, al ver la forma en que actúan sus amos, lo hacen de la misma manera, y cuando ven en dificultades a sus amos, ofrecen lo poco que poseen para resolver los problemas: Reflexión pide al Coronel Astucia que venda la huertecita que le habían dejado en Jungapeo, y por la cual habían ofrecido diez y ocho pesos, para que el Coronel tenga dinero para la resolución de sus dificultades económicas. El Chango, como no tiene nada que ofrecer, pues carece de bienes materiales, en un gesto de generosidad, ofrece su persona para que si es preciso se le ponga a trabajar en el tajo. ⁸⁷

La gratitud. A la vez que son generosos, los Hermanos de la Hoja son agradecidos; por eso desprecian a los ingratos, y velan para que sus acciones jamás puedan recibir ese calificativo. La ingratitud se ve menospreciada por estos hombres, y a los ingratos dedican estas palabras:

“Qué egoístas, viles y canallas, no son más que convenencieros; estercolalos, Tortuguillo, échales tierra en la cara. ¡Malditos sean por ingratos!” ⁸⁸

La traición. Así como desprecian a los ingratos, también detestan a los traidores, porque son “seres degradados que en toda su vida no salen de la miserable ocupación de delatores, sin aspirar jamás a buscar la subsistencia de otra manera que no sea esa, que sólo ellos pueden desempeñar con descaro.” ⁸⁹

Al grito de “¡Mueran los soplones!”, ⁹⁰ se lanzan contra quienes los han traicionado, para castigarlos severamente o aniquilarlos. La venganza contra los traidores es siempre ejemplar, y muchas veces va unida a un deseo de burla, como la “ortigada” que por orden de Astucia dan a Almarás, el Cascabel. Sin embargo, aunque los Hermanos de la Hoja desprecian a los traidores y opinan que su muerte debe ser “a la mala”, como mueren los pícaros y alevosos, evitan en lo posible la muerte de ellos, porque los Hermanos de la Hoja no manchan sus manos con la sangre de asesinos y traidores, de quienes dice Astucia:

“Me queman el alma, pero yo mataré un hombre o consentiré que lo maten, cuando vea que corremos algún peligro y que de no hacerlo así puede despachar a alguno de los míos . . .” ⁹¹

La idea de justicia. En la novela *Astucia*, la idea de justicia oscila entre dos puntos opuestos: por un lado aparece una justicia recta, honorable, ajena al soborno y que no se dedica a satisfacer exclusivamente las peticiones de los ricos ignorando las necesidades de los pobres. Es la justicia por la que deben guiarse las acciones humanas. En el extremo contrario coloca Inclán a sus héroes, a los Hermanos de la Hoja, cuyo medio de vida es el contrabando, actividad que se encuentra fuera de la ley. Los

87 Ibid.— Tomo III.— p. 150.

88 Ibid.— Tomo III.— p. 399.

89 Ibid.— Tomo III.— pp. 377-378.

90 Ibid.— Tomo II.— p. 445.

91 Ibid.— Tomo II.— pp. 230-231.

dos extremos son defendidos y criticados. Por una parte, Inclán reconoce que el contrabando es un comercio ilícito, penado por la ley, pero aboga por los contrabandistas y no puede condenarlos por dos motivos: uno de los contrabandistas charros fue amigo suyo y necesita defenderlo; además, sabía que si el contrabando se había realizado durante algún tiempo, era para evitar el pago de impuestos exagerados al gobierno que controlaba el estanco del tabaco. Para defender estos dos puntos, Inclán recurre a un medio ingenioso: acepta el contrabando como un hecho ilegal, puesto que el comercio del tabaco y su libre tráfico estaba prohibido por leyes expresas; sin embargo, alega en favor de los Hermanos de la Hoja que dichas leyes habían sido impuestas por el gobierno español y no era posible que después de tantos años de lucha para sacudir el yugo español, y de tanta sangre derramada por la causa de Independencia, esas leyes impuestas por el despotismo, siguieran imperando. ¿De qué servían entonces la libertad y derechos adquiridos, si seguían rigiendo las mismas leyes? Además, el contrabando solamente perjudicaba a la empresa que tenía contratado el estanco del tabaco con el gobierno, contrato del cual no existía constancia de su legalidad y podía ser un mal convenio, basado en malos principios. De todos estos hechos se vale el autor para justificar abiertamente el contrabando. Más todavía: defiende a los contrabandistas y no los considera como ladrones o salteadores, porque no despojan al pobre de lo que posee, sino que trafican con cargas compradas con dinero que han obtenido por su trabajo.

Para situar a los contrabandistas en un plano más elevado, critica profundamente a los funcionarios que representan a la justicia y que olvidándose de su deber aceptan el soborno:

“El pobre viejo vino aquí con sus once ovejas, a acusarme criminalmente, aunque obtuvo orden para aprisionarme, mi curador consiguió que tuviera yo la ciudad por cárcel, siguió el negocio, anduvo listo el dinero entre los escribas y fariseos, hasta que Pilatos me sentenció a pagar con un marco de plata la travesura, reservándose el juzgado lo del hecho criminal para cuando hubiera mejores pruebas con que proceder en justicia, me hicieron saber la sentencia, firmé de conformidad y sobre ese asunto no se ha vuelto a formular una letra . . .” 92

También critica Inclán a quienes están encargados de velar por el cumplimiento de las leyes y evitar el contrabando. Si éstos son pícaros de siete suelas, ¿cómo esperar que se enfrenten a quienes contravienen las leyes? La descripción que de sus hombres hace el Bulldog, es suficiente para darnos perfecta cuenta de la clase de hombres que formaban el Resguardo de la Renta del tabaco:

“Todos éstos que me rodean son una punta de pillos que no pudiendo andar solos, porque les apesta la barriga a hierro, se han acogido a mi sombra.” 93

La figura del Bulldog es la del clásico pillo, metido a guardián del orden público:

“Para darles una idea de quién es ese bribón, basta con que sepan que es un renegado; después de andar al lado de varios bandoleros, lo indul-

92 Ibid.— Tomo II.— p. 346.

93 Ibid.— Tomo I.— p. 425.

taron porque denunció a sus compañeros, y no cabiendo en ninguna parte porque le apesta un poco el pescuezo, se colocó en la comisión y de ratón ascendió a gato, se ha hecho muy temible desde que lo hicieron cabecilla y se pone muy hueco cuando le dicen comandante; ha colgado en el camino a una porción de indios huacaleros, haciendo creer que fueron pájaros de cuenta, pero es un cobarde de primera, que por no exponerse siempre llega tarde cuando asaltan las diligencias, o coge por diverso camino para perseguir a los malecheros, es sumamente fanfarrón, adulador y bajo . . .” 94

Si bichos de esta clase son los encargados de cuidar el orden y la justicia, cómo pedir que se acabe el contrabando ya que en muchos casos, y en el de los Hermanos de la Hoja especialmente, los contrabandistas son hombres de un nivel moral más elevado que los hombres de la tropa.

Así pues, Inclán se convierte en el más entusiasta defensor de los Hermanos de la Hoja, por más que éstos sean contrabandistas y que el propio Inclán en el prólogo de su novela explique: “No se entienda que trato de celebrar el hecho de comerciar con un efecto prohibido, ni aplaudir esa manera de hacer fortuna tan justamente reprobada por gentes de buen criterio.” 95

Sin duda, que entre esas gentes de buen criterio no se contaba Inclán, pues aunque en el prólogo de *Astucia* hace tales afirmaciones, en el curso de la novela las desmiente con la denodada defensa que hace de sus héroes.

A la crítica de la justicia se une la del gobierno falso y mal organizado; un gobierno que se da el lujo de gastar diez mil pesos por la ilustración del buen gusto del pueblo, pero que no tiene un solo centavo para organizar una fuerza que castigue los desmanes de asesinos y ladrones. Ese gobierno se ve despreciado hasta por quienes forman parte de él, porque conocen sus falsedades y traiciones: Don Mariano D. y G. habla con tristeza de los desengaños sufridos en la política al desempeñar un puesto en el gobierno:

“Apenas subí al poder cuando, los mismos que me elevaron comenzaron a quererme derrocar porque sus miras bastardas, falso patriotismo y conveniencias particulares se estrellaron contra mi modo de gobernar; todos se figuraron tener en mí un espantajo, un maniquí de quien sacar ventaja; pero yo que tengo mucho mundo y sé cuales son mis obligaciones, he querido escarmentarlos manteniéndome firme, haciéndoles sentir un triste desengaño . . .” “Me he encontrado multitud de despilfarros que con mano rígida he corregido, ocasionándome millares de descontentos, mi gobierno ha de durar bien poco, pero más de cuatro se han de acordar de mí y muy caro pagarán el haber pensado que yo era tan pícaro como ellos.” 96

El juicio de Inclán sobre el gobierno, los funcionarios públicos y la justicia, viene a ser, aunque en forma disimulada, una demostración de simpatía para los Hermanos de la Hoja y una disculpa para el contrabando que el mismo Inclán practicó en su juventud: “A ello debe agregarse que cuando se hallaba en tierras del Sur, don Luis G. Inclán comerciaba en aguardiente y que anduvo entre los propios “Hermanos de la Hoja”, que los conocía perfectamente . . .” 97

94 Ibid.— Tomo I.— p. 387.

95 Ibid.— Tomo I.— p. 5.

96 Ibid.— Tomo III.— p. 382.

97 Núñez y Domínguez, José de Jesús.— opus. cit.— p. XXV.

"*Servir es ser vil*". Es un lema bajo el cual está representado el movimiento de independencia y libertad, propio de los Hermanos de la Hoja. Buscan el modo de vivir sin esclavizarse a ningún amo, porque no les parece buena la idea de que otro se aproveche de su trabajo. No les repugna trabajar; cualquier trabajo es bueno, siempre que no los obligue a estar bajo la estricta dependencia de un amo:

"Lo que a mí menos me azora es el trabajo, pero me repugna sobremanera que con él otro medre y el asalariado jamás salga de tan humilde esfera" "deseo buscar mi suerte respirando el aire libre en el camino, en el comercio, sin depender de voluntad ajena, me causa horror la esclavitud." 98 Ningún trabajo degrada; lo que sí es denigrante es esclavizarse a la voluntad de un amo y aceptar un trabajo mal remunerado. Podrá esclavizarse el rancharo a sus animales, porque de ello verá el beneficio, pero a los caprichos de un amo y a un trabajo mal pagado, ¡jamás! He aquí el concepto que el rancharo tiene acerca del trabajo.

PERSONAJES

En *Astucia* figura una enorme variedad de personajes, de características muy diferentes, pero todos ellos muy bien definidos.

Como personaje principal aparece Lorenzo Cabello, el jefe de los Hermanos de la Hoja. Su intervención en la novela se desarrolla desde el principio hasta el final de ella, pues actúa como Lorenzo el perverso, como el jefe de los Hermanos de la Hoja, como el Coronel Astucia, y finalmente regresa a su primera actitud: Lorenzo Cabello, el rancharo que vive tranquilo, rodeado de su familia. La vida de este personaje está descrita sin descuidar el más mínimo detalle; sin embargo, el autor lo deja desarrollarse libremente y actúa sin que lo maneje a través de hilos invisibles, como si fuera un títere. Este personaje se desarrolla con vida propia en la novela. Empieza actuando como adolescente de carácter indómito y a quien nadie puede doblegar. Esa rebeldía, propia de la edad en que se encuentra, se transforma en juicio y sensatez, por medio de la educación y consejos de don Primitivo. El resultado de ellos sería Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja, cuyo valor, serenidad, sangre fría, arrojo y otras cualidades, lo hacen respetado de todos y a la vez admirado por sus generosos sentimientos.

La experiencia transforma a ese joven en un hombre cuya madurez es admirable: el Coronel Astucia, que se presenta en la tercera fase del personaje: hombre sencillo y misterioso, cortés, franco, de buena presencia, en fin, todo un caballero, cuya conducta sigue la línea que había marcado el jefe de los Charros contrabandistas.

Al lado de este personaje principal y casi en el mismo plano que él, aparecen los cinco Hermanos de la Hoja: Pepe el Diablo, Tacho Reniego, el Charro Acambareño, Chepe Botas y el Tapatío, cuyas historias enlazan las diferentes aventuras que les suceden a los contrabandistas en su ir y venir por los caminos. Estos personajes, al igual que Astucia, han pasado por diferentes aventuras, y la experiencia en ellas obtenida, norma su vida y conducta. Las virtudes que los Charros poseen son las mismas que el

98 Inclán, Luis G.— *Astucia*.— Tomo I.— pp. 128-129.

autor atribuye al Jefe de ellos. Todos son honrados, aunque se encuentran dedicados al contrabando de tabaco; son valientes, trabajadores, generosos y orgullosos de mantener su honor limpio y sin que ninguna sombra lo opaque.

Al lado de Astucia y de sus Hermanos, se mueve una gran variedad de personajes, que aunque aparecen como incidentales, prestan múltiples facetas a la novela. Por las páginas de *Astucia* vemos desfilar charros, ladrones, hacendados ricos, mayordomos, funcionarios públicos, arrieros, rancheras de "honra y provecho", prostitutas descaradas, tenderos, curas, y un enjambre de mil personajes más; tantos que don Carlos González Peña llama a Inclán "novelador de multitudes".⁹⁹

Es notable la técnica que emplea Inclán para describir a sus personajes, pues lo hace detalladamente, y nos da no sólo su aspecto moral, sino también el físico.

La descripción de los personajes no comprende a los Hermanos de la Hoja, puesto que ellos relatan su vida en primera persona y no dan lugar a la descripción. Pero cuando por boca de ellos el autor se refiere a otras figuras importantes, las describe sin dejar pasar un solo detalle. A muchos personajes podríamos referirnos, puesto que las descripciones abundan en la novela; hablaremos sólo de una que se singulariza entre todas: la pintura de doña Rufina, la madrastra de Clarita. Luis G. Inclán muestra gran habilidad y maestría para describir a este personaje; caracteriza esta descripción una intención satírica y burlesca, que a veces raya en la crueldad, pero sólo así logra dejar en sus lectores la impresión deseada:

"...Hasta entonces conocí a la esposa del amo que por mil motivos se singularizaba; era una cotorra de más de cuarenta y cinco años, muy alta y tan flaca que parecía encanijada, de color abronzado, con el cutis tan pañoso, que cualquiera diría que estaba sombreado con humo de ocote. Lucía sobre manera una hermosa dentadura; y digo hermosa, porque cuatro grandes paletas y dos desmesurados colmillos, muy sarrosos, color de almendra, le impedían juntar dos grandes cuanto carnosos labios amaratados y parecía que ya mero se le salían. En un tiempo tuvo bozo bastante oscuro, pero en la actualidad me pareció un pellejo de chicharrón mal chamuscado, notándose unos cuantos bigotes entrecanos; su nariz robusta y larga era verdaderamente apericada, el color de sus ojos medio verdiosos; continuamente cerraba los párpados papujados, porque decía que era miope, o se acercaba un antejo más grande que un peso, montado con varillas y pie de plata que traía colgado al cuello con una cadena de acero de grandes eslabones; las cejas desde a media legua se advertía que se las tiznaba; apenas tenía dos dedos de frente, y la cabeza untada de cierto plaste, que me pareció sebo de carretón; con las pocas mechitas de su pelo se hacía cerca de las orejas un par de caracoles que detenían dos peinetas con sus varillitas de metal; y tanto éstas, como la peineta de tres potencias que llevaba en el chongo, que parecía colita de puerco, quedaban bien afianzadas con una ancha cinta de terciopelo que acababa de cubrir su calvicie teniendo pendientes de sus amaratadas y grandes orejas unos aretes chinoscos de más de cuatro dedos. En el cuello ostentaba una gran pelota de carne que llaman vicio, y la adornaba con dos hilos de

99 González Peña, Carlos.— *Luis G. Inclán en la novela mexicana*.— Editorial Cultura.— México. 1931.— p. 28.

perlas de gran valor, lo mismo que los dedos largos y descarnados cuajados de buenos cintillos; vestía un traje de seda verde con multitud de enaguas debajo, mangas abultadas con grandes armazones de género encolado como faroles y una pañoleta blanca de punto; calzaba zapatos de raso blanco y medias de patente que coloreaban mucho: todo era en esa mujer exagerado. Presumía de ilustrada, bachillera, delicada y haciendo mil contorsiones, afectaba una coquetería y maneras tan repugnantes, que fastidiaba desde el instante de verla: toda se volvía aspavientos, de todo se le resentían los nervios luego luego. Daba su opinión sin preguntarle, y como la señora de la casa, quería ser la única que llamara la atención.” 100

COSTUMBRES

La novela *Astucia* guarda dentro de sí un extenso panorama de numerosas costumbres del pueblo de México, especialmente del campesino. Muchas características de la vida rural del México del siglo XIX, que Inclán conoció y vivió intensamente, están magistralmente descritas porque al novelista no sólo le han hablado de ellas, sino que han formado parte de su vida y las conoce a la perfección, por lo cual puede transmitirnoslas sin falsearlas.

Indumentaria. A través de las páginas de la novela, observamos con frecuencia que la indumentaria de los personajes sirve para establecer diferencia de situación social y económica, y aunque no existe una profunda división de clases, sí hay diferencia entre amos y patronos, entre rancheros y gente de la ciudad, diferencia que está marcada, entre otras cosas, por la forma de vestir.

“Yo al estar alimentando fielmente una esperanza lo hacía en la inteligencia de que sería correspondido por una pobre huérfana de mi esfera, sin tener otros hechizos que su candor; que a mi lado se encontraría venturosa portando un pobre traje, asociándose con los sencillos rancheros; pero ni por la imaginación me pasaba que los zapatoncitos de gamuza estuvieran en la actualidad reemplazados con zapatos de raso; las humildes enaguas con magníficos trajes, ni su rebocito viejo con costosos tápalos de seda.” 101

La forma de vestir hace suponer la educación de una persona, aunque no son las prendas las que proporcionan la educación y verdadera nobleza de sentimientos, ya que muchas veces bajo una buena presentación se oculta a una persona de costumbres indeseables, como sucede con doña Pomposa, que bajo su tápalo y velo esconde a Amalia la Bulli-bulli, o con Elisa, que aparenta tener sangre azul y pertenecer a la alta sociedad, sólo porque viste de túnico y tápalo, aunque su actitud es más denigrante que la de una ranchera que usa enaguas y rebozo. La verdadera nobleza de sentimientos no radica en las ropas que se usan sino que se encuentra en el fondo del corazón. Así lo demuestra Inclán a través de Amparo, que aunque pertenece a una clase social elevada, cuando es necesario, viste las prendas que usan las rancheras, sin que por esto pierda la nobleza

100 Inclán, Luis G.— *Astucia*.— pp. 238-239.

101 *Ibid.*— Tomo I.— p. 149.

o el valor de sus sentimientos. También don Casimiro López, padre de Pepe el Diablo, pone de manifiesto que aunque viste de cuero, como sirviente, continúa siendo un hombre de bien, un hombre honrado y honorable.

Inclán se vale de la indumentaria para aclarar ciertos detalles relacionados con la escala social en la que se encuentran situados los personajes: Atanasio Garduño, colocado como peón colero, el más bajo de los rangos de la escala de trabajo en el campo, tiene que abandonar las prendas que ha usado en el Seminario y adoptar las que corresponden a los aprendices de campirano: algodón y calzoneras de venado, zapatos de vaqueta, camisa y calzoncillos de manta y sombrero poblano. Tiene que olvidar los pantalones y chaqueta de paño, puesto que para el trabajo que ahora va a desempeñar, esas prendas resultan inadecuadas.

Entre los rancheros es común el uso de pantalones o calzoneras de cuero, y bajo ellas, calzoncillos de manta finamente trabajados por las manos de las hacendosas rancheras; chaleco de paño o de cuero y corbata encarnada; cotonas de venado y botas del mismo material, que pueden ser de campana, o sencillas. Su sombrero es elegante y de diferente clase, pues varía de acuerdo con la región de donde proviene, o con la ocasión en que va a emplearse. Utiliza sombreros galoneados, con toquilla y chapetas de plata, para las grandes ocasiones; de palma con toquilla de armiño; o bien, el sencillo sombrero poblano, para las faenas diarias.

Usa espuelas para castigar al caballo, cuando lo necesita; al cinto lleva pistola, y escondido en el repliegue de la bota, un puñal con cache de venado.

El ranchero rico emplea, para montar, sillas ajuecadas con todo lo necesario: jorongo saltillense en los tientos, una buena reata, espada de plata, y para manejar al animal a su sabor, un buen freno guarnecido de plata.

El arriero utiliza una vestimenta diferente de la de sus amos y apropiada al oficio que desempeña. Consiste en calzoneras y algodón de venado, sarape al hombro, sombrero, pechera, rodilleras, manguillos, tapaojeras. Estas cuatro últimas prendas indispensables para desempeñar bien su oficio.

El hombre de la ciudad viste una indumentaria totalmente diferente a la que se emplea en el campo: pantalón de paño fino; chaleco, también de buena hechura, corbata de moño y levita de faldones.

Usa la mujer que vive en el campo enaguas blancas con ondas y encajes; sobre estas enaguas coloca otras de color, que siempre están muy almidonadas; su camisa es de manga corta, adornada con randas de colores, bordadas por ella misma; el rebozo es de bolita, y lo lleva terciado sobre los brazos, o bien, para protegerse del sol, sobre la cabeza. Sus zapatos son de gamuza, para las faenas diarias, y de raso cuando es necesario presentarse arreglada para no hacer "el papel de recamarera".

La catrina, la mujer de la ciudad, no viste enaguas, sino túnico y tápalo, que puede ser de seda o de lana; lleva medias de seda, zapatos de raso, pañoleta de punto y peineta en la cabeza.

Fiestas y diversiones. Cuando los Hermanos de la Hoja tienen tiempo libre, lo aprovechan y se divierten en la mejor forma posible. Asisten a pequeñas reuniones y bailes en los que fraternizan con el pueblo; juegan



a las cartas y practican la malilla de campo, el cunquián o conquián, el rentoy, y algunas veces juegan también albures.

Otro juego al que algunos de ellos son afectos, es el billar, y cuando interrumpen su tránsito por los caminos, porque las aguas les impiden continuar, entonces se reúnen y lo practican.

Las peleas de gallos constituyen una diversión a la que los Charros contrabandistas asisten con gusto, siempre que se presenta la oportunidad de hacerlo. Apuestan a los mejores gallos, pero siempre con discreción y medida, para no sufrir fuertes pérdidas y no desnivelar su presupuesto económico.

Hay sobre todas estas diversiones una que es la favorita de los Hermanos de la Hoja, como lo fue de Luis Inclán: la practican con frecuencia y sienten por ella notable afición: la charrería. Lógico era que si Inclán había sido un gran charro, sus personajes favoritos practicara aquella diversión que a él le proporcionaba ratos de solaz y esparcimiento. Inclán fue siempre un maestro para la práctica de todas las suertes charras: colear, jinetear toros bravos; pero especialmente, lazar. Estas suertes las practicó por necesidad, durante su estancia en las haciendas, y cuando tuvo que recluirse en la ciudad, mataba el tiempo que la imprenta le dejaba libre, yéndose a los llanos cercanos a la ciudad, a practicar estas faenas vaquerizas.

Así como Inclán lo hizo, los Hermanos de la Hoja amaron este viril deporte, lo practicaron, y siempre resultaron figuras sobresalientes en él.

Cuando Inclán describe las fiestas charras, es una voz autorizada y conocedora la que habla; de ahí que la pintura de esas faenas, producto de toda una vida, sea magistral.

Además de las suertes charras, Inclán y algunos de sus Hermanos practican el toreo, pues aprendieron cómo hacerlo en su adolescencia, cuando escondidos en los texcales, se ensayaban con los toretes de las haciendas vecinas a sus ranchos. La habilidad adquirida les gana la admiración popular cuando se presenta la oportunidad de lucirse en festejos pueblerinos, como el de Tochimilco.

Son estas las diversiones y fiestas favoritas de los Hermanos de la Hoja; en ellas se entretienen cuando hay oportunidad de hacerlo.

Los animales. Un aspecto que resulta de especial interés, es el que se refiere a los animales. En casi toda la obra se percibe el cariño de los protagonistas, especialmente de los Hermanos de la Hoja, hacia los animales, principalmente hacia los caballos, que son los que sirven al rancho como medio de transporte, para el trabajo y para practicar sus diversiones. Mas no solamente aprecian al caballo, también a los perros, a las mulas, y en general, a todos los animales domésticos.

Las mulas, cuyo servicio es indispensable a los Hermanos de la Hoja para transportar el tabaco, son tratadas con humanidad, hasta donde es posible, y los charros son capaces de arriesgar su vida por salvar la de sus mulas, que les proporcionan un medio para sostenerse.

El perro es un animal que siempre ha sido llamado "el mejor amigo del hombre". El aprecio por este animal aparece en *Astucia* representado por el que Lorenzo Cabello tiene hacia su fiel Sultán. En los capítulos donde aparece la figura canina, se hace mención de su nobleza, valentía y fide-

lidad. También el Coronel Astucia cuida a sus mastines, porque éstos guardan su escondida morada en el cerro; en ellos deposita una gran confianza, pues a su cuidado deja a sus más preciados tesoros: Amparo y su “Changuito”.

Hemos dejado al final al caballo, animal sin el cual debió dificultarse el transporte durante el siglo pasado, ya que era el medio más eficaz para trasladarse de un lugar a otro.

El caballo es el animal preferido de los charros: les sirve para recorrer los caminos y realizar largas jornadas, necesarias en el comercio del tabaco; lo emplean para practicar la charrería, deporte imposible de llevar a cabo sin la ayuda del caballo. Por esta razón cuidan y miman al caballo y le dan un trato semejante al que puede darse a un ser humano. Y sin embargo, a pesar de este sentimiento hacia el caballo, no encontramos en *Astucia* alusiones frecuentes que nos muestren el aprecio por este animal; allá en alguna página se mencionará el hecho de que “persogaron al caballo”, o de que le dieron agua y cebada; otras veces escucharemos en boca de algún personaje que “le hacía cariños al caballo”, pero nada más.

¿Cómo explicarse, entonces, ese aprecio hacia los caballos? El charro no es muy expresivo en su lenguaje sentimental; por eso, para demostrar el cariño a su caballo, lo llama con diminutivos, por su nombre o por su color. Habla del rosillito, del alazán, del oscurito, de un prietito, del tordillito, de un cuaco colorado sangre linda, del bayo, del cuatralbo, del coloradito. Sus nombres: el Chocolín, el Melado, el Prieto, el Pito Real, el Gavilán, y muchos otros más. Sólo cuando siente aprecio por algo o por alguien, lo llama con un diminutivo cariñoso o por su nombre; de ahí que los charros contrabandistas hablen en esta forma, cuando se refieren a sus caballos.

El aprecio del rancharo hacia sus animales llega al extremo de utilizar, para referirse a seres humanos, términos que convienen a los caballos; estas expresiones las encontraremos a menudo en las páginas de *Astucia*:

“—¡Magnífico!, ¡magnífico!, así me gusta coger a mis muchachitos, ceñeritos, como dicen los rancharos, que no hayan adquirido maña ni resabio . . .” 102

“Ya me dejé pisar la cola, y ahora mas que me ensille y me enfrene, qué hemos de hacer, los golpes hacen jinetes.” 103

“Ya este portillito reconoció al cabestro en la primera potreada, con unas cuantas manoseadas admite la silla, y llevándolo sobre el brío saldrá un caballo de primera . . .” 104

“Sucede, amigo mío, que esta muchacha ya me ganó el hocico y es capaz de hacerme andar de paso . . .” 105

“Lo he dejado correr a su gusto para llamarle la rienda antes de que agarre el freno y se le quiebren los asientos . . .” 106

“Me alboroté a seguir los pasos de este viejo para tenerlo a la vista y darle la puñalada ofrecida en cuanto lo vea andar parando las orejas, y como los caballos estrelleros: mirando para el cielo, alzando los pies para

102 Ibid.— Tomo I.— p. 15.

103 Ibid.— Tomo I.— p. 25.

104 Ibid.— Tomo I.— p. 28.

105 Ibid.— Tomo II.— p. 108.

106 Ibid.— Tomo II.— p. 245.

no tropezar.” 107

A los amigos se habla en este tono burlesco, pero a la vez amistoso, pero también para referirse a enemigos, emplea el autor comparaciones con los animales, sólo que en esas ocasiones adopta un tono cuya intención es herir y lastimar los sentimientos de aquéllos a los que desprecia:

“Esta charchina no larga la mondalera, mas que la ponga en la trilla, qué bien hice en no meterla en caballeriza, que engorde por aquí lejecitos . . .” 108

“Dios libre a ese Bulldog de que trate de ventearnos; no le ha de valer su ancha cara ni dientes de tenazas: los mastines criollos y abajeños adonde afianzan el gahnate ahogan.” 109

“Es necesario cuidarse las pantorrillas porque ese perro no ha de ser de los que salgan ladrando por enfrente, sino que a la sordina dan la tarascada; ya procuraremos ponerle su tramojo y en caso preciso quebrarle los dientes.” 110

“—¡Jesús me ampare! ¡Qué tormenta! ¡Una víbora de ponzoña! ¡Un pajarraco de rapiña de pluma y pico, con dos mastines de presa!” 111

Alimentos. No hay muchas alusiones al tipo de alimentación que los personajes de la novela *Astucia*, y los rancheros en general, acostumbran; aunque hurgando en sus páginas encontramos algunas notas referentes a las comidas y bebidas, que generalmente son típicamente rancheras, es decir, alimentos y bebidas propios de los campesinos de nuestro pueblo: barbacoa, huacamole, enchiladas, tasajo, cecina, cemitas, panocha, arroz guisado en cazuela, y además no faltan las indispensables tortillas, el mole y los frijoles.

Junto a ese tipo de alimentación que consumen los rancheros, aparece también un tipo de comida muy diferente a la acostumbrada por ellos, y sin embargo, cosa extraña, son los mismos rancheros quienes, para festejar un acontecimiento extraordinario comen manjares como panqués, carnes frías, aceitunas sevillanas, salmón, sardinas, etcétera.

Entre las bebidas acostumbradas por los rancheros hemos encontrado en *Astucia* mención de zendechó, colonche, catalán, y en casos extraordinarios: ¡champaña! 112

107 Ibid.— Tomo III.— p. 88.

108 Ibid.— Tomo II.— p. 436.

109 Ibid.— Tomo I.— p. 388.

110 Ibid.— Tomo I.— p. 403.

111 Ibid.— Tomo II.— pp. 298-299.

112 Santamaría, Francisco J.— *Diccionario de mejicanismos*.— Editorial Porrúa, S.A.— Primera edición.— Méjico, 1959.— pp. 274, 363, 400. Chinguirito: aguardiente común o bebida alcohólica muy corriente.

Zendechó: cierto licor que preparan en el campo, en Michoacán y otros lugares del interior.

Charape: bebida fermentada hecha de pulque, panocha y otros ingredientes.

Colonche: bebida embriagante hecha con zumo de tuna colorada y azúcar. En el norte del país, cierta bebida embriagante fermentada, especie de tepache que se prepara con la tuna colorada hervida y que toman los naturales, principalmente los indios de Chihuahua y Sonora, tarahumaras y yaquis; y los de Arizona y California, en Estados Unidos.

En el desayuno beben café, toman chocolate, o bien, "echan tragos de atole".

Como aperitivo acostumbran comer bizcochos con queso, y beben vino.

EL AMBIENTE

La novela *Astucia* se desarrolla casi en su totalidad en el pintoresco territorio del Estado de Michoacán. En la novela se nos relata y describe la situación del rancho de las Anonas, al pie del cerro de Coporillo, entre los pueblos de Jungapeo y Tuxpan; pertenecía el rancho a las haciendas de Púcuaro, en la jurisdicción de San Juan Zitácuaro, en el Valle de Quencio. Gran parte de las aventuras de la novela transcurrirán en este Valle de Quencio, del que gratas memorias guarda Inclán, y al que describe con gran perfección pues ha conocido cada rincón del Valle, su vegetación, sus ríos, etc. Por ello Inclán nos habla de frondosas zirandas, hermosos limoneros, pitallas, garambullos, naranjos, extrañas y hermosas flores silvestres, abundante vegetación de tierra caliente regada por las aguas del río Balsas y sus afluentes, que atraviesan esas regiones de Michoacán, conocidas como Tierra Caliente.

El paisaje de *Astucia*, no es sólo el propio de clima cálido, porque los Hermanos de la Hoja desarrollan su vida transitando por diversos lugares, lo cual permite a Inclán describir otras regiones, aunque esas pinturas no aparecen con mucha frecuencia; el autor prefiere describir los paisajes que le son familiares y por los cuales siente verdadera atracción.

La aparición del paisaje no es frecuente en la novela *Astucia*; pero es que Inclán, como rancharo, siente dentro de sí ese ambiente que ha formado parte de su vida, y por eso no ve la necesidad de hacer mención de él; piensa que todos sus lectores comprenderán el ambiente en que sitúa a sus personajes; y es que como los Hermanos de la Hoja, Inclán supo de las noches al raso, bajo el cielo tapizado de estrellas; conoció las veredas ocultas de los cerros y atravesó las montañas en tardes lluviosas; vivió también los amaneceres que huelen a pino y a tierra húmeda; supo, en fin, de la paz que el espíritu logra adquirir en medio del campo tranquilo y silencioso, porque fue rancharo y porque esa etapa de su vida deja honda huella en su recuerdo.

Es posible que muchos de los lectores de *Astucia* se sientan desilusionados si buscan en la novela la recreación del paisaje, porque el verdadero rancharo lo vive, lo disfruta, pero en lo íntimo de su ser, y no lo describe.

LA FORMA EXTERNA

Entendemos por "forma externa" el lenguaje empleado por el autor para expresar el asunto de una obra literaria. Hablemos, pues, de la forma en *Astucia*.

La forma, personal y característica de Inclán, lo distingue entre los demás escritores de su género. A pesar de haber pasado por el Seminario, la estancia en el campo lo hace olvidarse de lo ahí aprendido, y a la vez penetrar íntimamente en el sistema expresivo de los rancharos. La forma que ellos tienen al expresarse, muy particular, está perfectamente de acuerdo con el tema tratado por Inclán en su novela.

Inclán escribe *Astucia* con un lenguaje para él bien conocido: “el dialecto ranchero”, y se vale de este tipo de expresiones y palabras para no desfigurar los hechos. De ahí, que la novela esté llena de mexicanismos, de palabras auténticamente nacionales, que han sido tomados por diversos autores, para enriquecer, con giros, refranes y dichos populares mexicanos, obras sobre vocabulario nacional. Están, entre esos autores, don Joaquín García Icazbalceta, con su *Vocabulario de mexicanismos* y don Francisco J. Santamaría, con una obra que él llamó: *Nuevo Icazbalceta*.¹¹³

No nos desviemos de nuestro tema; hablábamos de la forma que utiliza Luis G. Inclán. A través del lenguaje empleado, que es tan nuestro, sin que el novelista se lo proponga, nos sentimos en un ambiente típicamente mexicano. ¡Cuántas expresiones puestas en boca de los personajes de la novela son usadas actualmente por nuestros amigos y por nosotros mismos!

El pueblo mexicano es muy afecto al uso del diminutivo; tanto, que Inclán, fotógrafo de nuestra lengua, no puede sustraerse a este uso y lo emplea con frecuencia. Habla de “recoger sus *tilichitos*”; “echar por delante a la *potranquita*”; “de la presencia de tres *leoncitos*”; “acerca de ciertas *librancitas*”; se refiere a un sujeto que “montado en un *caballito* abandonado, con el frac muy *abrochadito* y llevando entre sus manos un *bejuquito* de ballena, bota como pelota sobre un cuatatán”. Menciona también a “una pobre *muchachita* de *zapatoncitos* de gamuza y *rebocito*”; a “una pálida *güerita*, hija del *difuntito* amo”; “restañar la sangre con un *pañito*”; de “poner una *ventecita* en donde iban a parar *caballitos* y comerciantes de la rama.”¹¹⁴

Otra característica del habla popular es el empleo de numerosos refranes. En la novela *Astucia* encontramos muchísimos refranes; por simple curiosidad los hemos contado y hemos encontrado cerca de trescientos; algunos de ellos son refranes castellanos tradicionales, mientras que otros son típicamente nacionales. Entre los primeros:

Obras son amores y no buenas razones.
 Con el tiempo y un ganchito . . .
 Piedra movediza nunca cría moho.
 El que no arriesga no pasa la mar.
 Cada oveja con su pareja.
 Ir por lana y salir trasquilado.
 No hay mal que por bien no venga.
 El que asno va a Roma, asno se torna.

Giros, refranes o dichos auténticamente mexicanos son:

El que me busque el pico ya puede ver cómo se compone.
 Llegar la lumbre a los aparejos.
 Para todos hay como no arribaten.
 Dando, dando, pajarito volando.
 Para los toros del Tecuán, los caballos de allí mismo.
 Estoy como agüita para chocolate.
 Ya ese capulín se heló, no tiñe ni da color.

113 García Icazbalceta, Joaquín.— *Vocabulario de mexicanismos*.— Obra póstuma publicada por su hijo Luis García Pimentel.— Tip. y Lit. “La Europea” de J. Aguilar y Vera y Cía., en C.— México, 1889.
 Santamaría, Francisco J.— opus. cit.—

114 Inclán, Luis G.— *Astucia*.— Las palabras subrayadas no lo están en la novela.

Muchos otros refranes, dichos y giros podríamos anotar, puesto que hemos dicho que en *Astucia* encontramos cerca de trescientos. Basten éstos como ejemplo de que en la lengua popular, especialmente en la que habla el rancharo, a cada instante se mencionan.

En algunos diálogos de la novela nos deleitamos con expresiones que poseen un tono burlesco, y hasta cierto punto irónico, que reflejan un matiz muy propio de la lengua del pueblo de México.

“—Qué, ¿te asustaste, mi alma? —le preguntó Astucia dándole un manacito en el hombro.

“—Sí, Papacito —le respondió—, se me figuraron negros con tranchetes”. 115

En toda la declaración de Astucia al juez de Tlaxcala, está presente ese tono de burla, pues Inclán emplea una serie de frases con las que provoca la hilaridad del lector; se mofa de la autoridad representada por el juez, y aunque le contesta, por medio de Astucia, la verdad, la autoridad queda sin saber una palabra de lo que descaba investigar.

Cuántas veces no contestamos a una pregunta con una expresión que tiene cierta burla, cierta ironía, que nos permite evadir la respuesta exacta.

El lenguaje al que nos hemos venido refiriendo, retrata la forma de expresarse de los rancharos, que aunque son campesinos, han recibido la instrucción elemental; por eso, su manera de hablar es especial y característica de ese grupo, pero eso no quiere decir que siempre sea incorrecta. El sistema expresivo de Inclán y de sus personajes ha sido rechazado por algunos críticos, tachándolo de lengua burda e incorrecta, pero ¿qué lenguaje podrían hablar los rancharos, que han vivido en el campo y que no han recibido una cultura y educación profundas? Trasplantados del campo a las páginas de la novela, los personajes de *Astucia* hablan conservando las formas empleadas en el medio de donde han sido sacados:

“Los personajes de Inclán son mexicanos. El mismo es sus personajes. Porque habla su lenguaje, porque se ha impregnado de su forma, ha sido capaz de asimilar y de polarizar su espíritu. Sustraerse a ellos, a su expresión, habría equivalido a desvincularse, a divorciarse de su pensamiento y de su sensibilidad: a darnos una imagen objetiva y falseada de lo que era para él tan subjetivo como (si resolvemos despojarnos del prejuicio gramatical) habría de serlo para nosotros mismos.” 116

Cuando los personajes que hablan son los arrieros o gente cuya instrucción es nula, su lenguaje está plagado de expresiones incorrectas, que a pesar de serlo, están colocadas en el sitio que les corresponde. Un arriero no podría ni sabría expresarse en otra forma. Imaginemos a uno de ellos hablando la lengua de una persona culta y erudita; el arriero resultaría entonces un tipo falso e irreal. Es, pues, necesario, que esa gente hable de “cocinear la comida”; “encontrar quince joyos”; de que “al amo y al “sucia” los traen a la rebatinga y casi los despachurran”; “llenar de infidelidades(por felicidad)”; “estar desinquieto”; “Su deselencia”, en lugar de “Su Excelencia”, etc. Bastaría mezclarnos entre la gente de clase vulgar para escuchar este tipo de expresiones, y cerciorarnos de su existencia

115 Inclán, Luis G.— *Astucia*.— Tomo I.— p. 368.

116 Novo, Salvador.— “Prólogo” a: *Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros contrabandistas de la Rama*.— Editorial Porrúa, S. A.— Tomo I.— México. 1946.— p. XXV.

y uso entre esa clase de gente.

Junto a esas expresiones, propias de la clase vulgar, aparecen, en contadas ocasiones, algunos vocablos latinos: se habla del *quid* de la dificultad; de que el dicho dice: *audaces fortuna juvat; in illo tempore*. Estas frases pueden guardar, por qué no considerarlo así, un lejano eco de los estudios de Inclán en el Seminario.

Hablemos ahora de Inclán poeta, dentro de la misma novela. Ya antes hemos mencionado las obras en verso que Inclán escribió: *Recuerdos del Chamberín*, *El Capadero en la Hacienda de Ayala* y *Don Pascasio Romero*. Aun dentro de la novela *Astucia* encontramos una pequeña muestra de la vena poética de Inclán:

“Si el cielo compadecido, su amparo me manda en ti, ampara a un hombre afligido; Amparo, no huyas de mí.” 117

Esos versos nos muestran a Inclán como un poeta sentimental y romántico, diferente del que encontramos en sus otras obras escritas en verso.

Concluimos este apartado en el que expresamos nuestra opinión acerca de la forma externa de la novela *Astucia*, diciendo con don Carlos González Peña:

“Lo que sorprende y encanta en la obra de Inclán es la vestidura verbal. Sorprende por su mexicanismo sin par. Nunca, y por manera tan espontánea, se ha reunido repertorio tan vasto de locuciones y giros peculiarísimos del pueblo mexicano. Jamás novelista alguno nacional supo hacer hablar a sus personajes con la fidelidad y abundancia con que él lo hace; ni describió con tan nimio apego y vario colorido, mediante las peculiaridades del lenguaje, nuestros tipos y costumbres, nuestros paisajes, nuestras cosas nacionales y tradicionales”. 118

ASTUCIA Y SUS EDICIONES

Antes de dar fin a este capítulo en el que nos hemos referido a las obras de Luis Inclán, haremos una mención de las diferentes ediciones de la novela *Astucia* que han pasado por nuestras manos.

La primera se realizó en las prensas del propio Inclán, en dos volúmenes, ambos formados por cuadernillos que han sido empastados. El primero de ellos se publicó en la Imprenta de Inclán; la fecha de impresión está equivocada, pues aparece la de 1890, en lugar de la de 1865 que fue el año en que se publicó. Contiene 392 páginas y 17 ilustraciones. El segundo volumen: *Astucia el Gefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros contrabandistas de la Rama*, cuya última entrega se publicó la semana del 21 de septiembre de 1866, según anuncio aparecido en el periódico *La Patria*, que se imprimía también en la imprenta de Inclán; consta de 397 páginas con 16 láminas. El pie de imprenta varía, pues la imprenta tiene como dirección Cerca de Santo Domingo 12. Al final de este volumen aparece una pauta para los encuadernadores, para la correcta colocación de las estampas. La obra, con sus treinta y tres ilustraciones, tenía un precio de cuatro pesos y se vendía en el establecimiento de Inclán.

En 1908 el periódico *El Imparcial* publica una edición de *Astucia*, dos

117 Inclán, Luis G.— *Astucia*.— Tomo III.— p. 276.

118 González Peña, Carlos.— opus. cit.— p. 23.

volúmenes en un tomo, que era un regalo para los lectores de este periódico. Se imprimió en la linotipografía de *El Imparcial*, calle de Puente Quebrado 4. Al final de la novela, aparecen algunos cuentos y narraciones, cuyo autor no fue Inclán. Son los siguientes: *El secreto de una vida*, de Renato Sudre; *La Ciudad Negra*, de Basojaun; *Los rasgos de un inglés*, (cuento), de Emilio Villaverde, y *El Porvenir del Matrimonio*, de Eduardo Zamacois.

En ese mismo año, 1908 la Librería de la Vda. de Ch. Bouret —Rue Visconti, 23, en París y Cinco de Mayo 14, en México— publica otra edición de la novela, en dos volúmenes y con ilustraciones muy semejantes, por no decir iguales, a las de la edición original.

La Editorial Porrúa, S. A., publicó en 1946 una edición en tres volúmenes, cuyo prólogo fue hecho por Salvador Novo. Esta edición está ilustrada con láminas realizadas por Francisco Monterde Fernández.

Un año antes, en 1945, la Biblioteca del Estudiante Universitario, de la Universidad Nacional de México, había lanzado a las prensas, con el número cincuenta y siete, una selección de la novela *Astucia*, hecha por José de Jesús Núñez y Domínguez, quien además de la selección realizó una introducción que contiene un estudio sobre la novela y sobre Inclán.

La Editora Nacional, S. A., en 1951, publica una edición más de la novela. En dos volúmenes y con las mismas ilustraciones que años atrás había utilizado la casa de la Vda. de Bouret.

Hemos oído mencionar otras ediciones de *Astucia*, que no consignamos en estas páginas porque no hemos podido localizarlas; solamente anotamos aquí aquellas que hemos consultado.

INCLAN Y LA CRITICA

I V

Un juicio acerca de la importancia de la vida y la obra de Luis G. Inclán, especialmente de la novela *Astucia*, puede formularse tomando en cuenta que de ella se han ocupado famosos críticos literarios, mexicanos y extranjeros, y que sus opiniones han sido en la mayoría de los casos, elogiosas para la obra de Inclán.

Al hablar sobre los autores que han escrito sobre Inclán, lo haremos de la siguiente manera: si el artículo o ensayo se refiere exclusivamente a Inclán, nos ocuparemos de él en su totalidad; de lo contrario, si se menciona al novelista dentro de un artículo dedicado a la novela en general o a la literatura mexicana, limitaremos nuestro comentario a la parte que se refiere a Inclán, puesto que ahora es este novelista quien nos interesa.

Ya desde el siglo pasado y sólo algunos años después de terminarse la impresión de *Astucia*, en 1889, don Luis González Obregón enumeraba entre los novelistas del siglo XIX a Luis G. Inclán, a quien consideraba como un escritor autor de una novela de costumbres mexicana, cuyo principal mérito consistía en el interés histórico.¹

Fallecido don Francisco Pimentel a fines del siglo XIX, (1893), sus hijos, como homenaje póstumo, publican sus *Obras Completas*, en los primeros años del nuevo siglo (1903-1904). En el quinto volumen de dichas obras hay un capítulo titulado *Novelistas y Oradores*.² Entre los novelistas mencionados por don Francisco Pimentel se encuentra Luis G. Inclán, a quien considera inferior a José Joaquín Fernández de Lizardi y a Florencio M. del Castillo, a pesar de que el criterio popular consideraba a la novela de Inclán como una de las más populares, más todavía que *El Periquillo Sarniento*.

Algo importante en la novela *Astucia*, según el autor de este artículo, es lo que él llama "el dialecto mexicano", el español corrompido y adulterado, cuyo uso se encuentra limitado, pues solamente cuando aparecen personajes de índole mexicana, o cuando no existe en español una voz equivalente a la indígena, es oportuno el uso de este "dialecto"; pero su empleo está vedado al escritor cuando es él mismo quien habla, pues el resultado sería una lengua bárbara y contra toda noción de estética.

La opinión de don Francisco Pimentel la censuran años más tarde Salvador Novo y Carlos González Peña.

1 González Obregón, Luis.— *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*.— Tip. de O. R. Spíndola y Comp.— México, 1889.— pp. 24-25.

2 Pimentel, Francisco, conde de Heras.— opus. cit.— pp. 338-340.

Pasan diez años desde que se publican las obras de Pimentel. La crítica calla respecto a la obra de Luis Inclán y se olvida de ella; es hasta 1914 cuando un autor viene a ocuparse del personaje y de la obra. El 3 de enero de 1914, don Federico Gamboa pronunció una conferencia en la Librería General; llevaba por título: *La Novela Mexicana*.³ En ella, aunque en forma breve, se refirió a la novela *Astucia*, “novela de larguísimo título”, la cual no está inspirada en ninguna novela extranjera, sino que es vivo retrato de nuestra nacionalidad.

A través de la novela *Astucia* —según dice Federico Gamboa—, se vislumbra un amplio panorama que con frecuencia hemos visto, lo observaron nuestros abuelos y se seguirá contemplando en tiempos futuros.

Considera también Gamboa que *Astucia*, junto con *Los Bandidos de Río Frío*, son novelas que han colocado los cimientos para que pueda edificarse sobre ellos una casa firme y segura para la novela en México.

En 1918 un nuevo crítico se ocupa de Luis Gonzaga Inclán, y realiza un estudio, el primero en su género que sobre este autor conocemos. Nos referimos a don José de Jesús Núñez y Domínguez, autor del estudio: *Los poetas jóvenes de México y otros estudios nacionalistas*.⁴ Entre los capítulos de este libro está uno llamado: *El novelista Inclán*. Este artículo, modificado y aumentado aparece en 1945 como Introducción del volumen cincuenta y siete de la Biblioteca del Estudiante Universitario: *Astucia, a través de tres personajes de la novela*. En él habla Núñez y Domínguez de otro documento sobre Inclán, publicado en el periódico “La Temporada”, de Tlalpam; una carta escrita por el Canónigo Andrade, la cual no hemos podido localizar.⁵

El estudio de Núñez y Domínguez, el cual nos ha servido para el mejor conocimiento de la vida del novelista, contiene datos biográficos de Inclán, proporcionados a Núñez y Domínguez por don Juan Daniel Inclán, hijo de don Luis.⁶

Relata Núñez y Domínguez la vida de Inclán y la íntima relación que existe entre ella y la de algunos protagonistas de la novela. Erróneamente atribuye a la historia de Pepe el Diablo un pasaje que en la novela aparece en la vida de Tacho Reniego y que coincide con la biografía de Inclán. Al mencionar los datos biográficos del novelista, incluye fragmentos de la conferencia de don Carlos González Peña, de la cual hablaremos posteriormente.

El artículo contiene, además, la bibliografía de Inclán con las fechas de publicación de sus obras. Se nombran también los críticos que hasta entonces se habían ocupado de Inclán: González Obregón, Pimentel, Gamboa, González Peña. De éste último emplea numerosas citas, porque Núñez y Domínguez considera redundante hacer sus propios juicios si hombres tan preclaros como don Carlos González Peña, a quien llama el reivindicador

3 Gamboa, Federico.— *La Novela Mexicana*.— Conferencia leída en la “Librería General” el día 3 de enero de 1914.— Eusebio Gómez de la Puente, Editor.— México, 1914.

4 Núñez y Domínguez, José de Jesús.— “El novelista Inclán” en: *Los poetas jóvenes de México y otros estudios nacionalistas*.— Librería de la Vda. de Ch. Bouret.— México-París, 1918.— pp. 69-88.

5 Núñez y Domínguez, José de Jesús.— *Introducción*.— p. XI.

6 Cfr. en el capítulo III de este trabajo, la nota N^o 6.

de Inclán en la novelística mexicana, y Victoriano Salado Alvarez, ya habían expresado gloriosos conceptos sobre Inclán y su obra, especialmente González Peña, junto al cual, juzga Núñez y Domínguez, resultarían muy pobres las opiniones que pudiera formular.

El estudio termina con una mención sobre las obras de Inclán que no se llegaron a publicar y de las cuales hablamos al tratar la obra de Inclán, en el capítulo IV de este trabajo. Una nota sobre el fallecimiento del novelista y de su esposa, y el destino de su casa y de la litografía, dan fin a este estudio.

Juan Bautista Iguíniz publicó en 1926 un ensayo biográfico y bibliográfico titulado *Bibliografía de novelistas mexicanos*. Este ensayo lleva una introducción que es un estudio sobre la novela y los novelistas de México, escrito por don Francisco Monterde, quien incluye a Inclán entre los novelistas estudiados.⁷ Considera la novela *Astucia* como una obra de tendencia nacionalista, de un mexicanismo puro y proveedora de numerosos mexicanismos, muchos de los cuales empleó, como ya hemos anotado, don Joaquín García Icazbalceta en su *Vocabulario de mexicanismos*.

1931. Hasta el recinto de la Academia Mexicana de la Lengua llega la voz de un esclarecido hombre de letras: Carlos González Peña. Conocedor de los méritos de la novela *Astucia* y de su autor, se propone reivindicarlos y recordar a los Académicos el asunto de aquella novela del siglo XIX, tan leída por sus contemporáneos, pero tan olvidada por la crítica. A los señores Académicos llegan las palabras de don Carlos, en su discurso pronunciado la noche del 21 de agosto de 1931,⁸ con el cual sería admitido como individuo de número en la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española.

Una descripción de la llegada de Inclán a su imprenta, hecho que a diario sucedía, y la mención de las publicaciones que de ella salían, inicia el discurso de don Carlos. Habla de que, a pesar de ser *Astucia* una de las novelas más leídas entonces, su autor, aquel impresor que llegaba a la calle de San José el Real todas las mañanas, era un ilustre desconocido.

Después de esta introducción, encontramos los datos biográficos de Inclán, a los que están aunados los que ya había publicado Núñez y Domínguez en *Los poetas jóvenes de México y otros estudios nacionalistas*, y los investigados por el propio González Peña. Con ellos reconstruye la vida de nuestro novelista. Comete el error, ya señalado en la obra de Núñez y Domínguez, de atribuir a Pepe el Diablo el pasaje que sucede en la historia de Atanasio Garduño, hecho que coincide con la vida de Inclán.

Las obras escritas y publicadas por Inclán son motivo de cuidadoso estudio. Habla primero de *Reglas con que un colegial pueda colear y lazar*; de *Recuerdos del Chamberin*, elegía dedicada al caballo de ese nombre que fue muy querido por Inclán. Estudia por último, *Astucia*, novela surgida al calor de la imaginación, cuando Inclán evoca el pasado vivido en el campo, recuerdo que agujonea a menudo su memoria; obra inspirada por las aventuras del jefe de los Hermanos de la Hoja, quien personalmente las relató a Inclán.

7 Monterde, Francisco.— "Introducción" en: *Bibliografía de novelistas mexicanos*, de Juan B. Iguíniz.— Monografías Bibliográficas Mexicanas, N^o 3.— México, 1926.— pp. XIII-XXXV.

8 González Peña, Carlos.— opus. cit.

Como novela, considera a *Astucia* una novela realista, aunque al principal protagonista de ella lo juzga como un romántico.

Lo que más llama la atención de González Peña es el sistema expresivo utilizado por Inclán, pues lo cautiva por estar apegado totalmente al lenguaje netamente mexicano. Cita numerosos vocablos, dichos y modos de decir típicamente nuestros y con los cuales tropezamos a cada paso en la novela.

Anota después lo relativo a la estructura de la novela, cuyo tema central está constituido por las aventuras ocurridas a los charros contrabandistas y da, además, noticia de las historias intercaladas en la historia principal, que es la de Lorenzo Cabello.

Astucia, sigue diciendo González Peña, no es sólo la narración de las aventuras de los Hermanos de la Hoja, sino que contiene un vivo y amplio retrato de la vida rural de México en el siglo XIX, especialmente del segundo tercio de ese siglo.

El estilo de Inclán, calificado por algunos como desaliñado, es defendido tenazmente por González Peña, contra juicios como el expresado por don Francisco Pimentel. No vacila en afirmar que Luis G. Inclán, a pesar de sus pocos estudios, es superior a novelistas que produjeron sus obras antes que él, porque Inclán "posee el arte de la composición novelesca, la fertilidad de inventiva, el interés dramático, la abundancia y primor en el detalle."⁹

Sin embargo, a pesar de los elogios que del estilo hace González Peña, se da cuenta de que Inclán es un escritor incorrectísimo, "un bárbaro prodigioso con la pluma en la mano."¹⁰ Pero reconoce que no podría ser de otra manera, pues quien ha abandonado los aperos para tomar la pluma, es imposible que siga al pie de la letra los principios de la estilística; con todo eso, afirma González Peña, bajo la rústica y bárbara corteza gramatical, se ocultan expresiones más coloridas que las empleadas por los novelistas mexicanos que anteceden a Inclán. De haberse unido en este novelista la técnica necesaria con las expresiones que emplea, *Astucia* habría resultado una de las grandes novelas de América.

Finalmente, González Peña considera a Inclán como un gran novelista, brillante por su intuición artística y el primero en México que cultiva la novela rural.

La respuesta al discurso de don Carlos González Peña fue pronunciada por don Victoriano Salado Alvarez. Alaba la elección de González Peña al hacer un estudio sobre Inclán; también admira la habilidad del autor de *Astucia* para captar el habla popular de México; pero no está de acuerdo con González Peña en que la novela cautive por sus intrigas trazadas en ella, ni por el descubrimiento de caracteres, pues considera a Inclán desprovisto de tales cualidades. Para él, "el encanto de la literatura inclanesca estriba en que tiene la menor cantidad posible de literatura".¹¹ en que las obras de Inclán son plenamente populares y en que en ellas se resume toda una época de la vida de México durante el siglo pasado.

Letras Mexicanas en el siglo XIX.¹² Obra que debemos a don Julio Jiménez Rueda y que se publicó en 1944. Es ésta otra obra en la que en-

9 González Peña. Carlos.— opus. cit.— p. 35.

10 Idem.— p. 36.

contramos conceptos elogiosos sobre Inclán y su novela *Astucia*. Hay en ella una descripción de los personajes que intervienen en la novela de Inclán, especialmente de las cualidades que aquellos charros poseían. Jiménez Rueda juzga que fueron valientes y a la vez crueles; desprendidos y avaros; libertadores o azote de una región; amados y temidos. Esta obra contiene una breve noticia biográfica sobre Inclán.

El mismo autor, Jiménez Rueda, en su *Historia de la Literatura Mexicana*,¹³ menciona a Inclán entre los autores que hablan de la vida del campo. Hace una cita de la conferencia de Gamboa y consigna la bibliografía de Inclán, así también como algunos datos biográficos, tomados de los aportados por Núñez y Domínguez y de los de González Peña.

En 1946 Salvador Novo escribe un ensayo sobre la novela *Astucia*, que sirve de prólogo a la edición de la novela publicada por Editorial Porrúa.¹⁴ Este estudio se inicia con la cita de los autores que hasta 1946 se habían ocupado de valorizar la novela: González Obregón, Pimentel, el Canónigo Andrade, Gamboa, Núñez y Domínguez y González Peña.

Bajo el título de "El hombre, Inclán", Novo menciona los datos biográficos de don Luis, tomados de los estudios tantas veces aludidos, de Núñez y Domínguez y González Peña. Ligeramente se refiere a la labor tipográfica de Inclán, sin mencionar *El Capadero en la Hacienda de Ayala*, *Don Pascasio Romero* y *Ley de Gallos*. También se olvida del trabajo de Inclán como impresor de periódicos. Considera fortuito el hecho de que Inclán, que en su juventud había rechazado todo contacto con las letras, se viera en la necesidad de relacionarse con ellas, porque esta casualidad favorecería el que Inclán pudiese publicar sus pensamientos y recuerdos.

Establece dos teorías sobre el origen de *Astucia*: la primera, la explicada por Inclán en el prólogo de la novela, o sea que *Astucia* es el relato hecho por el jefe de los Hermanos de la Hoja a Inclán, y que él lo escribió y publicó. La segunda: *Astucia* producto exclusivo de los recuerdos que atesora la mente de Inclán. Por esta última, muestra preferencia Salvador Novo.

Encontramos después una referencia al héroe, *Astucia*, cuyos ideales y aventuras son hilos conductores de la novela. La idea de no servir bajo las órdenes de un amo injusto y cruel, preludia ya "una inquietud revolucionaria". Por ese deseo de independencia económica, el héroe se une a los Hermanos de la Hoja, mirando las ventajas de trabajar en sociedad. Con un consejo "Con astucia y reflexión se aprovecha la ocasión", se lanza de lleno al contrabando de tabaco. El exterminio de los Charros y la actuación de *Astucia* como paladín en el Valle de Quencio y como modesto ranchero en el Estado de Michoacán, concluye con la descripción de "el héroe *Astucia*".

Se ocupa Salvador Novo del México del siglo pasado descrito por la Marquesa Calderón de la Barca; es el México de *Astucia*, en el que se

11 Salado Alvarez, Victoriano.— *Respuesta al discurso de Carlos González Peña*.— Editorial Cultura.— México, 1931.— pp. 46-47.

12 Jiménez Rueda, Julio.— *Letras Mexicanas en el siglo XIX*.— Colección Tierra Firme, Nº 3.— Fondo de Cultura Económica.— México, 1944.

13 ———.— *Historia de la Literatura Mexicana*. Aumentada con buen número de notas biográficas.— Editorial Botas.— Quinta edición.— México, 1958.— pp. 218-220.

14 Novo, Salvador.— opus. cit.

publica la novela, pero en el cual apenas se percibe un eco del México rural, del México campesino descrito por Inclán, hasta el cual retornan Astucia y Amparo, en busca de la tranquilidad que brinda la naturaleza.

Hasta ese México de intrigas, que ha proscrito a los contrabandistas, llega la voz de Inclán que reconoce en ellos, gran mérito del novelista, valores morales superiores, porque se lanzan al contrabando deseosos de poseer algo suyo, gozarlo en paz, sin prisa y sin tener que rendir cuentas a ningún amo injusto. Murmullo es éste en Astucia, que se tornará enérgica protesta algunos años después.

La actualidad de Astucia, demuestra Salvador Novo en las últimas líneas de su artículo, se debe a la forma, tan criticada por algunos, que hace que cien años después de escrita la novela, conservemos en el habla popular numerosas expresiones de las consignadas en *Astucia*. No es éste el único mérito de la novela; es el mayor que "en esta hora en que lo auténticamente mexicano sufre el embate de todas las influencias, y su espíritu la solicitación de todas las desorientaciones, su diluído, modesto, cautivador mensaje indirecto de llamado a la tierra: su credo de sencilla felicidad campirana: su condensación de la esencia de nuestras más auténticas virtudes; de las más dignas de salvar del naufragio, lo que hace de *Astucia* el arquetipo ideal del mexicano; de Inclán nuestro mayor novelista, y de la obra que el lector se dispone a saborear (se refiere a *Astucia*), una que ningún mexicano debería desconocer." 15

Salvador Novo realizó una adaptación para el teatro, de la novela *Astucia*, que fue representada en el Teatro Nacional de Bellas Artes, el 12 de julio y el 20 de agosto de 1948. Esta adaptación para la escena se publicó en el mismo año en la revista *México en el Arte*. 16

Algunas páginas de *Cien años de novela mexicana* 17 dedicó don Mariano Azuela a Luis Gonzaga Inclán, el auténtico sucesor de Fernández de Lizardi, y a la novela *Astucia*, a la que considera un novelón estilo siglo XIX, pero que pinta lo nuestro tan a lo vivo que no ha sido superada, y afirma que por circunstancias personales se ocupará de la novela con cierto apasionamiento.

Habla Azuela del olvido en que los literatos tenían a la novela, mas no sólo ellos, sino hasta los rancheros pintados por Inclán, ignoraban la existencia de *Astucia*, y sin embargo eran aficionados "de hueso colorado" a la lectura de *El Periquillo Sarniento*.

Se refiere el autor de esta obra a la estructura de *Astucia*, que comienza coincidiendo en muchos puntos con *El Periquillo*, pero pronto las semejanzas se acaban y la novela de Inclán toma un rumbo distinto. Nos hace ver el autor de *Los de Abajo*, que los golpes que la vida proporciona a Lorenzo Cabello, lo transforman de niño, en adolescente, y posteriormente en un joven en el que es patente el gran sentido del honor que poseyeron los rancheros del siglo pasado, honor que "con el patriotismo y la religión integraba la personalidad del mexicano." 18

15 Novo, Salvador.— opus. cit.— p. XXVII.

16 ————. "Astucia adaptada a la escena" en: *México en el Arte*.— I.N.B.A. —Secretaría de Educación Pública.— México, septiembre de 1948.

17 Azuela, Mariano.— *Cien años de novela mexicana*.— Ediciones Botas.— México, 1947.— pp. 55-72.

18 Idem.— p. 62.

Los Hermanos de la Hoja —según comenta Azuela—, carecen de ideales y sus preocupaciones se limitan únicamente a las de cada día sin mirar hacia el futuro. (Respetamos el juicio de don Mariano, aunque no estamos de acuerdo con él. Ya hemos hablado de los ideales y sentimientos nobles que mueven y guían la vida de los Charros contrabandistas).

Defiende Azuela, el empleo del lenguaje popular, pues lo considera, aunque haya quien no lo juzgue así, como la expresión auténtica y verdadera del pueblo de México. Los dichos y vocablos empleados en *Astucia* tienen un valor tomado de lo real. Lo folklórico no es una máscara bajo la cual trate de esconderse Inclán, puesto que él no conoció esos subterfugios. Inclán pinta lo que conoce y ha vivido; por eso *Astucia* resulta una novela de vital interés para quienes desean conocer la verdad de toda una época del siglo pasado. Sin embargo, para los lectores de nuestros días, ajenos a ese interés mencionado, la novela resultará cansada y de lectura difícil.

Azuela compara a Inclán con el abuelo que relata “cuentos color de historia”, entretenimiento de los niños y aun de los adultos, porque la narración en *Astucia* está hecha de tal manera que no resulta monótona, sino al contrario, posee cierto sabor especial que divierte a los lectores y les hace recordar las historias que en la infancia les han relatado.

Como novela, opina Azuela, la de Inclán se realizó dentro de los límites de “la estructura novelística pura”, puesto que Inclán no trata de ser apóstol ni educador, sino únicamente quiere entretener al lector por medio de una narración amena. Considera, como otros autores que ya hemos estudiado, que un mérito indiscutible de *Astucia* se encuentra en que “da una clara visión de una de las fases de nuestro medio en determinado momento de nuestra historia.”¹⁹ Lamenta, ahora sí, la escasa cultura de Inclán, puesto que eso hace que el novelista sea descuidado en la forma, y la novela *Astucia*, por este detalle, “sólo fue una esperanza excelente y no fue lo que pudo ser.”²⁰ Sin embargo, la legitimidad de sus personajes: los rancharos mexicanos, hace de la novela una obra sin rival en nuestras letras, digna de ser leída por todos y cada uno de los mexicanos, y no relegada al olvido como lo fue en el siglo pasado y como desgraciadamente lo sigue siendo en nuestros días.

Citemos otra obra: *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*.²¹ En ella, Ralph Warner habla de Inclán como el primer novelista que centra el objeto de su obra en el campo, en la vida rural, temas conocidos para él como la palma de su mano. Habla de la vida de Inclán y de sus obras, aun de las que se perdieron en el incendio del vapor “San Andrés”.

Analiza después la novela *Astucia*, que no solamente es la historia de un grupo de bandidos, sino de una organización de características muy particulares, pues unidos se constituyeron en defensores de pobres y azote de los ladrones.

Insiste Warner en el tema de la novela: la vida rural, y en que es éste el que da unidad a la obra. Además, alaba, sin ponerle ningún pero, el

19 Idem.— p. 70.

20 Idem.— p. 71.

21 Warner, Ralph.— *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*.— Colec. Clásicos y Modernos. Creación y Crítica literaria, N° 9.— Antigua Librería Robredo.— México, 1953.— pp. 30-33.

sistema expresivo de Inclán.

Hace una comparación entre los ideales de los Charros contrabandistas y los que habían defendido en Inglaterra Robin Hood, y en España, Don Quijote.

Por último, menciona las diferentes opiniones de los críticos que se ocuparon de *Astucia*, a partir de su publicación, y hace notar las diferencias profundas entre los juicios emitidos.

Don Francisco Monterde, en su *Historia de la Literatura Mexicana*,²² presenta a Inclán como la figura más destacada entre los autores de novelas románticas de aventuras, no urbanas sino rurales. Habla sobre las influencias ejercidas por *Los Tres Mosqueteros* en la novela de Inclán, influencia que disminuye a medida que se desarrolla la novela, y que se convierte en una intención nacionalista. Menciona el valor de *Astucia*; una novela que es fuente valiosa de mexicanos, y cuya influencia se percibe en algunos novelistas de Sud América, por la forma autobiográfica en que se describen las aventuras rurales.

La *Literatura Mexicana* de María del Carmen Millán,²³ consigna los datos sobre las publicaciones salidas de las prensas del novelista (corridos, oraciones, la séptima edición de *El Periquillo Sarniento*; *El Jarabe*, de Niceto de Zamacois, y los dos tomos de *Astucia*).

Se refiere a las obras de Inclán, todas ellas de carácter rural. Habla en especial de *Astucia*, del tema de la novela, de las escenas de tipo rural que en ella aparecen; de los sentimientos exaltados por Inclán: lealtad, camaradería e ideal de justicia.

Una doble significación concede a la novela: "el testimonio de una porción afirmativa y viril de nuestra realidad nacional y la creación de un tipo mexicano, el charro, síntesis de las virtudes más dignas: laboriosidad, señorío, sentido del honor y la justicia",²⁴

Hasta aquí algunas de las opiniones externadas acerca de Luis G. Inclán, su vida y su obra. No están mencionados todos los críticos que han expresado sus juicios sobre Inclán; solamente hemos citado aquellos que a nuestro criterio, bastante limitado, han parecido los más importantes. Quizá cometamos alguna omisión al mencionarlos; no es nuestra intención hacerlo; deseamos únicamente demostrar por medio de voces autorizadas que han hablado sobre *Astucia* y su autor, la importancia tan señalada de ellos del novelista y de su obra.

Existen algunos puntos en los artículos a los que nos hemos referido, en los que no estamos de acuerdo con sus autores; sin embargo, siendo ellos voces eruditas y conocedoras de la materia, nos sentimos sin voz ni voto para expresar opiniones contrarias a los juicios que ellos han pronunciado. Nos limitamos, pues, a citar sus artículos y a sintetizar, en cierto modo, lo que críticos tan eminentes han dicho acerca del autor y de las obras estudiadas.

22 Monterde, Francisco.—"Historia de la Literatura Mexicana" en: Díaz Plaja, Guillermo y Monterde, Francisco.—*Historia de la Literatura Española e Historia de la Literatura Mexicana*.—Editorial Porrúa.—México. 1962.—pp. 527-528.

23 Millán, M^ª del Carmen.—*Literatura Mexicana*.—Con notas de literatura hispanoamericana y antología.—Editorial Esfinge, S. A.—Segunda edición.—México, 1963.—pp. 181-182.

24 Idem.—p. 182.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

No tratamos en esta tesis de dar una nueva visión sobre la vida y la obra de Luis G. Inclán. Mucho se ha dicho sobre ellas, especialmente sobre la novela *Astucia*. Nuestro interés en Inclán, además de las razones expresadas en el prólogo de este trabajo, se debe a que nos encontramos a sólo un año de distancia de que se conmemore el primer centenario de la publicación de *Astucia*, (1865). Creemos justo rendir homenaje a este novelista del siglo XIX, pintor del ambiente rural mexicano, a Luis Gonzaga Inclán, quien por medio de sus obras supo reivindicar a una de las figuras más representativas de México: la que a través del tiempo ha sido y será pilar de las tradiciones de la vida mexicana: el rancharo, el charro . . .

Si este trabajo pudiera llamar la atención de aquellos interesados en la literatura de México, para que no pasara inadvertido el primer centenario de la publicación de la mayor de las obras de Inclán, mi deseo al emprender esta tesis se habrá realizado.

La obra de Inclán en general, y especialmente su novela *Astucia*, ignoradas durante mucho tiempo, perdurarán en la literatura mexicana porque están inspiradas en una realidad muy nuestra: el campo de México, que el autor defiende en todos sus aspectos y al que sabe pintar como el mejor artista. Sobrevivirá la obra de Inclán mientras existan, como hasta ahora han existido, familias que con un corazón profundamente mexicano desean conservar y transmitir a las generaciones futuras esta imagen tradicional de México; el charro, tipo central de las obras de Inclán, al cual las películas nacionales se han encargado de desfigurar, popularizándolo con características que no posee. Esas películas de "caballitos" pintan a una figura que con el traje de los rancharos, de los charros; balazos y canciones se dedica a conquistar el corazón femenino, y que vence a sus enemigos gracias a su "machismo": ¡Cuán lejos está el verdadero charro, auténtico caballero, hombre de honor y de nobles sentimientos, que aún existe en muchos rincones de nuestra Patria y hasta en la misma ciudad, de poseer semejantes atributos! El rancharo, pariente muy cercano de los Hermanos de la Hoja, posee las cualidades que Inclán describió en sus personajes. Aquellos hombres, cuya actuación fue en muchas ocasiones vital para nuestra Patria, reencarnan en la actualidad no en las figuras que aparecen en la pantalla y lucen escandalosos trajes, sino en oscuros personajes que practican las suertes de la charrería, y que defienden los ideales que los Hermanos de la Hoja llevaron como máxima: caballerosidad, cortesía, sincera amistad, respeto, desinterés, franqueza, hospitalidad y un profundo sentido del honor, inculcado en ellos desde la más tierna edad; ideales que en la actualidad viven en profundo olvido. Pero dejemos aparte las costumbres de nuestro siglo, que no es nuestro fin juzgarlas.

Necesaria sería, en el siglo XX, la presencia de Luis G. Inclán, o al menos el conocimiento universal de sus obras, para que mediante ellas se difundiese en el mundo la verdadera estampa del charro, que borra de la mente la impresión que ciertas películas nacionales dejan en el extranjero y que muestran una figura de la cual está muy distante el auténtico charro.

Poeta y novelista. En ambos aspectos las obras de Inclán están inspiradas en el mismo tema: la vida rural de México, pintada por primera vez en la novela mexicana. Por eso, la obra de Inclán y especialmente *Astucia*, además de la primera, es una de las más grandes novelas rurales que un autor nacional haya producido en nuestro país.

¿Cuál fue el origen de *Astucia*? Qué importa ahora si la novela fue fruto de los recuerdos de Inclán que, aprisionado en la ciudad se complace en relatar los sucesos que él añora; o si *Astucia* es la narración de la vida misma de Inclán, especialmente de los años que pasó en Púcuaro, hecho que bien puede ser posible dada la semejanza que existe entre muchos pasajes de la novela y la vida del novelista. Qué importa si la novela *Astucia* es el relato de las aventuras que un amigo contó al charro impresor, según lo afirma en el prólogo de la novela. Cualquiera que haya sido el origen de *Astucia*, el hecho es que ahí está, presentándonos vivamente la historia y aventuras de un grupo de contrabandistas que se realizaron en el segundo tercio del siglo pasado.

Además de esas aventuras, *Astucia* nos presenta la descripción de las costumbres y tradiciones de aquella época; la narración está hecha con palabras propias de nuestra lengua, con mexicanismos; giros, refranes y dichos muy nuestros, que a través del tiempo han venido a incorporarse al español que se habla en México. El lenguaje empleado por Inclán, es el de los rancheros, tal como ellos lo hablan, sin alterarlo para no desfigurar los hechos; esto le permite al novelista describir con autenticidad los rasgos más fieles de nuestras tradiciones. Razón poderosa es esta para que la obra de Inclán ocupe un lugar destacado como figura en la historia de nuestra literatura.

La pluma de Luis G. Inclán, que retrató fielmente toda una época del siglo pasado en forma tan real y con un lenguaje tan especial y cuyo influjo se transmite a algunos novelistas hispanoamericanos, como Ricardo Güiraldes, ¿no merece una alabanza y el mayor de los elogios?

Vaya pues, para don Luis G. Inclán nuestro sencillo pero sincero homenaje, en reconocimiento para quien supo pintar con colores tan vivos y definidos, no solamente a un personaje, sino toda una realidad de la historia de nuestra querida Patria: MEXICO.

BIBLIOGRAFIA DE INCLAN

- INCLAN, Luis G.—“Don Pascasio Romero” en: *El Libro de las Charrerías* de Luis Inclán.—Edición y prólogo de Manuel Toussaint.—Bibliotheca Mexicana, N° 2.—Librería de Porrúa Hnos. y Cía.—México, 1940.
- .—“El Capadero en la Hacienda de Ayala” en: *El Libro de las Charrerías* de Luis Inclán.—Edición y prólogo de Manuel Toussaint.—Bibliotheca Mexicana, N° 2.—Librería de Porrúa Hnos. y Cía.—México, 1940.
- .—“Ley de gallos” en: *El Libro de las Charrerías* de Luis Inclán.—Edición y prólogo de Manuel Toussaint.—Bibliotheca Mexicana, N° 2.—Librería de Porrúa Hnos. y Cía.—México, 1940.
- .—“Recuerdos del Chamberín” en: *El Libro de las Charrerías* de Luis Inclán.—Edición y prólogo de Manuel Toussaint.—Bibliotheca Mexicana, N° 2.—Librería de Porrúa Hnos. y Cía.—México, 1940.
- .—“Reglas con que un colegial puede colear y lazar” en: *El Libro de las Charrerías* de Luis Inclán.—Edición y prólogo de Manuel Toussaint.—Bibliotheca Mexicana, N° 2.—Librería de Porrúa Hnos. y Cía.—México, 1940.
- .—*Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama*.—Prólogo de Salvador Novo.—Editorial Porrúa, S. A.—3 vols.—México, 1946.

BIBLIOGRAFIA CRITICA. (LIBROS Y FOLLETOS)

- ALAMAN, Lucas.—*Historia de México*.—Imprenta de Victoriano Agüeros, Editores, —México, 1885.
- ALVAREZ DEL VILLAR, José.—*Historia de la Charrería*.—Imprenta "Londres",—México, 1941.
- AZUELA, Mariano.—*Cien años de novela mexicana*.—Ediciones Botas.—México, 1947.
- BALBUENA, Bernardo de.—*Grandeza Mexicana* y fragmentos del Siglo de Oro y el Bernardo.—Prólogo de Francisco Monterde.—Ediciones de la Universidad Nacional de México.—Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 23.—México, 1954.
- BRAVO UGARTE, José.—*Historia de México. Independencia, caracterización política e integración social*.—Editorial Jus.—Tomo III.—México, 1944.
- BRUSHWOOD, John S. y ROJAS GARCIDUEÑAS, José.—*Breve historia de la novela Mexicana*.—Manuales Studium, No. 9.—Ediciones De Andrea.—México, 1959.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco.—*México en 1554*.—Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma.—Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 3.—México, 1952.
- CUELLAR, Alfredo B.—*Charrerías*.—Prólogo de Eduardo Zamacois.—Imprenta Azteca.—México, 1928.
- CHARPENEL EYSSAUTIER, Eduardo.—*Luis, G. Inclán. Nuevas aportaciones*.—Tesis.—Fac. de Filosofía y Letras.—México, 1959.
- DIAZ DEL CASTILLO, Bernal.—*Historia de la conquista de la Nueva España*.—Prólogo de Joaquín Ramírez Cabañas.—Editorial Porrúa, S. A.—Segunda edición.—México, 1962.
- DIAZ-PLAJA, Guillermo.—*Historia de la literatura española, seguida por la Historia de la literatura mexicana* por Francisco Monterde.—Editorial Porrúa, S. A.—México, 1962.
- FONSECA, Fabián de y URRUTIA, Carlos de.—*Historia de Real Hacienda*.—Impresa por Vicente G. Torres.—México, 1845.
- GAMBOA, Federico.—*La Novela Mexicana*.—Conferencia leída en la "Librería General" el día 3 de enero de 1914.—Eusebio Gómez de la Puente, Editor.—México, 1914.
- GARCIA ICAZBALCETA, Joaquín.—*Vocabulario de Mexicanismos*. Comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países hispano-americanos.—Obra póstuma publicada por su hijo Luis García Pimentel.—Tip. y Lit. "La Europea de J. Aguilar Vera y Cía. S. en C.—México, 1889.

- GONZALEZ OBREGON, Luis.—*Breve noticia de los novelistas en el siglo XIX.*—Tip. de O. R. Spíndola y Comp.—México, 1889.
- GONZALEZ PEÑA, Carlos.—*Historia de la Literatura Mexicana.* Desde los orígenes hasta nuestros días.—Editorial Porrúa, S. A. Séptima edición.—México, 1960.
- .—*Luis G. Inclán en la novela mexicana.*—Editorial Cultura.—México, 1931.
- IGUINIZ, Juan B.—*Bibliografía de novelistas mexicanos.* Ensayo biográfico bibliográfico y crítico.—Monografías Bibliográficas Mexicanas, No. 3.—México, 1926.
- ISLAS ESCARCEGA, Leovigildo.—*Diccionario Rural de México.*—Editorial Comaval, S. A.—México, 1961.
- JIMENEZ RUEDA, Julio.—*Historia de la literatura mexicana.* Aumentada con buen número de notas biográficas.—Editorial Botas.—Séptima edición.—México, 1960.
- .—*Letras Mexicanas en el siglo XIX.*—Colec. Tierra Firme, No. 3.—Fondo de Cultura Económica.—México, 1944.
- LEPE, José I.—*Diccionario de asuntos hípicas y ecuestres.*—Editorial Ruta.—México, 1951.
- LOPEZ PORTILLO Y ROJAS, José.—“La Novela” en: *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua.*—Tomo VI.—México, 1906.
- MARQUEZ MONTIEL, Joaquín.—*Anotaciones de Historia de México.*—Editorial Jus.—Segunda edición.—México, 1957.
- MILLAN, María del Carmen.—*Curso de Literatura Mexicana* (impartido en la Facultad de Filosofía y Letras el año de 1960).
- .—*Literatura mexicana.* Con notas de literatura hispanoamericana y antología.—Editorial Esfinge, S. A.—Segunda edición.—México, 1963.
- MONTERDE, Francisco.—“Introducción” en: *Bibliografía de novelistas mexicanos* de Juan B. Iguíniz.—Monografías Bibliográficas Mexicanas, No. 3.—México, 1926.
- .—*Historia de la literatura mexicana,* precedida de la *Historia de la literatura española* de Guillermo Díaz-Plaja.—Editorial Porrúa, S. A.—México, 1962.
- NOVO, Salvador.—*El Coronel Astucia y los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama.* Adaptación teatral, en: *México en el Arte.*—INBA.—México, 1948.
- .—“Prólogo” en: *Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama.*—Editorial Porrúa, S. A.—México, 1946.
- NUÑEZ Y DOMINGUEZ, José de Jesús.—“El novelista Inclán” en: *Los poetas jóvenes de México y otros estudios nacionalistas.*—Librería de la Vda. de Ch. Bouret.—México-París, 1918.
- .—“Introducción” en: *Astucia a través de tres personajes de la novela.*—Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma.—Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 57.—México, 1945.
- ORTEGA, Raquel.—“Estudio estilístico de Astucia de Luis G. Inclán. El lenguaje del charro mexicano” en: *Investigaciones lingüísticas.*—Tomo I, No. 1.—México, agosto de 1933.

- PIMENTEL, Francisco, Conde de Heras.—“Novelistas y Oradores” en: *Obras completas*.—Tip. Económica.—Vol. V.—México, 1904.
- POLA, Angel.—“El autor y su obra” en: *Reglas para colear y lazar*.—Librería y papelería de Angel Pola.—México, 1939.
- PORRAS CRUZ, Jorge Luis.—*La vida y la obra de Luis G. Inclán*.—Tesis.—Fac. de Filosofía y Letras.—México, 1950.
- REYES NEVARES, Salvador.—“La novela mexicana en el siglo XIX” en: *La Palabra y el Hombre*.—Veracruz, 1960.
- RINCON GALLARDO, Carlos.—*Diccionario ecuestre*.—Talleres Gráficos de la Penitenciaría del D. F.—México, 1945.
- .—“Observaciones a la doctrina de Inclán” en: *Reglas para colear y lazar* por Luis G. Inclán.—Librería y papelería de Angel Pola.—México, 1939.
- RIVA PALACIO, Vicente.—*México a través de los Siglos*.—Ballescá y Compañía, Editores-España y Compañía, Editores.—México-Barcelona, 1889.—5 vols.
- SALADO ALVAREZ, Victoriano.—*Respuesta a este discurso*.—Editorial-Cultura.—México, 1931.
- SANTAMARIA, Francisco J.—*Diccionario de Mejicanismos*.—Editorial Porrúa, S. A.—Primera edición.—México, 1959.
- SIERRA, Justo.—“Evolución política del pueblo mexicano” en: *Obras Completas del Maestro Justo Sierra*.—Edición establecida y anotada por Edmundo O’Gorman.—Tomo XII.—Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.
- TOUSSAINT, Manuel.—“Luis Inclán” en: *El Libro de las Charrerías* de Luis Inclán. Edición y prólogo de Manuel Toussaint.—Biblioteca Mexicana, N° 2.—Librería de Porrúa Hnos. y Cía.—México, 1940.
- TORO, Alfonso.—*Compendio de Historia de México, La dominación española*.—Sociedad de edición y librería Franco-Mexicana, S. A.—México, 1926.
- VAZQUEZ SANTA ANA, Higinio.—*La Charrería Mexicana*.—México, 1950.
- WARNER, Ralph.—*Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*.—Colección Clásicos y Modernos. Creación y Crítica, literaria, N° 9.—Antigua Librería Robredo.—México, 1953.
- YEATES, Helen.—*Tres novelas mexicanas del siglo XIX: Astucia, Los Bandidos de Río Frío y El Zarco*.—Tesis.—Fac. de Filosofía y Letras.—México, 1948.
- ZAMACOIS, Niceto de.—*El Jarabe*. Obra de costumbres mexicanas, jocosa, burlesca, satírica y de carcajadas.—Imprenta de Luis Inclán.—México, 1861.

PERIODICOS

El Siglo XIX.

La Cuchara.

La Justicia.

La Orquesta.

La Patria.

La Sociedad.

La Tos de mi Mamá.

Se consultaron otras publicaciones periódicas, en la Hemeroteca Nacional, en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada y en la Hemeroteca del Museo de Antropología. Además, expedientes de los Archivos de la Catedral Metropolitana de la ciudad de México y del Seminario Conciliar de México.